

LA CIUDAD DE LAS RATAS¹

Por Copi

Traducción de Guadalupe Marando

Advertencia

El autor y el editor reenvían a los maníacos de la gramática y de la sintaxis, a los adictos a la concordancia de tiempos, a los apasionados por el imperfecto del subjuntivo, a los fabricantes de neologismos de uso interno, a los descuartizadores del punto y coma y a otros fanáticos del Littré, el Robert o el Grévisse a sus lecturas favoritas.²

Prefacio del traductor

No tuve conocimiento de las cartas que componen este relato sino dos años después de la firma de la última. Ellas recorrieron un largo itinerario de una oficina de correos a otra: nuestra querida rata había escrito "Icubedeur 61" en el sobre, siendo mi dirección 19, rue de Buci, porque las ratas ven al revés que los humanos y, cuando aprenden a transponer su pensamiento en literatura (es más habitual de lo que se piensa), invierten la frase entera y el desciframiento no siempre es sencillo, pero creo haberlo hecho de la mejor manera posible, aunque algunos pasajes, escritos en lenguaje de rata (por ejemplo, la repetición de la letra "i" a lo largo de dos o tres párrafos) hayan caído bajo mis despiadadas tijeras. En cuanto a la elección del título, si el autor hubiera sospechado que sus cartas serían alguna vez publicadas, lo habría propuesto él mismo. "Cartas de una Rata" me parecía feo de pronunciar. Y como "El Mundo maravilloso de las Ratas" sonaba demasiado a ecología contestataria, me decidí por "La Ciudad de las Ratas", posiblemente porque advierto en la escritura de Gouri no sé qué influencia de una novela que le leí en voz alta en su infancia: "Historia de dos ciudades", de Charles Dickens. Sólo me resta desearles tanto placer en su lectura como el que yo experimenté en su decodificación. Enteramente vuestro, Queridos Lectores, como dice el otro.

Copi

La joven rata

Querido Maestro: parece que usted se rompió tres costillas, es por eso que ya no lo veía deambular por el cruce de Buci detrás de su carrito de compras. En un quinto piso sin ascensor, su situación no debe ser divertida, pero afortunadamente tiene usted la tele y a su portuguesa, que le hace las comidas y la limpieza los domingos a la mañana. No puedo subir a verlo porque la encargada me identificó. Encontré una vivienda más decorosa que el cesto de basura precedente en lo de la florista de la esquina de la rue Grégoire-de-Tours (la rubia que está siempre ronca), justo al lado de la tabaquería donde está el buzón amarillo. Mi vivienda es, ciertamente, modesta. Cavé un túnel en las raíces de una planta carnosa donde coloqué algunos cardos que me sirven de colchón. Para salir, me camuflé dentro de un bouquet de tulipanes no demasiado húmedos y me paseo por los anaqueles, royendo lo que me tienta (hay crisantemos blancos sublimes), y cuando tengo la panza llena, ¡hop!, vuelvo a mi agujero para hacer la siesta. No se preocupe por mí. Tengo alojamiento y comida, en cuanto al resto... me acostumbro. Me sentía más al abrigo acurrucado dentro de sus pantuflas pero, las últimas dos veces que intenté subir a su casa, la encargada me arrojó, primero, una lata de pintura que esquivé por poco y que se volcó en el pasillo, lo que la puso furiosa; y la segunda vez, un frasco de mostaza del que conservo una cicatriz entre las dos orejas. No insistí más,

añorando los tiempos en que, para subir a su dos ambientes, usted me llevaba en su carrito de compras sin que ella sospechara nada. Probé colarme en su casa una tercera vez por la madrugada cuando la oí roncar, pero una gata traicionera me saltó encima (la víbora se había hecho, entre tanto, de una gata persa); le mordí una oreja, lo que la hizo retroceder, pero me marché rápidamente, porque es joven y de zarpazo rápido. Desde entonces, ya no me atrevo a intentar la aventura. Aquí, en lo de la florista, reina una animación no desprovista de color, ¡pero extraño la época en que me dormía en la tibieza del rincón de su almohada mientras usted me leía las historietas, querido Maestro! Coloco esta carta en el buzón amarillo gracias a una estampilla verde pegada encima que le robé a la mujer del tabaco en un momento de distracción; espero que no se sienta molesto por su brevedad. De ahora en más, le escribiré más extensamente, se lo prometo. Que sanen bien sus costillas rotas. Su querida rata.

Post-scriptum. Reabro el sobre para agregar algunas últimas novedades: mi situación mejoró notablemente desde que me asocié a uno de mis congéneres de nombre Rakä, que, aunque joven, ya viajó por el mundo en las bodegas de un buque de carga venezolano. Es una pequeña rata fornida de un año y medio, originaria de Madère, hijo de un conejillo de Indias y de una ratona blanca; en él se conjugan el físico imponente de su padre y los ojos rojos y la delicadeza de espíritu de su madre, cuyos ancestros fueron animales sagrados en Madère antes de la llegada de los grandes felinos rayados que los marineros portugueses introdujeron junto con las pulgas. Rakä no es tan instruido como usted, pero conoce mejor el mundo y sus costumbres. Habita el cuarto subsuelo de “La Vieille France”, la pequeña pastelería justo al lado de su edificio, donde ocupó un espléndido duplex del tiempo de las catacumbas cuyos viejos cráneos decoró con sus recuerdos de viaje: una moneda zulú, un fular azteca y la aguja de un gramófono que recogió en la isla de Manhattan, lo que prueba la amplitud de sus viajes. Él me inició en el opio, del que posee una gran bola negra que trajo de Ámsterdam. Al llegar la noche, nos sentamos sobre dos cráneos y, entre pitada y pitada, me describe en detalle las cataratas del Iguazú, el estrecho de Magallanes y el delta del Amazonas, que son, como todos saben, las tres maravillas naturales de este mundo. ¡Qué sueño grandioso para mí, que no conozco más que los bajos fondos y que tan sólo una vez me aventuré a lo largo de la zanja de la rue du Seine para ver las orillas grasientas del río del mismo nombre! A menudo, me quedo a dormir en lo de Rakä en su cama adicional: un bulto de pompones multicolores de algodón hidrófilo en su envoltorio de plástico transparente. Pero no vaya a creer que pasamos nuestros días soñando despiertos; la mayor parte del tiempo la dedicamos a nuestro ya próspero negocio: atrapamos lombrices en lo de la florista de la esquina de la rue Grégoire-de-Tours y las sumergimos en las bolsas de harina que circulan en la pastelería “La Vieille France”. Una vez que las lombrices mueren asfixiadas, las ofrecemos a las palomas de la esquina de la rue du Seine donde instalamos un mostrador sobre un recipiente de plástico azul para tres huevos, a la entrada de la boca de la alcantarilla que se encuentra bajo la frutería justo en la esquina de la rue de Buci. No ganamos gran cosa –las palomas no gastan más que monedas de cinco centavos que recogen del suelo (las confunden a menudo con botones de puño o incluso con los filtros dorados de las colillas)– pero lo suficiente como para disfrutar de una dulce vida al abrigo de la necesidad, y además, es un placer trabajar con Rakä, que tiene siempre la broma en la boca y que sabe entretener con su conversación a las palomas, hablándoles del tiempo en el momento en que hago tintinear la caja que improvisamos en un pendiente robado en el supermercado. Hoy un humano murió en su edificio; espero que no se trate de usted. Sea como sea, voy a enviar esta carta esta misma noche, esperando que no se haya consumido de tristeza por falta de noticias mías. Enteramente suyo, su rata querida que tanto estima.

Querido Maestro: afortunadamente no es usted el que está muerto; no eran suyas las iniciales sobre el ramo de orquídeas que la florista de la esquina confeccionó llorando tibias lágrimas, era su madre la occisa, que vivía, al parecer, en un cuarto de doméstica sobre su casa. Quise aprovechar el lío que reinaba en la rue de Buci (todos los comerciantes del barrio se reunieron para comprar al menos un ramito de rosas blancas a la florista, para su madre) para

escurrirme en su casa, pero la gata de la encargada está siempre en el palier, con todas las garras afuera. Usted debió escuchar, inmobilizado en su cama, el ruido del ataúd de la madre de la florista chocando contra los ángulos de la escalera (hizo falta una hora para bajarlo); le cuento qué ocurrió a continuación: no bien el ataúd fue colocado en el patio del edificio, la hija (la florista rubia de voz ronca) hizo un escándalo a los sepultureros, acusándolos de haber estropeado una de las manijas del cajón, mientras la encargada los acusa de haber rayado la baranda de la escalera; los sepultureros, que esperaban una propina, parten furiosos abandonando el ataúd en medio del patio. Son ya casi las cuatro, los invitados al entierro se van para reabrir sus negocios, el ataúd es introducido verticalmente en un cesto de basura apoyado sobre la pared, con la esperanza de que los basureros de la madrugada lo retirarán, aunque más no sea para robarle las manijas, y arrojarán el cadáver a un camino junto con los desechos y el ramo. Ahí mismo tiene lugar una discusión entre la encargada y la florista (cuya finada madre le debía el aguinaldo). Nunca supe cómo terminó porque la gata persa me saltó encima traicioneramente mientras estaba distraído, absorbido por la escena, y me mordió la cola. Logré deshacerme de sus garras y en un abrir y cerrar de ojos alcancé la alcantarilla, donde me envolví la cola con una Curita que andaba por ahí. A sus pies, Maestro. Su RATA QUERIDA. (Traducción de Copi.)

La fiesta sorpresa

Querido Maestro: espero que haya recibido mis anteriores misivas, aunque desespere por verlo bajar un día por el cruce de Buci. Desde que se rompió tres costillas al rodar con su carrito de compras por la escalera, pasaron casi tres meses.

La primavera llegó. Rakä y yo tomamos baños de sol en las Tullerías sobre los primeros brotes; París es bella en esta estación. Nos hemos confeccionado dos trajecitos de baño de jean, que recortamos con nuestros dientes en lo de la mujer de la tintorería y, los domingos por la mañana, en lugar de abrir “La Versotière” (así es como hemos llamado a nuestro puesto de lombrices enharinadas), bajamos por la rue Dauphine y vamos de pic-nic al Square du Vert-Galant con muchos de nuestros congéneres que lograron, también, sortear las trampas del invierno. Compartimos un momento en el agua tibia del Sena, procurando no ser mordidos por los rapés, y luego nos extendemos sobre un guante de goma colocado sobre un adoquín y tomamos baños de sol, tan valiosos para la salud de las ratas. Los pelos del lomo y de la cola que habíamos perdido como consecuencia de una grave sarna empiezan a crecer, grises y sedosos, y nuestros bigotes, que habían perdido su vigor a causa de la helada que reina en las zanjas durante el invierno, se alzan ahora, rosados y altivos, a cada lado de nuestro hocico. Llevamos nuestro propio almuerzo: canapés de madera aglomerada acompañados de algunas semillas de calabaza que regamos con un cocktail cuya receta trajo Räkä de las islas hawaianas: una gota de vinagre, una gota de aceite de motor y la ralladura del corazón de una palta; es delicioso, aunque sube rápido a la cabeza, sobre todo con el sol de esta primavera excepcional en París, según dicen los mayores entre nosotros. Conocimos a dos jóvenes hembras, Iris y Carina, hijas de una misma camada cuyo padre, un traficante de cáscaras de zanahorias congeladas en Rungis, donde murió recientemente aplastado por un camión de carnicero, les dejó en herencia una espléndida propiedad que usted debió haber percibido en sus caminatas sobre el puente de las Artes: es el sauce que se encuentra en el extremo oeste de la Isla de la Cité. Las conocimos durante el baño; como Iris (una pequeña rosa casi imberbe) había perdido pie y no sabía nadar, Räkä se arrojó valientemente a su rescate y la llevó de nuevo a la orilla sujetándola por la piel del cuello, mientras yo intentaba reanimar a Carina, que se había desmayado a mi lado al ver a su hermana en peligro. Para colmo de males, los gritos de Iris atrajeron la atención de un agente humano de rostro feroz, que se abalanzó sobre nosotros con el machete en la mano, pero los cuatro nos arrojamos debajo de las raíces del sauce y dejamos afuera al poli dando golpes de zapato contra las raíces. Bien sabemos que el baño en el Sena está prohibido a los humanos, pero no hay ningún cartel que lo prohíba a las ratas, y Carina se apresuró a escribir una

indignada carta al Prefecto de policía, aunque sabíamos por experiencia que con esa clase gestión jamás se consigue nada.

Pronto nos despidieron, pretextando un serio retraso en su correspondencia, pero invitándonos a cenar al amanecer siguiente, como es habitual entre los parisinos de buen tono. Comprendimos que un traje de calle se imponía en tal ocasión. Entonces corrimos a la juguetería de la rue Guénégaud y nos vestimos con los trajecitos de dos Mickeys que se hallaban en la vitrina: un chaleco verde, pantalones escoceses, una gorra y un pañuelo de seda blanca para Räka, un traje de terciopelo violeta, una camisa con jabot de seda color mostaza y un sombrero de copa plegable para mí. Llegamos al Square du Vert-Galant hacia las cinco de la mañana, jadeantes por haber cargado con dos ramos de violetas a lo largo de la zanja de la rue Dauphine. Iris y Carina nos esperaban, sentadas sobre la raíz del sauce, en la luz del amanecer, envueltas con túnicas confeccionadas con papel higiénico amarillo pálido para Iris, que tiene los ojos amarillos, el bigote negro y una gruesa mata de pelos rojizos en la oreja derecha, y un drapeado de Kleenex color rosa para Carina, que es color vino de la cabeza a los pies, salvo el hocico y la cola, que son albinos. El ayuda de cámara, un hámster ataviado con un condón con el cuello enrollado y una tapa de Coca-Cola en la cabeza, nos sirvió una medida de consomé en un dedal sobre la terraza, situada en la cima del sauce, desde donde se tiene una vista magnífica de las barcazas que se deslizan sobre el Sena, surcando los bancos de cáscaras de naranja que flotan a la deriva. Los bomberos fluviales humanos hicieron una exhibición acuática debajo del puente de las Artes que nos encantó y que aplaudimos a más no poder. Iris, un poco achispada, levantó el papel higiénico, dejando ver sus patas traseras, e hizo algunos pasos de danza en las ramas del sauce, siguiendo el ritmo que su hermana Carina marcaba muy torpemente con sus uñas en un tenedor para ostras. Para serle totalmente sincero, querido Maestro, encuentro de hecho más incitante a Iris que a Carina, aunque Carina me mostró claramente sus intenciones a través de la forma en que se lame los bigotes cada vez que sus ojos albinos se cruzan con mi bragueta. De golpe, un viento serpenteante sacudió las ramas del sauce y nos caímos todos al suelo; aprovechamos para descender al salón inferior de las raíces, donde nos esperaba una buena copa de arándanos, servido por el mismo hámster que el de hacía un rato pero tocado esta vez con una gorra de cocinero tallada en un rábano. Carina se instaló a mi derecha, Räka enfrente e Iris, en el cuarto lugar de una mesa compuesta por una tabla para quesos sobre la cual se elevaban cuatro hueveras donde nos sentamos elegantemente, dejando que nuestras colas se enroscaran alrededor de la huevera. Fue Carina la que sirvió la copa de arándanos, que estaba deliciosa, y de la que nos dio la receta: una taza de sal gruesa en la que se sumerge un escargot hasta que esté bien deshidratado, se corta el escargot en lonjas bien finas, y mientras se lo rehoga, se le echa sal gruesa, se deja quemar y se introducen los restos calcinados del escargot en una cabeza de ajo que no sirve más que para saborizar un pote plástico de yogur de arándanos que se vierte sobre la tabla para quesos: es exquisito, todo el mundo se revuelca allí, en busca de la cabeza de ajo. Pronto nuestros flamantes atuendos están empapados de yogur, y es en ese momento que las dos hermanas aprovechan para provocarnos una erección, frotándonos los bigotes con sus colas y, como quien no quiere la cosa, Iris se acopla a Räka, estrangulándolo para hacerlo eyacular, mientras que Carina hace lo mismo conmigo, introduciéndome una uña en el ano. Esta escena no dura más que unos segundos, y retomamos discretamente nuestros lugares en la mesa, secando el yogur con nuestras servilletas. En ese momento, escuchamos los pasos del hámster que, esta vez, nos traía un escarabajo confitado servido en su propia gorra de cocinero. Lo flambeó ante nuestros ojos con ayuda de un encendedor y salió de frente por una galería, haciéndonos reverencias. Räka y yo nos aprestábamos a saltar sobre el escarabajo cuando Iris se quejó de un dolor de panza, diciendo que estaba embarazada, e inmediatamente Carina imitó a su hermana. Räka y yo intentamos convencerlas de nuestras buenas intenciones de matrimonio, pero ellas nos insultaron, tratándonos de plebeyos y granujas. Llamaron con fuertes gritos al hámster y le ordenaron ir a despertar a su madre para que tomara conocimiento de la violación de la que habían sido víctimas por parte de dos jóvenes bañistas de la playa pública en el mismísimo interior de la mansión. El hámster lanzó un grito de horror y se precipitó en una puerta trampilla; Räka y yo intercambiamos miradas cómplices y corrimos hacia la salida principal,

derribando los muebles a nuestro paso. Fue entonces que una bandada de hámsters armados con escarbadientes y escudos hechos con tapas de frascos de mostaza surgió desde todas las galerías, impidiéndonos el paso, al mismo tiempo que sonaba en el recinto la sirena de un auto de bomberos rojo que rodó a toda velocidad por una rampa y fue a estrellarse contra la tabla para quesos, volcando los restos del festín, y que detuvo su marcha después de una lenta agonía con las cuatro ruedas al aire. Este accidente provocó alboroto entre los hámsters que se hablaban muy rápidamente en su lengua. De repente, una aparición: una gorda hembra de rata, vestida con verdadera piel humana, que le apretaba por todos lados, con un alfiler de gancho atravesándole el hocico y las patas posteriores introducidas en caparazones de langostinos, se dejó caer pesadamente de un agujero del techo sobre el auto de bomberos, abollando seriamente el capot antes de preguntar con voz aguda: “¿A quién pertenece este auto rojo?” Entre la audiencia se hizo un silencio de muerte, interrumpido muy pronto por los sollozos de las dos jóvenes, Iris y Carina. “Cállense, bastardas”, gritó la hembra gorda, y se callaron de inmediato. Ese tono perentorio nos confirmó que se trataba de su madre, viuda del comerciante de cáscaras de zanahorias congeladas. “¡He dicho mil veces que no quiero nada de objetos extraños en mi salón! ¡Me sacan eso de acá ya mismo!”, ordenó al ejército de hámsters, dando un golpe de langostino a una rueda del auto que se había puesto a rodar sola. Los hámsters se consultaron antes de que uno de ellos respondiera secamente: “Queremos un aumento de sueldo, señora”, luego tosió. “¡Ya les concedí el usufructo de las caballas muertas que flotan sobre el Sena!” “Pero muchos de nosotros se ahogan durante la pesca, dijo una voz enérgica desde el fondo de una galería, deberían pagarnos los tapones de corcho flotantes y algunos metros de hilo de coser para atarlos a las ramas del sauce y no ser arrastrados por las olas que levantan las barcazas!” “Hay muchos que terminan rompiéndose el cráneo contra los pilares del puente de las Artes”, dijo una voz gangosa. “Así es como perdí a mi vecino de nicho”, agregó la voz. “¡Un complot!”, gritó la hembra gorda. Y, dirigiéndose por primera vez a Rāka y a mí: “¡Ustedes son testigos, señores!” “¡Pero son nuestros prisioneros!”, protestó tímidamente el hámster que se reconocía como jefe del ejército porque tenía un tapón de cidra dorado sobre la cabeza, mientras que los otros no tenían más que tapones de vino en plástico blanco transparente. “Poco importa, serán prisioneros y testigos al mismo tiempo”, dijo la hembra gorda trotando a pasos cortos hacia nosotros.

La Reina de las Ratas

“Me presento, dijo ella sacudiendo coquetamente el bigote untado de lápiz labial, soy la Reina de las Sombras, pero pueden llamarme ‘Bijou’.” “¡Guau! ¡Guau!”, hizo ella imitando un perro, y nos dio un codazo: “¿Son ustedes los que violaron a mis dos hijas?, nos preguntó. Pues tienen un estómago fuerte”, y estalló en una carcajada, carcajada que contagió a todo el ejército. Carina e Iris, ridiculizadas por su madre, temblaron de rabia y nos miraron, los ojos inyectados de sangre, sin osar acercársenos demasiado. Por esta grosera broma, la Reina se había ganado la simpatía de la tropa. “¡Esta noche tendrán dos maníes como plato de entrada!”, le soltó a los hámsters. Algunos aplausos mezclados con silbidos se hicieron escuchar en el recinto. Tomándonos a Rāka y a mí, cada uno de un brazo, nos dijo: “¡Salgamos a tomar aire sobre el portaaviones y dejemos a todo este pequeño mundo conspirar tranquilo!” Algunos hámsters nos interpelaron al pasar, tratándonos de vendidos, pero alcanzamos la salida de las raíces sin ser atropellados.

En el Square du Vert-Galant brillaba un sol de mayo que hacía entornar los ojos de placer cuando se lo veía reflejado sobre las aguas sobrevoladas al ras por mariposas de todos los colores. El portaaviones consistía en un cajón de legumbres que flotaba cerca de la orilla atada a la raíz del sauce con una cuerda que era al mismo tiempo la pasarela; sobre el cajón, un mástil hurtado de la sección “juguetes” de la Samaritaine estaba encastrado entre dos tablas. Suspendido del mástil, un murciélago roncaba a pierna suelta, cabeza abajo. “Es mi avión”, dijo la Reina señalando al murciélago, y luego le mordió el ala. El murciélago lanzó un grito y cayó de cabeza al fondo del

cajón. “¿Así es como cuidan mis espaldas?, gritó la Reina, ¿Para esto les doy como alimento una babosa en cada comida?” Una fuerte ola levantada por un barco ómnibus nos hizo rodar a todos al fondo del cajón y tragamos mucha agua por la nariz; el mástil cedió, cayó al agua y se alejó rápidamente a la deriva. El murciélago se tomó el accidente de manera muy filosófica, y dijo: “Un mástil perdido no hace perder la guerra”, mientras secaba con sus alas el rostro de la Reina que lloraba gruesas lágrimas y gritaba: “¡Todo el mundo me traiciona, incluso los barcos ómnibus!” Rāka y yo nos sacamos las ropas empapadas, las retorcimos y las pusimos a secar en la cuerda-pasarela mientras la Reina continuaba con sus lamentaciones: “¡Y como si esto fuera poco, un niño humano dejó caer un auto de bomberos dentro de la mansión!”

Rāka y yo nos inclinamos sobre el borde del cajón para ver a un niño color café con leche de pelo negro enrulado, vestido con un enterito rojo, de alrededor de dos años, que intentaba meter su gorda mano entre las raíces del sauce para recuperar su juguete; por la otra salida de la raíz, un enjambre de hámsters se precipitaba afuera, tropezando sobre sus escudos; Iris y Carina (con sus vestidos hechos jirones) treparon prestamente a las ramas del sauce. Finalmente el niño se puso a reír, lo que hizo comprender a todo el mundo que había logrado recuperar el auto, pero de pronto se puso a llorar, lo que nos hizo comprender que no podía sacar su puño de las raíces sosteniendo el auto de lado. Una hembra humana de trenzas y rostro pálido se acercó a él, lo tomó en sus brazos y lo acunó, lo que hizo redoblar el llanto del niño. “Estás intranquilo, mi conejito, dijo ella, ¿dónde pusiste tu auto rojo grandote de bomberos?” La Reina, de pie sobre la cuerda-pasarela, daba órdenes al ejército de hámsters en desbandada (algunos trepaban por el sauce y otros se arrojaban al agua y venían a agarrarse al portaaviones). “¡Al ataque, gritaba, desháganse de estos vándalos!” Y al murciélago: “¡Andá a enredarte en los pelos de esta humana!”, ordenó. Pero el murciélago simulaba no escuchar, ocupado en secar sus alas a la brisa que soplabla al ras del agua. “Ustedes son testigos, nos dijo a Rāka y a mí, ¡estoy rodeada de cobardes!” La alta hembra humana introdujo al pequeño en un cochecito y se puso a tejer un echarpe sentada sobre un banco, y le dijo: “¡Hasta que no te tranquilices, no vas a salir de ahí!” “¡Salvados!, exclamó la Reina, ¿pero por cuánto tiempo?” Atrapó con su cola un cucurucho de helado que pasaba flotando sobre el Sena, mordió la punta del cono para hacer un agujero y gritó a través de él a modo de altoparlante: “¡En un minuto y medio, reunión de estado mayor en el refugio anti-atomizador raticida en el segundo subsuelo; enten en orden y que no vea a ninguno encender colillas en la sala!” Los hámsters llegaron en desorden al agujero sobre las raíces, no sin algunas protestas. La alta madre humana se había dormido sobre su tejido, con un par de fondos de frascos de mermelada suspendidos al borde de la nariz mediante un alambre enganchado a las orejas.³ Su pequeño intentaba zafarse del cochecito con movimientos de molinete, sin resultado alguno pero no obstante sin desesperar. Dieron las siete en Notre-Dame, todo parecía bastante calmo en el Square du Vert-Galant cuando una bandada de gorriones se precipitó sobre el sauce, lanzando chillidos y sacudiendo las ramas, lo que hizo caer a Iris y Carina, que se deslizaron sobre la cuerda-pasarela y subieron al cajón portaaviones. “¡Ustedes por aquí, finalmente!, les dijo la Reina, ¡y miren en qué estado están sus vestidos de mañana! Creo que estos dos jóvenes ratas tienen mucha paciencia con ustedes. Entonces, ¿parece que están embarazadas?”, lanzó. Las dos hermanas se pusieron a llorar, señalándonos con la cola. “¿Qué dote tienen ustedes?”, nos preguntó la Reina. Rāka respondió con voz aflautada: “Poseemos una caja plástica para seis huevos en la boca de la alcantarilla de la esquina de las calles Seine y Buci”. “Creo en su palabra, dijo la Reina, ¿ustedes aman a mis hijas?” “¡Sí!”, dijo Rāka. “Sin embargo, los encuentro bastante afeminados”, dijo la Reina. “Es a causa de nuestros trajes”, dijo Rāka. “¿En qué tienda de marionetas se visten?” “Rue Guénégaud”, dijo Rāka, recuperando algo de su seguridad mientras yo temblaba de miedo. Y luego de escudriñarnos con desprecio a través de una lente de contacto que sostenía con la punta de la cola, nos preguntó: “¿Están dispuestos a tomar a mis hijas como cajeras?” “Sí”, respondimos Rāka y yo al unísono. “Y ustedes, hijas, preguntó a sus hijas, ¿están dispuestas a abandonar la Isla de la Cité para seguir a sus maridos detrás del mostrador?” Carina e Iris se abrazaron a nuestros cuellos, lanzando aullidos de alegría y mordiéndonos los bigotes. Los gorriones que piaban sobre el sauce arrancaron hojitas que dejaron caer sobre nosotros. “He aquí

una alianza que parece complacer a nuestros aliados los gorriones”, dijo la Reina pensativamente mientras se rascaba una oreja. Y, dirigiéndose a las hijas, les dijo: “¡Habría que pensar en aumentar el grano a los gorriones! Bueno, mis yernos, nos dijo palmeándonos la espalda con su gruesa pata, ¿están contentos? ¡Hicieron el negocio de sus vidas, créanme! ¡Mis hijas son verdaderas joyas, como su madre!” Y estalló en una carcajada. Luego, dirigiéndose al murciélago: “¡Andá a exprimirme una uva, vamos a brindar por eso!” Empezó a llover a cántaros. Nos precipitamos todos, empujándonos sobre la pasarela para refugiarnos bajo las ramas del sauce antes del primer rayo, que fue a incrustarse en la aguja de la Sainte-Chapelle. La humana alta se levantó, lanzó un grito, recogió el cochecito con el niño y vino ella también a refugiarse bajo las ramas del sauce, aplastándonos por poco con sus zuecos. El hámster con el tapón de cidra en la cabeza se acercó, saltando entre los charcos de agua: “¡Las cosas van mal, Su Majestad! El servicio meteorológico pronostica tormenta sobre las costas de la Mancha”, nos gritó. “Que suban el puente levadizo”, respondió la Reina. “¿Qué puente levadizo?”, preguntó el jefe del ejército. “¡Todos!”, gritó ella. El jefe del ejército, absolutamente perplejo, se retiró a las raíces del sauce donde todo el ejército se había refugiado, y les dijo: “¡Atención, muchachos, vamos a hacer la siesta!” La tropa se hundió, dando suspiros de alivio, en la entrada del subsuelo.

“Ustedes, la Corte, ordenó la Reina dirigiéndose a Carina, a Iris, a Rāka y a mí, más el murciélago que nos servía de paraguas al desplegar sus alas, ¡refugiémonos bajo el cochecito del humano!” Corrimos todos debajo del cochecito, donde reinaba un fuerte olor a trasero de niño entalcado, un lugar tibio y al abrigo de la lluvia. La madre humana golpeaba el suelo con los pies y gritaba “¡Chaparrón de mierda!”, salpicándonos de barro con el taco de su zueco, cuando de repente vimos aparecer la gruesa mano del niño debajo del cochecito. La mano se apoderó de la Reina, que desapareció de pronto. Nosotros, la Corte, saltamos todos sobre las ruedas del cochecito; la Reina lanzaba cortos gemidos temerosos: el niño la había introducido debajo de su pulóver y ella se deslizaba en todos los sentidos sin encontrar la salida; finalmente se hundió en una manga, donde el niño la inmovilizó apretándola fuerte con la otra mano. La madre humana le gritó: “¿Vas a dejar de moverte en el cochecito, pequeño demonio?” Allá arriba, el sol volvió y dejó de llover como por arte de magia. La madre humana volvió a empujar el cochecito hasta el banco, que secó con un Kleenex. Nosotros, la Corte, trepamos sobre las raíces del sauce, temblando por la suerte de la Reina que el niño tenía casi ahogada todavía en la manga de su pulóver. Iris y Carina se colgaron de nuestras orejas a llorar. Las calmamos energicamente, dándoles dos pares de bofetadas, después de lo cual vino el consejo del murciélago, que nos alentaba diciendo: “Eso es lo que su finada madre hubiera hecho eso en su lugar.” “¿Por qué su finada madre?, exclamó Rāka, recuperando su acento criollo, ¡está viva todavía!” “Rara vez se sale de situaciones parecidas”, sollozó el murciélago, señalando con el ala a la madre humana que daba el biberón a su chiquito al tiempo que le decía: “¿Te vas a quedar quieto?”, en tanto que la Reina, aterrorizada, sacaba la cola por la manga del pulóver intentando huir. Pero el niño la aferraba fuerte con su puño. “Hoy estás imposible, dijo la madre colocando al niño en el suelo. ¡Andá y no te metas en líos, pequeño demonio!” El niño corrió sobre sus cortas patas traseras hacia nuestro grupo, sin soltar a la Reina prisionera en la manga de su pulóver. La madre humana sacó de su canasto un rábano negro que cortó en rodajas sobre la rodillera de su jean y un termo de té con el que regó las rodajas de rábano que masticaba con los dientes haciendo un ruido sumamente desagradable, afortunadamente entrecortado por la circulación de autos sobre la orilla derecha del Sena. El niño se dejó caer sobre el trasero, sacó a la Reina de su manga y la suspendió delante de nosotros sosteniéndola por la cola. “¿Ouá-túe?”, preguntó, al tiempo que sacudía a la Reina que temblaba con todos sus miembros. “¡Quiere que le devolvamos el auto de bomberos a cambio de la Reina!, gritó Rāka, ¡hay que remontar el auto con un piolín! ¡Hey, allá, los hámsters, gritó dentro de las raíces, misión urgente!” Los hámsters volvieron a subir calzándose sus condones. “Es la hora de la siesta”, protestó el hámster con el tapón de cidra. “Pero la Reina está en peligro”, exclamó Rāka con acentos dramáticos. Los hámsters levantaron somnolientos la cabeza y vieron a la pobre Reina suspendida por la cola en la mano del niño que, para mejor exhibir su trofeo, la sacudía fuertemente. Ella perdió su peluca de lana de foca

y un escaquin de langostino que el murciélago atrapó con sus alas. “¡Es una situación de urgencia!, dijo la voz temblorosa de la Reina cabeza abajo. ¡Una vez liberada, volveremos a hablar de su aumento de sueldo!” El niño le cerró la boca con la otra mano y corrió hacia la madre humana, diciendo “¡glou, glou, glou!” “¡Y ahora querés tu mamadera, pequeño demonio!, dijo la madre. ¡Tomá, ahora la vas a tomar solo!” El niño agarró la mamadera y se fue a esconder debajo del banco, a la sombra del sol que, después de la lluvia, comenzaba a pegar fuerte. Hundió la tetina de la mamadera en la trompa de la Reina, que por poco se ahoga, y la obligó a beber la mitad del contenido que ella resoplaba por los orificios nasales, lo que nos hizo retroceder de espanto; la pobre reina se ponía verde, al borde de la asfixia, al tiempo que el niño encontraba un cierto placer en hacerle beber la leche hirviendo. Finalmente, él lanzó un grito, arrojó a la Reina y la mamadera al suelo y fue a revolcarse en un charco de agua de lluvia cerca de las raíces del sauce. “Hoy estás infernal”, dijo la madre humana mientras agarraba la mamadera, sin ver a la Reina que yacía desvanecida cerca del banco; después encendió una radio a transistores por la que se escuchaba música entrecortada del momento y se puso a tejer un par de guantes de lana roja. “Y yo que me la paso trabajando para vos, agregó distraídamente con respecto a su hijo, ¿podés parar de rodar por el barro?”, insistió, antes de concentrarse en la música del transistor, que seguía con el movimiento de las agujas de tejer. Viendo el campo libre, corrimos hacia la Reina que yacía sobre la arena, seguidos de los hámsters sumamente animados por la seguridad de Rāka que les daba órdenes. A todos nos sorprendió y enorgulleció el modo en que Rāka conservaba su self-control⁴ en circunstancias tan penosas; sin él, habríamos sin duda enloquecido. La Reina continuaba vomitando leche cuajada sobre su bello tapado en piel de cebolla. Rāka y yo la levantamos por las axilas y la arrastramos hasta el agua del Sena donde la empapamos mientras que Iris y Carina la frotaban con los restos de un dentífrico que flotaba cerca de la orilla. “Gracias, mis yernos, no dejaba de repetir la Reina, ¿qué habría sido de mí sin ustedes?”

Íbamos todos a salir del agua para volver a las raíces del sauce cuando una sombra se extendió sobre nosotros. El niño estaba de pie sobre la orilla, observándonos, inmóvil. “¡Al ataque!”, ordenó la Reina. Un silencio siguió. Algunos hámsters escondieron la cabeza bajo el agua y por poco se ahogan, aunque el jefe del ejército hizo un gesto, arrojando una tapa de mostaza contra un zapato del niño gritando: “¡Hi, hi, hi!””, como hacen los animales eréctiles cuando quieren asustar a los que son más grandes que ellos. El niño se dejó caer sobre sus nalgas, metiendo bruscamente los zapatos en el agua del Sena, lo que provocó una suerte de remolino que nos hizo perder pie. Fui yo el que resultó más alejado de la ribera por la fuerza de una ola. Nadaba corajudamente hacia la orilla al tiempo que veía a los otros precipitarse fuera del agua y trepar las ramas del sauce, cuando vi la sombra de la mano del niño abatirse sobre mí. Me hundí en el agua, pero la mano fue más rápida. En un segundo, me encontré lejos del agua y de la tierra firme, temblando de frío y de miedo en el puño apretado del niño que fijaba su mirada sobre mí.

El niño humano

Todos los demás, incluidos los hámsters, me gritaban: “¡Coraje, coraje!””, encaramados en las ramas del sauce. Luego vi la boca del niño que me sostenía abrirse, inmensa, mostrando ocho incisivos en forma de sierra cercados por cuatro colmillos. Esperaba lo peor. La Reina y sus hijas lanzaban alaridos de horror y Rāka me gritó: “¡Intentá morderle la nariz, Gouri!”⁵ De repente, vi aparecer en el interior de la boca una lengua rosa, muy gruesa al comienzo, que se volvió fina y puntiaguda en el momento en que alcanzó mi hocico, que lamió, y que continuó lamiendo mis bigotes y mis orejas. El contacto con este enorme pedazo de carne me repugnó hasta un punto indescriptible. La lengua continuó lamiéndome todo el cuerpo. ¡Peor! Chupándome las patas y la cola. Luego, el niño introdujo mi cabeza en su boca, y ahí creí morir de un paro cardíaco: con los dientes, me apretaba las costillas, al introducirme y sacarme de su boca. Y, como este juego le resultaba divertido, me chupaba y me mordía cada vez más fuerte, y me introducía más

profundamente en su boca, a tal punto que creí que me iba a tragar vivo. Al final, habiéndome introducido por completo, apreté muy fuerte, mientras me sostenía por la punta de la cola. Comencé a debatirme en el interior de su boca, cuyos dientes apretados me impedían el paso. Me encontraba en una posición incómoda debido a que su lengua hacía presión con todas sus fuerzas para mantenerme acorralado contra el paladar. Sintiendo perdido, hice un último esfuerzo por volverme y morderle la lengua, pero no logré incrustarle mis dientes porque era resbalosa. Sin embargo, mi astucia me salvó finalmente la vida: frotándole la glotis con mis bigotes, ¡logré hacerlo vomitar! Su garganta se contrajo, y luego escupió un torrente de jugo pegajoso que me arrastró. Fui proyectado sobre un adoquín donde me luxé la cola y me raspé seriamente la oreja derecha, sin contar el estado de mi pelaje, empapado de leche agriada.

La madre humana soltó su transistor y su tejido para venir hacia su hijo y le dijo: “¿Encima vomitaste? ¿En qué estado de excitación estás! ¿Pero qué te pasa hoy, mi cielo? ¿Tus zapatos están empapados, metiste los pies en el agua! ¡Qué demonio!” Enganchó al niño del codo y fue a cambiarle los zapatos sobre el banco, lo que milagrosamente nos dejó el campo libre por algunos instantes.

Räka fue el primero en llegar a mi lado, y me estrechó con sus brazos, seguido de las hijas y de la Reina, mientras que los hámsters permanecían prudentemente cerca del sauce. “¡Hermano!, exclamó Räka, ¡estás vivo!” Asentí con la cabeza. Carina se acurrucó junto a mí lloriqueando. El murciélago me levantó sobre sus alas, y todos entramos nuevamente en las raíces del sauce, precedidos por los hámsters que nos alumbraron el pasillo con antorchas talladas en fósforos. La Reina me tomó el pulso, y dijo: “¡Va a sobrevivir!”, aunque casi no estaba lastimado, sino más bien asustado por el peligro del que acababa de escapar. “Que pueda morir en mi lecho...”, dije para mis adentros sin mucha esperanza, ya que eso es verdaderamente raro entre las ratas. Me armaron un lecho (una esponja dentro de una lata de sardinas) donde me acostaron, en medio de la gran habitación, al lado del coche de bomberos. Mi esposa Carina me secó lo mejor que pudo con un papel de diario ya bastante sucio, luego me untó con miel perfumada para sacarme el olor a vómito, antes de peinarme coquetamente los bigotes con un peine de pestañas, mientras que la Reina y Räka me sostenían cada uno una mano. Tanta solicitud luego de mi desventura me conmovió profundamente, y me puse a llorar de gratitud; los otros me reconfortaron con palabras amables.

Pero la calma duró poco. El hámster jefe llegó corriendo con todos sus miembros y gritó: “¡El jefe humano se soltó!” “¡A las armas!”, gritó la Reina a los soldados, que ya escapaban a las galerías más profundas de la mansión.

Escuchamos sobre los adoquines los pesados pasos del niño, que se acercó al sauce y que dio una buena patada contra las raíces, lo que hizo que nos estremeciéramos de miedo. Luego un silencio. “¡El periscopio!, exclamó la Reina, ¿dónde fue a parar ese bendito periscopio?”

El periscopio

Era el periscopio de un submarino que los hámsters habían sacado del fondo del Sena. Para nosotros fue un esfuerzo físico muy grande traerlo del subsuelo e instalarlo, haciendo que el extremo superior traspasara las raíces del sauce y sujetando el extremo inferior con el coche de bomberos, de manera que pudiéramos sentarnos en su escalera para observar a gusto lo que pasaba en el Square du Vert-Galant. El niño se mantenía de pie, inmóvil, mirando fijamente las raíces, esperando seguramente que alguno de nosotros asomara el hocico para atraparlo. “Afortunadamente, no nos faltan los víveres para aguantar hasta la noche, nos aseguró la Reina, je incluso podríamos aguantar muchos días más si asáramos algunos hámsters!” Vi que al jefe del ejército de hámsters se le paraban los pelos de la cabeza, empujando hacia arriba el tapón de cidra que lo cubría. “Pero eso será únicamente en caso de emergencia⁶, agregó la Reina. Por el momento, sírvannos algunos carozos de aceituna para mordisquear durante el estado de sitio”, ordenó. Los hámsters, aterrorizados, cavaban por todas partes, buscando carozos de aceitunas, cuando la Reina,

de pie sobre la escalera de bomberos, les gritó: “¡Les ruego que no se enloquezcan! Si alguna vez nos viéramos empujados, por la fuerza de las circunstancias, a sacrificarlos, serían democráticamente echados a suerte, y les prometo no hacer trampas en el sorteo, ¡palabra de Reina!” Luego invitó a la Corte a sentarse sobre la escalera de bomberos para observar el exterior del sauce con la lente del periscopio. Råka y yo nos sentamos al lado de nuestras dos esposas, sobre los peldaños, y el murciélago se sentó en el lugar del conductor, para dormirse en seguida sobre el volante. El hámster-jefe trepó a mi lado por la escalera y se presentó con un saludo marcial: “¡Jefe Hámster querer hablar!” Cuando me levantaba para estrechar su mano, se sacó el tapón de cidra de la cabeza y me besó la mano mientras repetía en un murmullo: “¡Hámster querer hablar con Príncipe!”

“¡Silencio en la escalera!”, gritó la Reina, que estaba encaramada sobre el peldaño superior. El jefe hámster, temblando de miedo, se acurrucó contra mí sobre un peldaño. Por primera vez, me percaté de que Råka y yo habíamos pasado a ser Príncipes por el hecho de habernos casado con las hijas de la Reina. Carina, mi esposa, me susurró en la otra oreja: “¡Desconfía de este hámster, es un intrigante!” Iris y Råka mordisqueaban los carozos de aceituna y bebían una cereza al aguardiente sobre el peldaño de arriba, siguiendo con los ojos a través del periscopio lo que pasaba afuera. “Léalo usted más tarde, Príncipe”, me dijo el hámster, deslizándose en el bolsillo una nota escrita sobre una hoja seca. Luego se escabulló a toda velocidad en las galerías inferiores, donde los otros hámsters ya se habían refugiado. Con mi pata rodeé los hombros de Carina puesto que Råka hacía lo mismo con Iris, mientras miraba fijamente a través de la lente del periscopio. “Ese, dijo la Reina señalando la imagen, es nuestro enemigo común que nos acecha.” El niño se había quedado a observar la entrada de las raíces sin moverse. “Y más lejos, agregó la Reina con la boca entreabierta, dejando que sobresalieran sus grandes dientes relucientes bien afilados, está la innoble madre humana tejiendo.” Sus comentarios eran tanto más superfluos cuanto que veíamos muy bien lo que pasaba afuera a través de la lente del periscopio, y no pasaba nada interesante. Aproveché el momento para leer la nota del hámster-jefe. “Queremos la libertad. Firmado: Hámsters y topos.” “Son ridículos, me dijo Carina, que leía por sobre mi hombro. Mamá les concede la autonomía cada principio de mes y ellos se van a derrochar su paga con las ratonas prostitutas del Plateau Beaubourg, y, al día siguiente, están de vuelta con blenorragias que tenemos que curarles nosotros. ¡Sin contar lo que nos cuestan sólo en vestuario!” “¡Pero dónde están los topos?”, pregunté. “Huyeron cavando una galería hasta la estación de subte Cité. La decadencia de la casa comenzó con la muerte de papá, murmuró mientras introducía su hocico hasta el fondo de mi oreja. Nuestra madre maneja los negocios familiares a tontas y a locas. Mientras vivía papá, teníamos un servicio de orden formado por grandes ratas de Sicilia que impedían a los humanos el acceso a la Isla de la Cité. Pero mamá los reemplazó por estos hámsters, no tenía más plata para pagarle a los sicilianos, que ahora pasaron a la policía.” “No sabía que la policía empleaba ratas”, respondí sorprendido. “Yo no sé gran cosa del mundo, me dijo acariciándome con la cola. Debo aprenderlo todo.” Y, con una voz metálica: “Si mamá no derrochara todas nuestras rentas en el Casino, podríamos vivir como ricos. ¡Hay que envenenarla!” Quedé anonadado. Råka vino a sentarse a mi lado, mientras Iris orinaba contra una rueda del coche y Carina empolvaba con pimienta sus bigotes mientras charlaba con ella.

“Gouri, me dijo Råka en voz baja, no me gusta para nada este asunto.” “Creo que están un poco tocadas, le dije, pero no son peligrosas.” “Son muy peligrosas, me dijo Råka. ¡Fijate cómo tratan a los hámsters!” “¡Pero nosotros no somos hámsters!”, protesté. “Lo seremos pronto si no nos salvamos lo más rápidamente posible. ¡Los hámsters son ratas a las que les cortaron las colas!”, me susurró. Por un momento, pensé que el exceso de cerezas al aguardiente lo había vuelto loco. “Los hámsters son ratas sin cola, todo el mundo sabe que son una raza inferior!”, le respondí de mal humor. “Estos no”, me dijo Råka. Miré a un hámster que pasaba haciendo rodar una piña. Observé, en efecto, su cola corta compuesta de una sola falange envuelta con una Curita. Se me pararon los pelos del hocico, como el día en que metí la pata en el tomacorriente del refrigerador suyo.

“¡Salvémonos rápido!”, exclamé. “Sí, ¿pero cómo?”, me preguntó Rāka. Aún si llegamos a deslizarnos hasta la salida, ¿está el niño humano que nos acecha afuera!” Alcanzar la salida era por otra parte impensable, en vista del número de hámsters que se afanaban a nuestro alrededor bajo las órdenes de la Reina; tres o cuatro de ellos anudaban un pañuelo a un palillo de tambor para hacer una bandera blanca que agitarían a la salida de las raíces. Otros levantaban penosamente de la cocina una piedra que había caído durante el chaparrón. Sin contar las decenas que se esforzaban por sacar el agua que había inundado la mencionada cocina, y hacían una cadena sirviéndose de los tapones plásticos de vino que, anteriormente, los cubrían. El agua, que no podían ir a verter al Sena a causa de la presencia del niño, hacía un itinerario perfectamente inútil, porque finalmente se escurría en las habitaciones de la Reina que, loca de rabia, les ordenó recogerla para ir a volcarla a los subsuelos de atrás donde habitaban los hámsters. El hámster-jefe, castigado, secaba los zócalos del salón con la lengua, frotando las manchas rebeldes con su bigote untado de un producto lavavajilla.

Mientras tanto, Iris y Carina se entretenían contándose al oído cosas que las hacían reír a carcajadas, al mismo tiempo que tomaban un baño de té en una taza, enjabonándose una a la otra con el azúcar y frotándose la espalda con una cucharita, mientras los hámsters iban a buscarles ropa limpia: kimonos cortados en servilletas de té con zapatos tallados en avellanas. Nos gritaron: “¡Eh, maridos, miren cómo nos ponemos lindas para ustedes!” Reían como dos loquitas.

“Ves, le dije a Rāja, estas chicas nos aman verdaderamente, ¿no tienen la intención de cortarnos la cola!” “Manténé la cabeza fría, me dijo Rāka. ¡Prestá sobre todo atención a las drogas que pueden deslizarse en nuestra comida!” No pudimos seguir discutiendo. La Reina se aproximaba a nosotros, trepando, sofocada, la escalera. “¡Qué laburo ser Reina!, nos dijo. No obedecen tan rápido como lo hacían en la época de mi difunto Raynaud, que los tenía a bastonazos. ¡Cuento realmente con ustedes, yernos míos, una vez que hayan comprendido el sistema!” “Pero, en principio, debemos tomar a sus hijas como cajeras para nuestro modesto negocio de la feria de Buci, dijo Rāka. Nunca se trató de asumir la defensa de su sauce contra los humanos, y todavía menos la conducción del ejército de hámsters, a quienes no les importa lo que está en juego!” (Bien dicho, dije para mis adentros). “Ya lo sé, yerno, ¿pero qué quieren que haga? ¡Las cosas son como son! Y, para colmo de males, dijo llorando, el murciélago, que era mi muy amada nodriza, murió mientras dormía.” El murciélago estaba, en efecto, muerto, ahogado por sus propias alas sobre el volante del coche. “¡Hay que sacarlo de acá antes de que el olor a podrido atraiga a las avispas! ¡Sáquenme este cadáver del salón!” ordenó a los hámsters, que se hicieron los sordos.

El murciélago, el fox-terrier, las abejas

Ayudamos a la Reina a hacer un ovillo con el cadáver del murciélago y, empujándolo con una rama, lo hicimos salir fuera de las raíces del sauce. El niño humano pronto se precipitó donde estaba y lo aferró en su puño; una vez que comprendió que el murciélago no se movía, abrió grandes los ojos, luego corrió hacia su madre, que continuaba tejiendo, y depositó el cadáver del murciélago sobre su rodilla. La madre lanzó un largo grito sostenido, saltó sobre el banco y luego volvió a saltar sobre el empedrado para darle al niño una bofetada tan fuerte, que todos saltamos sobre el periscopio para ver la escena más de cerca. Pasado el efecto sorpresa, el niño se puso a gritar más fuerte que ella; ella lo sacudió como a un títere y lo arrastró hasta el Sena para lavarle las manos al tiempo que gritaba: “Y no te metas los dedos en la boca porque te mato”, con sus ojos azules amarillentos saltándole de las órbitas. Luego colocó una vez más en el cochecito al niño que seguía gritando, deteniéndose de cuando en cuando para tomar aire, mientras ella empujaba al murciélago con la punta del sueco hasta el Sena, donde el cadáver se alejó a la deriva, flotando con las alas desplegadas. “¿Te vas a callar, pequeño demonio?”, le gritaba la madre al niño, que no la escuchaba en absoluto, completamente ocupado en gritar por su lado. “Salvados, suspiramos todos en las raíces, ¿pero por cuánto tiempo?” El comportamiento de la madre era irregular, tan pronto castigaba al niño, aprisionándolo en el cochecito, como lo cubría de besos y le otorgaba la libertad

de venir a martirizarnos. “Aprovechemos para deslizarnos hasta ellos y atar al niño al cochecito” propuso Rāka. Pero la empresa nos pareció, más que heroica, irrealizable.

De cualquier modo, salimos todos de las raíces (incluso los hámsters) para aprovechar la tregua y revolcarnos en los últimos charcos de agua tibia entre los adoquines. Nos frotábamos los unos con los otros para recobrar la esperanza, cuando un pequeño fox-terrier de alrededor de tres meses, vestido con un impermeable de hule escocés, descendió nerviosamente por las escaleras de la estatua de Enrique IV, antes de precipitarse sobre nosotros ladrando en forma histérica y bloquearnos la entrada a las raíces. Nos refugiamos prestamente en las ramas del sauce. El Square du Vert-Galant se pobló de repente de humanos y de perros de todas las edades y de todas las razas que nos hicieron la vida imposible. El niño, después de haber gritado en su cochecito durante quince minutos seguidos, se durmió pesadamente. El fox, por el contrario, sostuvo el sitio sin debilidad ni descanso durante dos horas enteras. Corría alrededor del árbol, meaba en las entradas de las raíces, después ladraba, mirándonos fijamente a los ojos, profiriendo amenazas que nos hacían temblar a un punto tal que debimos agarrarnos a las ramas con todos nuestros miembros para no caernos. Soportamos, además, muchos ataques sin gravedad provenientes de toda clase de bestias. Una gaviota, venida de no se sabe dónde, picoteó a la Reina antes de quitarle el zapato en caparazón de langostino y huir. El sol pegaba muy fuerte y no teníamos nada para tomar, mascábamos hojas de sauce para humedecernos las mucosas bucales. El calor atrajo un enjambre de abejas que habitaban la isla Saint-Luis, que nos incrustaron salvajemente sus aguijones en las nalgas antes de robarnos algunas gotas de néctar del sauce. El propietario del fox-terrier (un humano con dientes postizos y cabellos blancos, lo que le daba un aire de conejo, todo vestido de blanco con un Rólex) tuvo finalmente la sensatez de ponerle la correa al perro y atarlo al respaldo del banco, donde a continuación se sentó y abrió un libro, al lado de la madre humana que escuchaba su transistor, conectado a su oreja mediante un hilo eléctrico. El niño humano fue finalmente despertado por los gemidos del perro que por poco se estrangula con su collar, en tanto no lograba coordinar el movimiento de la huida con el del ataque. El niño se despertó bostezando y a continuación miró a su alrededor somnoliento, después, su mirada se hizo más y más nítida, e inspeccionó el cambio de escenario y la ubicación de seres vivos, así como su comportamiento. (Aquí sigue un pasaje que creí necesario cortar, ya que el autor se demoraba en descripciones del comportamiento de los perros y de los humanos que son para nosotros extremadamente aburridas por archiconocidas; corté también una larga conversación entre la madre del niño y el propietario del perro a propósito de productos congelados. Mientras tanto, la Corte de la Ratas y el Ejército de Hámsters habían logrado llegar a las raíces del sauce, y habían sacado con gran esfuerzo el coche de bomberos de juguete fuera de su guarida. Retomo el relato sin cortes).

El niño humano, liberado de su cochecito, saltó sobre el fox-terrier blanco con impermeable escocés, que estaba atado al banco, y casi lo ahoga al tirar de su correa y aplastarle, con su talón, el cuello contra el empedrado. El propietario del perro, un homosexual vestido de blanco con un Rólex dorado en el puño y un volumen literario (que tiró por el aire) forrado en cuero viejo en la mano, se precipitó para separarlos, del mismo modo que la madre del niño, que dejó caer su tejido, su transistor y su termo. El perro gemía mientras lamía los zapatos del homosexual, que lo tomó en sus brazos para consolarlo, mientras que la madre humana retaba al niño humano sujetándolo por el brazo. Pero permítame hacer un aparte para explicarle la situación en que nosotros, las ratas, nos encontrábamos en este momento. Una vez despejado el campo para llegar hasta las raíces del sauce, el jefe del ejército de hámsters y la Reina de las Ratas pactaron, luego de largas discusiones, que los hámsters remontarían el coche de bomberos del fondo de las raíces hasta la superficie del empedrado a cambio de un fin de semana de cuatro días que pasarían sobre la orilla derecha, del otro lado del Pont-Neuf, donde hay, aparentemente, un negocio habitado por muchos de sus primos. Una vez que el coche estuvo afuera, pensamos en devolvérselo al niño con la esperanza de obtener así la paz. Ya devuelto el nene a su cochecito, el fox-terrier atado otra vez al banco, la madre concentrada nuevamente en su transistor y el homosexual en su Racine, los hámsters, aún miedosos, se negaron a empujar el auto cerca del banco, con el pretexto de que era la hora de su fin de semana.

Cada uno tomó una mochila llena de granos y se fueron silbando en fila india por la orilla, no sin antes habernos jurado que estarían de regreso en cuatro días. Nosotros, la Corte, decidimos empujar el auto hasta el niño, aprovechando la distracción de los humanos grandes y la imposibilidad de moverse del humano pequeño y del fox-terrier. La Reina se puso al volante. Iris, Carina, Rakä y yo empujábamos el auto, cuando de repente el homosexual levantó los ojos de su lectura y se vio, primero, indudablemente sorprendido al ver el coche de bomberos avanzar solo; luego, al percibirnos, lanzó un grito y saltó sobre el banco. La madre hizo inmediatamente lo mismo; en cuanto al fox-terrier, ladraba hasta romperte las orejas. El niño fue el único que no perdió la calma, hizo bascular el cochecito hasta lograr que volcara en el suelo, y se deslizó fuera de él a toda velocidad, corriendo hacia nosotros sobre sus cortas patas. “¡Todos sobre el portaaviones!” ordenó Rakä, pues el acceso al sauce estaba interceptado por la trayectoria del niño. Nos precipitamos sobre el portaaviones contando con que el niño se detendría para recuperar su auto, pero no hizo nada de eso; nos persiguió a nosotros, la Corte, mientras lanzaba cortas risitas: “¡Hi, hi, hi!” lo que me hizo pensar, en un destello, que él intentaba imitar nuestro lenguaje. La madre lanzaba alaridos sostenidos que delataban sus orígenes germánicos (supimos más tarde que el niño era el fruto de una unión furtiva entre ella y un senegalés en los pasillos de la alianza francesa), en cuanto al homosexual, fue el primero en recuperar su sangre fría y en descender del banco para desatar al fox-terrier que se abalanzó sobre nosotros a la velocidad de un bólido, dejando atrás al niño. Mientras que nosotros, la Corte, roíamos con todos nuestros dientes la cuerda que ataba a las raíces del sauce el cajón de legumbres (que por una aberración extrema continuábamos llamando portaaviones), Rakä, que había permanecido en la orilla (a una treintena de centímetros de distancia), brincaba para morderle el hocico al perro, al mismo tiempo que evitaba sus colmillos, por cierto hábiles. El fox aulló y reculó. Ya volvía al ataque, cuando el niño humano surgió detrás de él, lo agarró con sus dos manos por la garganta y, alzándolo en el aire, lo hizo girar a su alrededor, antes de abollarle la cabeza contra el tronco del árbol, en el momento en el que el homosexual se precipitaba para arrancárselo de las manos. Este incidente nos hizo ganar tiempo: al portaaviones no lo retenían más que algunos hilos de la cuerda. La Reina y sus hijas se dedicaron a roerlos, mientras yo me lanzaba al rescate de Rakä, que le hacía frente a la madre humana, que, entretanto, se había precipitado con su cochecito para intentar aplastarlo. De repente, la cuerda se cortó. Saltamos todos al agua y nos aferramos al portaaviones, que ya se alejaba a la deriva en el momento en que el niño se dejó caer de traste sobre nuestro portaaviones. Se hundía en el agua para salir nuevamente a flote, tras no lograr darse vuelta. Todos saltamos sobre el niño, que había quedado atascado en el portaaviones (como antes en el cochecito) y nos aferramos, Rakä y yo, a sus cabellos, mientras que nuestra suegra la Reina y nuestras dos esposas Iris y Carina se deslizaban en el interior de sus calcetines para no ser arrastradas por las olas. Mientras tanto, la madre humana se arrojó sobre nosotros de cabeza, tropezó con su cochecito y se dio la cabeza contra un adoquín, para luego caer al agua con la frente sangrando. El homosexual entró en el agua para aferrarla por los pelos, pero perdió pie, mientras que nuestro portaaviones se alejaba en círculos hacia la Academia francesa, en el extremo izquierdo del puente de las Artes, y el homosexual, que no sabía nadar, se aferró a la madre humana, que se aferró a él mientras profería estridentes borborigmos. El fox-terrier nadaba alrededor de ellos ladrando, e intentó trepar sobre sus cabezas, que pronto desaparecieron en un remolino, no quedando otro sobreviviente más que el perro, que alcanzó la orilla derecha y se secó en el interior del impermeable escocés antes de ir a mear contra un mojón y desaparecer de nuestra vista, después de remontar la escalera que lleva al jardín de las Tullerías.

Vidvn

Nuestro cajón navegaba lentamente a lo largo de la ribera izquierda. La Reina de las Ratas y sus dos hijas, las princesas, se recostaron sobre el pecho del niño para secarse al sol mientras que Rakä se zambullía en el Sena (yo lo sostenía por la cola, enganchado con mi propia cola al cajón) para pescar un tronco bastante sólido que nos sirviera de remo, siendo el peligro más inmediato el

de quedar atrapados en un remolino y terminar aplastados contra una piscina flotante humana enganchada a la orilla. El niño café con leche, casi encastrado en el interior del cajón, comprendió muy bien nuestras intenciones y se sirvió de sus brazos como de hélices para alcanzar el medio del Sena con la finalidad de dejarnos llevar, una vez que pasáramos el puente de la Concordia, por una corriente que la Reina de las Ratas pretendía conocer muy bien y que nos conduciría bajo el puente Alejandro III, donde podríamos hacer encallar el cajón en una mata de juncos y alcanzar fácilmente la orilla sobre los hombros del niño. En ese momento, vimos llegar uno de esos enormes barcos ómnibus blancos de cuatro pisos envueltos en plexiglás, en el interior del cual un nubarrón de asiáticos hacían el tour de las islas del Sena, antes de hundirse bajo la plaza de la Concordia para visitar el alcantarillado. Algunos de ellos, al ver la mancha roja que era el enterito del niño, nos tomaban fotografías mientras nuestro cajón se acercaba inexorablemente a la proa del barco; abandonamos precipitadamente el cajón y nos enganchamos a los cabellos del niño que se dejó hundir, reteniendo su respiración debajo del agua, lo que nos permitió escapar por poco de la hélice de metal del barco, mientras que la manada de asiáticos corría a lo largo de las pasarelas, siempre fotografiándonos. El barco se alejaba hacia la Isla de la Cité. El niño, agotado, se quedó flotando un momento y después se puso a nadar lentamente sobre la espalda hacia la ribera izquierda, bajo el puente Alejandro III, ayudado por la corriente y por los consejos de la Reina, que se mantenía aferrada a su oreja y gritaba: “A borda, a babor, a estribor”, sin interrupción, y con nosotros, la Corte, enganchados a su enterito. Llegó sin aliento; en los últimos metros, debimos arrojarnos al agua y tirar con nuestros dientes de sus breteles mientras él hacía la plancha. Una vez que apoyó las nalgas sobre tierra firme, estalló en una carcajada y se puso a batir las palmas. Nosotros, las ratas, hicimos lo mismo, besándonos los bigotes y dando grititos de alegría. El niño nos tomaba en sus manos y nos lanzaba al aire, para volver a atraparnos y lanzarnos nuevamente, lo que nos provocaba un leve vértigo tranquilizador. Comprendimos por esto que nos quería mucho. Al ver que temblaba de frío en sus ropas empapadas, lo desvestimos con gran dificultad; los ojales de su enterito, que se habían encogido por efecto del agua, impedían que pasaran los botones y debimos cortarlos con nuestros dientes.

Fue en ese momento que advertimos que no se trataba de un macho, como habíamos supuesto hasta entonces, sino de una hembra, todavía imberbe sobre el pubis y no desflorada, de alrededor de dos años, lo que, siendo joven para un humano, representa entre nosotros (si se cree en el reajuste de los husos horarios y en el envejecimiento de las células, como leí recientemente en una revista científica) alrededor de una semana de vida de rata; decidimos, pues, tratarla como a una niña de las nuestras. Llevaba una pulsera en el puño, donde estaba escrito el nombre “AIDAN”, o bien “VIDVN”⁷. Se revolcó de risa por el suelo cuando le hicimos cosquillas en los pies y en la panza. Estiramos su enterito al sol y lavamos sus pañales de plástico empapados de orina y de excrementos en el agua del Sena, refregándolos con nuestros bigotes, mientras que Vidvn⁸ chupaba una lata de conserva llena hasta la mitad de un buen corned-beef rebosante de gusanos. A continuación, nosotros, la Corte en exilio, celebramos consejo alrededor de una mesa improvisada sobre un ladrillo. La Reina era de la idea de cortar las dos entradas del puente Alejandro III y hacer frente a los humanos, tomar a la niña como rehén y exigir a las autoridades humanas un helicóptero para alcanzar nuestra Isla de la Cité, a lo que todos nos opusimos resueltamente (no teníamos si quiera el apoyo de la armada de hámsters, entonces de vacaciones).

Regresar a pie al Square du Vert-Galant habría sido una locura en el momento en que tantos humanos se paseaban sobre la orilla del Sena; lo mejor era esperar la noche. Estuvimos todos de acuerdo, a pesar de algunas reticencias de la Reina, que quería declarar abiertamente la guerra a la policía. Vidvn, habiendo perdido el hilo de nuestras discusiones, se durmió, chupando su pulgar. La hicimos rodar hasta un pozo al pie del arco del puente que olía mucho a orina humana, por lo que era un buen lugar para dormir, y la cubrimos con trapos que andaban dando vueltas por ahí. Estábamos muy cansados y decidimos dormir un poco mientras esperábamos el final de un día que se anunciaba largo; eran a penas las once de la mañana y una multitud de parisinas invadía las orillas del Sena en compañía de sus perros, sus maridos, sus hijos y sus padres; afortunadamente,

nuestra madriguera estaba bien a salvo de las miradas de esta clase de personas que no salían a las orillas del Sena más que un día de primavera al año, que se admiraban del paisaje y no miraban en absoluto los agujeros en el suelo, ignorantes de la existencia de las ratas. Vidvn se acurrucó bien en el interior de la madriguera y nosotros, en sus axilas, para mantenernos calientes antes de dormirnos todos profundamente después de haber hecho nuestras oraciones al Dios de las Ratas.

Mimile

Me desperté cuando el sol caía y no se escuchaba más que el ruido del agua y algunos autos a lo lejos, sobre la orilla derecha. Rāka me sacudía el hombro haciendo al mismo tiempo un gesto para que me callara. Una hembra de humano se encontraba de pie frente a nosotros y nos miraba, inmóvil. Era de una edad indefinida, probablemente muy vieja; en todo caso, la piel de su cara era arrugada como una vejiga reseca, con mucho hollín adentro de las arrugas, los pelos blancos sucios y en desorden y solamente tres dientes amarillos en la delantera de la boca. Iba con un vestido en burriel desgarrado y un manto agujereado sobre los hombros, dos medias de básquet casi negras enrolladas sobre las pantuflas y una botella de plástico de vino agarrada con las dos manos de la que bebió un buen trago antes de continuar observándonos. Detrás de ella había un hombre muy pequeño, apoyado sobre un gran cochecito de bebé como los que se hacían en otra época⁹, en el interior del cual se hallaba una silla de paja desfondada. El hombre era muy peludo y olía de lejos a chivo; estaba vestido con un largo sobretodo negro al que le faltaba un pedazo en la parte de atrás, un par de jeans que dejaban sobresalir dos botas de la legión extranjera, una corbata roja anudada al cuello, sin camisa, y cubierto con un panamá arrugado. “¡Mirá, Mimile, tenemos visitas, dijo la mujer, una chiquita negra que nos metieron en el agujero, es increíble! ¡Y además está desnuda!” “No es cierto, dijo Mimile, estás alucinando de nuevo, Berthe.” “Te lo juro por la vida de mi madre, dijo Berthe, ¡e incluso hay una camada de ratas de que se pasean por encima!” Mimile dejó el cochecito para acercarse a nosotros, que no pensamos en huir, habiendo notado que el hombre no era peligroso debido a su lentitud para reflexionar. Los dos nos miraron de arriba abajo por un largo rato hasta que Vidvn se despertó, lanzando gritos. Nosotros, las ratas, intentamos calmarla haciéndole mimos en los cachetes. “Tiene hambre”, dijo la Reina de las Ratas. Y le gritó a la mujer humana: ¿Podría darle el pecho en lugar de quedarse ahí mirándonos como una imbécil?” Los humanos abrieron grande la boca al escuchar hablar a la Reina. “¡Estas ratas hablan! Exclamó la humana. ¡Sacalos de acá, Mimile, este agujero es nuestro!” “¿Pero qué vamos a hacer con la nena?”, preguntó Mimile. “La tiramos al Sena, ¡lo único que nos faltaba es una nena!” “¡Ah, no!, exclamó la Reina, la nena es nuestra! ¡Yo soy la Reina de las Ratas y la tenemos como rehén!” “¡Ah, eso es el colmo, dijo la hembra, si usted es la Reina de las Ratas, entonces yo soy la Reina de los Hombres!” “De acuerdo, dijo la Reina, he aquí mi corte, le presento a mis dos gemelas, las princesas Iris y Carina, y a mis cuñados, los delfines Gouri y Rāka.” Nosotros nos inclinamos muy respetuosamente mientras la Reina de los Hombres estallaba de risa. Ella bebió de su botella antes de escupirnos el vino amoniacado en la cara. Vidvn se puso a llorar y Mimile la tomó en sus brazos para arrullarla. “Te prohíbo que toques a la nena”, gritó la Reina mientras lo sacudía. “Estás celosa”, dijo Mimile. Sin soltar a Vidvn, le dio un buen golpe en la trompa a la Reina de los Hombres, que rodó por el suelo sin soltar su botella. Luego sacó del cochecito la silla de paja, una caja llena de legumbres podridas y un aparato de calefacción, y depositó a Vidvn en su interior, después le dio una coliflor para que masticara. La Reina de los Hombres se puso de pie muy dolorida y gritó: “¡Policía!, ¡Policía!” Después golpeó a Mimile en la cabeza con su botella de plástico, mientras gritaba: “Yo te saqué del barro, ¿y así es cómo me pagás? ¡A esta nena yo la mato!” Y se precipitó sobre Vidvn para estrangularla. Mimile agarró una piedra y golpeó a la Reina de los Hombres en la cabeza hasta que la sangre le inundó los cabellos blancos y rodó por el piso. Vidvn se inclinaba fuera del cochecito para observar la escena más de cerca; en cuanto a nosotros, las ratas, nos manteníamos al margen. Mimile sacó del cochecito un gran cuchillo y lo hundió en el cuello de la Reina de los Hombres, que lanzó su último estertor y se sacudió, para luego quedar

inmóvil; él la arrastró de los pelos hasta el Sena y la empujó a patadas; ella se alejó a la deriva. Mimile escupió en el agua, después abrió su bragueta y orinó largamente. Luego, acercándose a Vidvn en el cochecito, la retiró de allí y la estrechó en sus brazos. Ella se dejaba hacer, muy contenta, por lo que comprendimos que se trataba de un amigo, y nos acercamos al grupo. Él lamió todo el cuerpo de Vidvn con su gorda lengua, lo que la hizo reír, ya que la barba de Mimile le hacía cosquillas. Después la vistió con un pulóver azul de la marina todo agujereado que le llegaba hasta las rodillas y escondió el enterito rojo en un agujero que cubrió de tierra antes de retirar de él un hueso que nos dio y que nosotros, la Corte, roímos por cortesía, a pesar de que nuestra religión nos prohíbe comer carne. Nos dijo: “Ustedes, las ratas, no tienen por qué preocuparse conmigo, yo también sé lo que es la vida”. Luego de sentarse sobre la silla de paja desfondada, tomó a Vidvn en sus brazos y le dio a beber vino en una botella y nos dijo: “¿Quieren que les cuente mi vida, muchachos?” Todos respondimos “Sí” al unísono y nos fuimos a sentar en círculo alrededor de él. Aparte de usted, Maestro, este humano era el único en mi existencia y en la de la de toda la Corte que nos dirigía la palabra; nos conmovimos hasta las lágrimas, lo que la Reina resumió en un breve discurso de agradecimiento. Estábamos sumamente interesados por lo que podía ser una vida de hombre y abrimos grandes las orejas; salvo Vidvn, que prefirió chupar los pelos del pecho y de la barba de Mimile en lugar de escuchar su discurso. “Yo, dijo Mimile, no tengo memoria. Cada vez que me meten en cana, es por alguna cosa de la que después no me acuerdo ni medio; esa es mi desgracia. La última vez, parece que había matado a una vieja para robarle la guita; la vez anterior era un nenito, para violarlo. Siempre pasa lo mismo: me encierran y me rapan, pero yo tengo el don de la fuga; hace una semana, la bajé a la enfermera de Clairvaux y me las piqué con sus pantalones, pero eso también puede ser que me lo olvide en estos días. Mis especialistas dicen que no tengo memoria porque me impactó una esquirla de obús en la cabeza cuando estaba en la Legión, pero es mentira, nunca me impactó nada, es la única cosa de la que me acuerdo.” Después se calló. Nosotros, ratas, nos fuimos algo decepcionados por la brevedad de la historia, pero pensamos que era excusable que los humanos prácticamente no tuvieran memoria, en vista de la cantidad de ellos que se ocupan de escribir, pintar, esculpir, fotografiar y registrar sus voces, hechos y actitudes, mientras que si nosotros no tuviéramos memoria, eso provocaría inexorablemente la extinción de nuestra especie. La Reina era de la opinión de que los humanos desaparecerían de la superficie de la tierra una vez que hubiesen terminado de reproducirse totalmente en objetos, que nosotros conservaríamos a la manera de souvenirs, como ocurrió con tantas bestias del terciario, de las que no conservamos más que el molde; Råka, más optimista, les auguraba una vida en el mundo tan larga como la nuestra, aunque en vista del estado de torpeza que les provoca la falta de memoria, lo dudo mucho. Mimile ya nos había olvidado, y lloraba abrazando a Vidvn, mientras decía: “Sos el único ser que tengo en el mundo, mi nena, no me abandones.” Aprovechamos para despedirnos de ellos al ver que Vidvn estaba en buenas manos, y nos disponíamos a alcanzar la Isla de la Cité antes de la caída del día remontando la ribera izquierda del Sena, cuando un enorme gato negro con una mancha rojiza sobre el hocico nos saltó encima. Nos alteramos y nos refugiamos todos en Vidvn y Mimile; él agarró el gato por la piel del cuello, lo metió en un bolso de mujer que volvió a cerrar sobre el gato y tiró todo al Sena mientras que Vidvn se descostillaba de risa. Tanta bondad de parte de un ser humano nos pareció de naturaleza divina, y nos preguntamos si Mimile no era el hombre eterno que, en la religión de las ratas, desciende del cielo una vez cada diez mil años para liberar la tierra de gatos que, desafortunadamente, hasta el presente, continúan renaciendo de sus cenizas. Nuestra presunción se vio casi confirmada por una frase de Mimile cuando arrojó el bolso que contenía el gato al Sena con una patada, frase que rezaba: “¡Un Mimile, eso equivale a dos mil en el año diez mil!”, dijo, amenazando al cielo con su puño; después estalló en una carcajada y bebió de un trago el resto de la botella de Préfontaines antes de sacar su sexo por el agujero de su pantalón y sacudirlo, ofreciéndoselo a Vidvn, que se puso a chuparlo golosamente. Nosotros no sabíamos que entre los humanos el pene del macho cumplía la misma función que la ubre de la hembra, e incluso mejor: el placer que ellos obtienen es más intenso, pues la forma del pene del hombre se acomoda mejor a la forma de una boca humana una vez superada la edad de las encías desdentadas, aunque la

leche tarda más en llegar en el hombre que en la mujer, y llega por sacudidas, como pudimos constatarlo de cerca. Tal vez lo aburro, querido Maestro, con observaciones que, siendo sorprendentes para las ratas, son para usted banales, pero, vea usted, yo escribo todo lo que veo. Es así como escriben sus autores ingleses favoritos, los que me leía en mi infancia ya lejana. Desde de la última vez que lo vi, no poca agua corrió bajo los puentes del Sena: me casé con la princesa Carina y esperamos una camada; mi vida es, por así decirlo, normal, a pesar de que no amo a mi esposa y que la prefiero sobre cualquiera en el mundo, pero así es. Los otros se durmieron y yo aprovecho para terminar esta carta sobre un pedazo de papel del “France-Soir” con el que Mimile se limpió el ano y cuyos restos de excremento me sirven de tinta en la que unto la punta de un fósforo, a la luz de un cabo de vela, esperando encontrar una estampilla para enviársela uno de estos días. Vidvn, una vez tragada la leche de Mimile, se durmió en el suelo entre sus piernas, con su pene en la boca. Mimile ronca fuerte para alejar a los gatos; la Corte de las Ratas se acomodó en el cochecito en el interior de un chaleco, hecha un ovillo; yo escribo a la orilla del agua, sobre un adoquín. Bostezo, el día se eleva y sopla una brisa fresca. Lo beso cuatro veces en las dos mejillas, Maestro. Voy a acurrucarme y a dormir con los míos. Hasta uno de estos cuatro días. Su Gouri.

La captura

Querido Maestro, retomo para usted en el lugar donde lo dejé. Después de haber besado a Vidvn y Mimile, me enrollé con todas las ratas de la corte de las Ratas en forma de ovillo, apretándonos todas muy fuerte. La Reina de las Ratas, en su sueño, no cesaba de repetir: “Nini soy quien mea a Mimile”. Råka y yo la sacudimos de las orejas para despertarla pero ella no hizo más que cambiar de pesadilla, gritando: “¡Que les den brioches! ¡Que les den brioches!” Era insoportable; nuestras dos esposas se quejaban de no poder dormir, lo que tendría graves repercusiones sobre los sistemas nerviosos de las respectivas camadas de Råka y mía, y nos pidieron que empujáramos a su madre fuera del cochecito¹⁰ para no escucharla más. Råka hizo un escándalo y les dijo con toda razón que las pesadillas de su madre nos incomodaban menos que sus llantos; yo estuve de acuerdo y bajamos del cochecito para ir a anidarnos en un zapato de Mimile. Nos dormimos allí, Råka y yo, abrazados muy tiernamente, después de habernos jurado que ya nunca más pondríamos un pie en la corte de las Ratas y que a partir del alba volveríamos a nuestro pequeño comercio en la calle de Buci, pues el comportamiento de nuestras dos esposas nos parecía exasperante, considerando incluso la posibilidad de divorciarnos para vivir juntos nosotros. Mimile se dio vuelta en su sueño y expulsó por el ano un viento que olía muy fuertemente a azufre, mientras abrazaba a Vidvn que le chupaba la nariz. Aprovechamos sus movimientos para deslizarnos entre sus dos vientres calientes: afuera hacía frío. Nuestras dos esposas y su madre, la Reina de las Ratas, discutían dentro del cochecito, gritando y mordiéndose entre ellas por cuestiones de herencia. Råka y yo hicimos oídos sordos y nos dormimos bigote con bigote.

Soñé que era yo pero que mi cola terminaba en una cabeza de gato que intentaba atraparme el hocico, y yo giraba en círculos sobre mí mismo cada vez más rápido para escapar de él. Después, una enorme gaviota con cabeza de águila tragaba la cabeza de gato antes de disolverse para dejar paso a una esfinge que tenía el cuerpo de Råka y la cabeza de Mimile, que mecía lentamente las caderas y sobre la cola de la cual se posaba una araña roja que colgaba de su hilo, lo que me hizo despertar sobresaltado. Me aferré a Råka con mis cuatro patas para volver a dormir cuando vi aparecer dentro de mis ojos una bola de fuego que se volvía azul antes de explotar y dar lugar a una multitud de platillos blancos sobre los cuales se sostenían iguanas verdes que giraban como trompos, después no soñé nada antes de ver un dinosaurio violeta que se tragó a la esfinge, desplegó alas parecidas a la del murciélago mientras se volvía amarillo, y me sonrió gentilmente antes de perderse en la nada, lo que me permitió hundirme en un sueño reparador del que tenía gran necesidad, pero que por desgracia no duró nada. Estaba bien calentito entre los testículos de Mimile, cuando fui despertado por una luz intensa. Unos veinte guardias humanos habían formado un círculo alrededor de nuestro grupo, apuntándonos con reflectores. Råka y yo saltamos prestamente

en el cochecito para refugiarnos junto a la Reina de las Ratas y sus dos hijas. En ese momento, Mimile fue despertado por el llanto de Vidvn, que gritaba como ella sola sabe hacerlo, enganchada a su cuello. Mimile la enlazó con un brazo y buscó su cuchillo con el otro, cuando los polis le saltaron encima. Le arrancaron a Vidvn y la hicieron rodar por el suelo; dos de ellos le daban a Mimile patadas en los riñones y el bajo vientre mientras que otro lo azotaba a golpes de porra en la cabeza; un cuarto le puso rápidamente las esposas en los puños, detrás de la espalda. Un hombre vestido al estilo de los gánsters de Chicago comandaba la operación mediante órdenes secas. “¡Pardieu y Donadieu, lleven a la negrita en el Mercedes al Hôtel-Dieu,¹¹ que la revisen para ver si la violaron, y después nos encontramos en la Prefectura. A las ratas en el landau nos las llevamos como piezas de convicción!” Un escudo de CRS¹² se abatió sobre el cochecito, formando una tapa y sin dejarnos la más mínima salida; nos acurrucamos todos, aterrorizados, en la oscuridad. Vidvn seguía llorando mientras que se la llevaban; Mimile debía estar desmayado o tan atontado por los golpes que callaba. “Emile Canard, exclamó el poli, esta vez te vamos a cortar la cabeza!” “No me llamo Canard, sino Petirrojo”¹³, dijo con voz sofocada Mimile, y luego exclamó “ay” antes de callarse. “¡Sabés muy bien que mataste a la esposa del agregado cultural de Senegal para robarle a la nena, basura inmundada! ¡Y no hace ni siquiera una semana que te escapaste de Clairvaux después de matar a una enfermera!” “No me acuerdo de nada”, dijo Mimile. “¡Vos no te acordás nunca de nada, dijo el poli, cuando te manden a la guillotina ya te vas a acordar, Emile Canard!” Por los gemidos de Mimile, comprendimos que se lo maltrataba. Nosotros, las ratas, aunque muy atemorizadas, golpeamos con la cola sobre el escudo para hacerles entender que éramos testigos de la muerte absolutamente accidental de la madre de Vidvn, pero un poli golpeó con su porra la tapa del cochecito, aturdiéndonos, así que permanecemos mudos. El cochecito fue metido brutalmente en un coche celular en compañía de Mimile, que se quejaba, después...

(Nota del traductor: me permito un paréntesis de interés para el lector: Mimile no se llamaba Emile Canard, sino Emilio Draconi, y fue decapitado en la prisión de Fresnes en agosto de 1978; yo recibí estas cartas dos meses antes. Corrí a mostrárselas a mi editor, que me trató de loco. Emilio Draconi fue condenado a muerte por el asesinato de Madame Koulobô, madre de Vidvn, y de Bianco Cazzo di Fiore, el homosexual de blanco del comienzo del relato. Ahora bien, las cartas que ustedes leen son la prueba de su inocencia. De todas las fechorías que este hombre cometió (y si vamos a creer en los diarios, comenzó a los diez años estrangulando a su madre para robarle la pensión de divorciada), aquel por el que fue condenado a muerte fue la muerte accidental de estos dos personajes ridículos que se arrojaron al Sena en persecución de las ratas sin saber nadar. En cuanto a la muerte de la vagabunda Berthe, a la que Gouri llama la Reina de los Hombres, fue imputada a otro vagabundo al que llamaban Bébert, y que ya había intentado estrangularla el mismo día delante de testigos, en la plaza de la Contrescarpe. No les voy a contar todas las gestiones que hice: incluso llegué a obtener, gracias a mi editor, una reunión con el ministro del interior, pero ninguna persona quiso creer en la autenticidad de estas cartas. Logré hacer que le dieran a Mimile un paquete de cigarrillos por día y algunas novelas policiales y asistí, gracias a un favor especial de su abogado, a su ejecución capital. Era un hombre de tez morena, bastante banal, e incluso tal vez bastante tonto. Aún si estaba conciente de su suerte, no reaccionó ante sus verdugos con la fogosidad que Gouri le concede en su relato, paralizado o bien por el miedo, o por los medicamentos. Les ahorro la parte atroz del espectáculo para dejarle la palabra a la Rata, que sabe mejor de lo que habla.)

La serpiente

Buenos días, Maestro; me va muy mal, tanto como a la Corte de las Ratas. Nos encerraron en una jaula en el subsuelo de la Prefectura de Policía Humana; en las jaulas alrededor de nosotros había otras piezas de convicción: el caniche de una prostituta vietnamita descuartizada por un marroquí, la serpiente de una bailarina del vientre destripada por un pelirrojo belga y el fox-terrier blanco de esta mañana, sospechado de rabia, y al que le habían quitado su impermeable escocés. El

fox-terrier y el caniche se ladraban locuras; en cuanto a la serpiente, roncaba en el fondo de su jaula. “Ustedes tienen suerte, nos dijo despertándose bruscamente, a nosotros nos cortan la cabeza, que no se puede volver a pegar. A ustedes, los mandan al laboratorio de los hombres, donde tienen la posibilidad de rajarse haciéndose pasar por muertos.” Al escuchar eso, se nos pararon todos los pelos sobre nuestros cuerpos tensos. Habíamos escuchado hablar de los laboratorios de los hombres, donde te perforan la piel con instrumentos metálicos que contienen ya sea electricidad, ya líquido envenenado, para estudiar el comportamiento de la rata frente a la muerte, para extraer conclusiones psicológicas que les facilitan la tarea en las prisiones y los campos humanos, pero no creíamos en nada de eso, pensando que se trataba de una leyenda macabra como cualquier otra. La serpiente silbó a los perros que se callaron temblando de miedo en sus jaulas respectivas, y continuó en este tono: “Yo, como serpiente, podría salir de mi jaula deslizándome entre los barrotes, ya que nosotras estamos constituidas de esta forma; pero la fuga no me interesa en lo más mínimo; acá estoy fresca y bien alimentada, me dan de comer una buena rata por día; en cuanto a ustedes, no les dan más que alimento para perros, que es bastante inferior en calidad.” Era un discurso bien sinuoso, típico de una serpiente que se hacía pasar por amiga a la espera de devorarte, pero bastante llano en un punto que la Reina de las Ratas descubrió enseguida: “Pactemos contra los humanos”, le dijo a la serpiente. A lo que la serpiente abrió grandes las orejas y levantó la cabeza para escucharnos más de cerca. “Siempre soñé con tragar un hombre gordo y bien afeitado, dijo, pero jamás osé imaginar que fuera posible.” “¿Nunca escuchó hablar de las pitones?” dijo la Reina. “¿Son serpientes largas como este pasillo y más gruesas que esta columna y que viven en Amazonia? Preguntó la serpiente. “Yo nací en el Sahara, y ahí somos todas chiquitas y musculosas para poder escondernos mejor en la arena antes de volver a salir.” Mientras la Reina de las ratas le describía la Amazonia a la atónita serpiente, Råka y yo nos pusimos de acuerdo sobre un punto: antes de que nos enviaran a un laboratorio de los hombres, nos suicidaríamos juntos. No le dijimos una sola palabra de esto a nuestras esposas respectivas, bastante inconcientes de la situación (probablemente confiadas en el poder absoluto de nosotros dos, a despecho de la realidad), ocupadas en barrer nuestra jaula con sus colas (jaula bastante sucia, hay que decirlo, pues había sido ocupada previamente por un loro verde, testigo de la muerte de una princesa rusa, y que perdía las plumas). Animadas por las tareas domésticas, buscaban los nombres que les darían a los niños de nuestras crías respectivas, aunque nada era menos seguro que el hecho de que vendrían al mundo algún día; pero preferimos no preocuparlas. Fuimos incomodados constantemente por el fox-terrier, que nos meaba encima a través de los barrotes, y por los gemidos del caniche, que era, con toda evidencia, el único que no tenía nada que temer, ya que la Sociedad de los Animales Humana se ocupa, como todos saben, de ubicar a los perros de raza con la gente de clase, donde reciben huesos al aceite y servicio de peluquería obligatorio, lo que les da ese aire ridículo; pero mejor eso que nuestra suerte. La Reina de las Ratas, queriendo asegurarse de la complicidad de la serpiente, alababa los colores cobrizos de su piel; la serpiente se contorsionaba de placer, sensible a los halagos y haciéndose el humilde: “Son tatuajes que se hacen prisión; usted también podría hacer lo mismo, una vez afeitada. Claro que, en mi caso, queda más lindo porque no tengo miembros, pero usted podría disimular los suyos debajo de sus orejas”. La Reina pretextó que su oficio de Reina la obligaba a conservar sus orejas y sus patas para escuchar y dar órdenes, a lo que la serpiente respondió: “Cada uno con su Reino, mi querida”. Eso provocó la risa de los perros en sus jaulas. Nuestro guardián, sentado al lado de nosotros, se despertó y golpeó con su machete los barrotes. Permanecimos todos inmóviles y silenciosos, esperando que volviera a dormir y roncar, después hablamos más bajo: “Las serpientes, mis chiquitos, decía la serpiente, que había captado la atención de la audiencia gracias a su posición en la jaula del medio, tenemos una ventaja sobre ustedes, los cuadrúpedos, porque no tenemos miembros que vuelven pesada la marcha, y eso nos asegura, además, una mejor irrigación del cerebro, lo que prueba la superioridad de nuestra inteligencia”. E hizo una demostración poniéndose cabeza abajo y jugando al lazo con su cola. Nosotros le expresamos nuestra admiración sincera y la Reina de las Ratas la invitó a pasar las vacaciones de Pascua enroscada en nuestro árbol, siempre y cuando ella, el árbol y nosotros mismos nos encontráramos en Pascua todavía con vida y en

libertad. El caniche y el fox-terrier, hartos del papel de perros, se unieron a nosotros para confesarnos que estaban allí muy en contra de su voluntad (en su condición canina); al comienzo, los perros se habían asociado al hombre, al cederles sus colas y sus orejas a las tribus hambrientas de los indios de los Andes, que se las comían, a cambio de excrementos humanos (por los que los perros siempre enloquecieron, pero que hoy les tienen prohibidos), después, cuando el hambre se volvió apremiante, fueron obligados a ocuparse de pequeños trabajos humanos, como se sabe, y en este punto nosotros, serpiente y ratas, nos pusimos de acuerdo para expresarles nuestra repulsión. Ellos bajaron las orejas y lloraron, pero qué le íbamos a hacer. “No es momento de apiadarse los unos de los otros por estar prisioneros en jaulas vecinas”, dijo Rāka, pero los perros nos juraron que, una vez afuera, permaneceríamos todos unidos contra los humanos. La discusión se hizo interminable. Nuestras esposas, Iris y Carina, querían reivindicar primero su condición de hembras frente a los machos de todas las especies, a lo que la serpiente respondió que era hermafrodita y que se fecundaba por sí misma, introduciendo la cabeza en su único orificio, lo que personalmente me hundió en la estupefacción, aunque a los otros eso les pareciera natural, o así lo fingieran. Resumiendo, la serpiente prometió que nunca más comería una rata, el caniche, que no obedecería más las órdenes de los hombres, el fox-terrier, que, en adelante, vendría a las raíces del sauce a vivir con nosotros una vida de zorro, y el caniche elevó la apuesta, jurando que se instalaría como un eremita en el desierto, vestido con una túnica blanca. Con estos buenos propósitos nos dormimos, soñando con nuestra libertad improbable, si no imposible, cuando...

Las piezas de convicción

...cuando una mano de hombre se abatió sobre nuestra jaula para levantarnos y arrojarnos en un carro que otro hombre empujó, sobre ruedas chirriantes, a lo largo de un pasillo, hasta el interior de un ascensor eléctrico, mientras que la serpiente, el caniche y el fox-terrier nos deseaban buena suerte silbando y ladrando. El ascensor se detuvo en el piso de arriba y Mimile entró sostenido por otros y con la cara hinchada como culo de mandril. Cuando nos vio, gritó: “¡Venceremos, ratas!” y lo saludamos bien fuerte, brincando en nuestra jaula. El ascensor se detuvo una vez más para abrirse ante una mujer de hombros cuadrados, cubierta con una peluca ordinaria de guanaco blanquecina, vestida con una túnica negra como la de los curas pero de una tela ligera que dejaba ver un *tailleur* gris liso de Chanel y un pañuelo rayado gris sobre gris de Grès (lo veíamos en las etiquetas no arrancadas), con las piernas enfundadas en medias estrictamente beige y calzada con escarpines en cocodrilo negro. Se parecía un poco por la expresión a la madre de Vidvn, también ausente¹⁴, pero con más color alrededor de los dos agujeros de la nariz, que me hicieron pensar en el tomacorriente de nuestra heladera. Bajo su brazo derecho sostenía algunos kilos de papel cortados en rectángulo, y los apretaba bien fuerte por miedo a dejarlos caer. El ascensor se reabrió en el piso de arriba y una mujer de la policía, extremadamente alta y gorda, entró sosteniendo a Vidvn por los brazos. Cuando Vidvn vio a Mimile, lanzó gritos de alegría y quiso ir con él. Mimile se puso a gritar: “¡Mi nena! ¡Mi nena!” La atajaron a los golpes. Vidvn se puso a llorar y todos nosotros le gritamos “¡Buen día!” desde nuestra jaula. Cuando la puerta volvió a abrirse, salimos todos a un pasillo y avanzamos muy rápido entre dos filas de personas ocupadas en correr hablándose unas a otras, algunas vestidas como la mujer del ascensor, con peluca blanca y túnica negra, pero con pantalones en lugar de pollera. La Reina nos explicó a Rāka y a mí: “Son abogados, tomaron su nombre de las palabras *abacaxi* y *ahogado*, que quieren decir respectivamente *ananá* y *ahogado* en portugués y en español. Son personas muy simples, agregó, su trabajo consiste en abogar, ya sea a favor o ya en contra de los acusados de crímenes diversos, ante un jurado compuesto por sus madres, y el veredicto es pronunciado por sus padres.” “¿Los padres de los acusados?”, pregunté, pensando que el padre y la madre de Mimile no lo condenarían (al menos no a muerte). “¡Qué decís! Los padres y las madres de los abogados”, replicó la Reina. Como los padres y las madres de los abogados estaban vestidos como los abogados y no se diferenciaban más que por algunas arrugas de más o de menos en la piel de sus caras, los

confundimos a todos antes de que se ubicaran en sus lugares detrás de los mostradores de una sala cuadrada, los padres a la derecha, las madres a la izquierda, y los abogados circulando en el medio, gritando bien fuerte, señalándonos a nosotros, las piezas de convicción, como prueba del grado de la maldad y la decadencia de Mimile, al que ellos llamaban Emile Dragon; cuando los abogados discutían entre ellos, el más gordo de todos, sentado en el centro (debía ser el abuelo común), golpeaba sobre la mesa con un martillo, fingiendo clavarla de nuevo, lo que hacía callarse a los otros, que se tapaban las orejas. Comprendimos que el motivo de desacuerdo era el precio de la cabeza de Mimile; nos pareció el colmo del ridículo que la valuaran de esa manera, contando los ceros y las comas, mientras que en el mercado, a tres pasos de acá, las cabezas más grandes de mamíferos mejor alimentados se venden por nada. Rāka, indignado, sacudió los barrotes de nuestra jaula, gritando: “¡Asesinos!” Pero nadie lo escuchaba. Mimile, agotado por su jornada, se dormía cada medio minuto, pero los guardias lo sacudían para despertarlo...¹⁵

La Reina de las Ratas, furiosa, amenazaba a los humanos con servirse de sus poderes sobrenaturales para mandarlos a cocinarse a fuego lento en una marmita en el extremo del África, cosa que suele atemorizar a los noroccidentales, pero ellos estaban tan ocupados en disputarse la cabeza de Mimile que no nos prestaban atención, y mucho menos a nuestros discursos.¹⁶ (Salteo un largo pasaje que les resumo: Mimile fue condenado a muerte por unanimidad, luego de que su abogada hubiera objetado la guillotina aludiendo a dos circunstancias atenuantes: su edad mental y su infancia difícil (lo que no hace más que una), y hubiera demandado que se le conmutara la guillotina por la silla eléctrica, más humanitaria. Mimile, en contra de la opinión de su abogada y con la aprobación del resto de la asamblea, se expresó en voz bien alta a favor de la guillotina. “Nosotros lo aplaudimos haciendo chocar nuestras orejas contra los barrotes. Vidvn, entretanto, aprovechó la concentración general para escapársele a la mujer policía, corrió hacia nosotros y, en un santiamén, abrió nuestra jaula: nos precipitamos afuera y estallamos de alegría...” Resumiendo, las ratas logran huir en medio del pánico general que su liberación provoca en la audiencia, lamentándose amargamente, sin embargo, por la suerte de Vidvn y de Mimile, por los que sienten una amistad sincera, jurándose liberarse unos a otros cuando las circunstancias lo permitan, antes de precipitarse a través de la sala de audiencias donde todo el mundo salta sobre las mesas, salvo algunos polis que los persiguen haciendo sonar sus silbatos. Se deslizan, enganchados a las cuerdas, hasta el fondo del hueco del ascensor donde la serpiente, prevenida por no sé que medio, los esperaba para mostrarles una salida secreta que los conduciría a la corte del Palacio de Justicia.) Cito las últimas frases de esta carta: “La serpiente, habiendo decidido partir con nosotros, las ratas, nos condujo al exterior aferrados a su lomo, introduciéndonos en una galería a toda velocidad. Una vez llegados a la salida, nos dijo: “Conozco a alguien a quien podríamos consultar. Es el Dios de los Hombres. Vive en la Santa Capilla, cuya aguja encastrada se ve desde el Palacio de Justicia.” El caniche y el fox-terrier llegaron, sofocados, detrás de nosotros, habiendo aprovechado el desorden que reinaba en el Palacio de Justicia para morder a su guardián y escaparse. Al verse en el aire libre, se pusieron a ladrar y a dar saltitos, mordiéndose entre sí las colas y las orejas y meando abundantemente el uno sobre el pis del otro. Los llamamos al orden severamente, ya que sus retozos podían llamar la atención de la multitud de hombres que se apretaban ante las rejas del Palacio, pidiendo la cabeza de Mimile, y nosotros nos escondimos bien rápido detrás de una columna para ver pasar, por un lado, a Mimile arrastrado por polis de los hombres que desaparecieron en un celular blindado, y por el otro lado, a Vidvn en los brazos de la mujer policía de hace un rato, rodeada por otras mujeres vestidas de color malva que desaparecieron en una ambulancia blanca estacionada al lado. Después, todos partieron entre los abucheos de la multitud que los CRS calmaron con unos cuantos gases lacrimógenos, que hicieron a los humanos toser y llorar como lo hacen, como todos saben, cuando se les impide manifestar. Nosotros esperamos pacientemente que el panorama se calmase, luego atravesamos la corte con la cabeza gacha y bastante rápido, siguiendo a la serpiente que abría el camino deslizándose entre los adoquines, seguidos de los perros que procedieron, sin embargo, bastante convenientemente, caminando de a pares; un juez nos vio pasar y detuvo ligeramente su marcha, después sacudió su peluca, tomándonos por uno de sus

sueños, y así llegamos a salvo a la puerta de la Santa Capilla. La serpiente golpeó la cabeza contra la puerta; no hubo respuesta. El caniche y el fox-terrier se impacientaban y meaban sobre los zócalos. “¿No hay nadie?” gritó la serpiente. Escuchamos un silencio pesado. De repente la puerta se abrió, y vimos aparecer al Dios de los Hombres, con una vela en la mano.”

El Dios ecológico

“Buenos días, mis amiguitos animales”, dijo el Dios de los Hombres y, bostezando, nos hizo entrar. “No se pongan formales, agregó, precediéndonos al interior de la Santa Capilla, pueden sentarse en cualquier lado.” La Reina de las Ratas tomó asiento en el centro del altar y nosotros, la Corte, a su alrededor, las dos princesas sentadas sobre dos incensarios y nosotros, los dos delfines, a su lado, de pie sobre las patas traseras, apoyados sobre la cola. La serpiente se enroscó alrededor del crucifijo y el fox-terrier y el caniche, muy intimidados por la prestancia del Dios de los Hombres, se sentaron como perros de loza a izquierda y derecha del altar. El Dios de los Hombres se durmió chupándose el pulgar. Desde el primer ronquido, se alzó por los aires, como si estuviera tendido sobre un colchón neumático transparente que cada uno de sus ronquidos hubiera inflado un poco más, y se elevó siete metros por encima de nosotros, yéndose a ubicar en lo alto del interior de la aguja de la Santa Capilla cuyos vitrales de mil y un colores producían sobre él (un barbudo blanco tan peludo como un oso polar) un efecto de caleidoscopio muy agradable. Nosotros aplaudimos (principalmente para despertarlo), y su voz se hizo escuchar: “Os escucho, dijo amablemente aunque de mala gana, pero os prevengo, dijo dejándose caer al suelo, os prevengo, repitió, abriendo grandes los ojos y la boca, os prevengo”, gritó lo suficientemente fuerte como para hacer temblar los vitrales de la Santa Capilla, después se detuvo con el pulgar en el aire, del que se sirvió para rascarse un ojo y que luego reintrodujo en la boca. Comprendimos que se trataba de un ser de edad avanzada (dos millones de años de hombre, según los dichos de la serpiente) que sólo su naturaleza divina conservaba con vida; había poco que esperar de su auxilio. El caniche y el fox-terrier, hipnotizados por la imagen humana, se aproximaron al dios, con la cabeza gacha y moviendo la cola, con la esperanza de encontrar un amo humano, habiendo ya olvidado a los viejos, muertos sin embargo poco después de la vigilia. Él les acarició la cabeza, y ellos se estremecieron de placer, yendo a mear contra el altar. “Hace una eternidad que estaba solo”, dijo el Dios de los Hombres lloriqueando. La serpiente nos explicó: “Le lleva mucho tiempo despertarse, pasando por etapas sucesivas de idiotismo. Pero una vez en pie, es un interlocutor bastante interesante, mi querida”. La Reina aceptó quedarse todavía un momento, ya impaciente por volver a su casa en el Square du Vert-Galant. Finalmente, el Dios de los Hombres se levantó y arrastró sus alpargatas hasta el confesionario, del que sacó un hornillo a gas sobre el que puso a calentar agua para hacer el café que nos ofreció; nosotros lo rechazamos amablemente, pero los perros se precipitaron sobre el azúcar. “Ustedes vean en qué condiciones vivo yo, refunfuñó. Me han echado de todas mis iglesias y si todavía estoy acá, es porque aún no me encontraron, y para eso no falta mucho tiempo. Durante las horas de visita, me escondo debajo del altar, temblando de miedo de que uno de esos neños japoneses me descubra.” La Reina de las Ratas le declaró, en nombre de la Corte, que nos sentiríamos muy honrados si él viniera a vivir a nuestro sauce del Vert-Galant, donde podría instalar uno de sus confesionarios sobre las ramas, pero él rechazó la oferta amablemente, pretextando que, acostumbrado a vivir en la penumbra de los vitrales, no soportaba más la luz del día. “Incluso me pregunto si no me quemaría como una antorcha al calor del Sol, agregó, después de todo este tiempo en que estubo resentido conmigo por haberle sustraído algunos efectos personales para mi provecho.” Bebió su café lentamente; una buena parte se chorreaba sobre los pelos de su barba, tan larga que se veía obligado a levantarla con sus manos para no tropezarse con ella. “Yo sé lo que ustedes vienen a reprocharme, nos dijo, pero ya me lo reproché bastante yo mismo. ¡En lugar de expulsarlos del Paraíso, debería haberlos enjaulado!” sollozó, y abundantes lágrimas corrieron por su barba sobre los rastros del café. “Y encima, calumniaron a mi amiga, la Serpiente, agregó, que jamás les ofreció una manzana, como ellos pretenden; se la robaron después de haberla reventado a

golpes con un palo que habían improvisado arrancando a piedrazos una rama de mi cerezo. Fue el postre de su primera comida en el Paraíso. Les doy el menú: empezaron por cebar un ganso introduciéndole mazorcas por el pico hasta asfixiarlo, después le cortaron el hígado con una piedra que habían afilado; después mataron un conejo, desangrándolo por completo a través de un ojo que perforaron con ayuda de una piedra, sosteniéndolo por las patas traseras; después le arrancaron la piel con la que Adán se confeccionó una gorra mientras que Eva se introducía las plumas de ganso entre los pelos y se untaba la cara con sangre. Para asar el cadáver de conejo, quemaron un bosque de pinos con sus nidos de perdices, de las que se comieron hasta los huevos, habiendo aprendido a hacer fuego frotando dos piedras; quemaron también un campo de cáñamo para aspirar el humo, gritando y corriendo alrededor, y arrancaron mis vides para saltar sobre las uvas orinándoles encima para extraer un líquido que los embriagó, y cortaron la teta de una cabra para devorársela. Su excitación no decayó más que cuando fueron presa de los espasmos; Adán introdujo su miembro urinario-reproductor en el trasero de un pato mientras lo estrangulaba, Eva bebió la orina de un asno antes de arrancarle el sexo con una piedra y de introducirse por el ano; en esto, se quedaron dormidos, revolcados sobre un nido de águila que habían decapitado, cubiertos con una piel de cordero todavía tibia y ensangrentada. Y, tan pronto como despertaron, se introdujeron en mi gruta para intentar asesinarme a piedrazos, habiendo decidido adorar a una piedra que habían tallado en forma de verga.” “¡Usted no tendría que haber creado las piedras!”, replicó la Reina de las Ratas. “Sin las piedras, dijo el Dios de los Hombres en el mismo tono, el suelo de la tierra se hundiría en el magma diabólico que es una suerte de marasmo de fuego en el que todos mis amados Animales perecerían junto con los Hombres, y yo no quiero eso.” “Entonces, ¿cuál es su solución?”, gritó la Reina de las Ratas con una voz aguda que se replicó en un eco piramidal en la bóveda irisada de la Santa Capilla, antes de extinguirse en un suspiro en el interior de la aguja. El Dios de los Hombres permaneció estupefacto por un momento antes de preguntar: “¿Usted quiere una solución de qué?” “¡De usted!” exclamó la Reina. “Ah, yo, dijo el Dios de los Hombres, yo espero.” “¿Usted espera qué?” El Dios de los Hombres, perplejo, dio una vuelta alrededor del altar con las manos detrás de los cabellos antes de responder: “No lo sé.” “Yo sí lo sé, Señor”, dijo la Reina de las Ratas, altiva, plantada sobre sus dos patas traseras en medio del altar y meciendo sus caderas: “¡Usted espera la Muerte, como los otros!” Yo temí que él se enojara, pero no hizo nada, y cambió en seguida de tono, volviéndose su voz sin edad y sin sexo. “Yo espero la muerte, dijo, pero sé que no será pronto. Tanto que estaré en sus memorias, incluso por rencor... Ese es mi castigo, estando en mí el pecado de Creación antes de su existencia.” Y se puso nuevamente a llorar en silencio. “¿Pero por qué ha creado usted ESO?” dijo la Reina de las Ratas. “Necesitaba una pareja de jardineros para mi Paraíso, dijo, y así fue, por otra parte, como casi todas las otras especies fueron creadas (y permítanme decirles que los humanos no son los únicos fallados, toda creación es arriesgada), ya que el Paraíso pertenece sucesivamente a dioses diferentes, y yo soy el último de ellos, el Dios de los Dioses, demasiado decepcionado por mi experiencia, por lo que renuncié a procrear.” “Lo comprendo muy bien, dijo la Reina, pero de todos los horrores que han cometido, ¿estará de acuerdo en que el más estrepitoso fue la construcción de ciudades!” ¡Es en nuestros territorios, y sólo en nuestros territorios que ellos las instalan, y pocos de nuestros reinos les escapan! ¡Y todo eso con sus malditas piedras que hoy incluso han aprendido a fabricar ellos mismos!” El Dios de los Hombres bajó los ojos, humillado, y se puso a trenzar el pelo de la barba con sus viejos dedos temblorosos. “No podemos esperar nada de él”, exclamó la Reina. “Nunca se puede esperar nada de él, dijo la Serpiente, expresándose por primera vez, su interés no está ahí, pero al menos podemos saber.” “¿Saber qué?” preguntó la Reina. “Saber que no podemos esperar nada de él”, respondió a justo título la serpiente. Al ver que el Dios de los Hombres estaba triste, el caniche y el fox-terrier vinieron a frotarse contra sus rodillas para reconfortarlo, lamiendo los restos de café azucarado sobre la barba. Nosotros, la Corte de las Ratas y la Serpiente, salimos de la Santa Capilla con la cabeza en alto, no sin que la Reina de las Ratas dijera al Dios de los Hombres: “¡Usted, Dios, puede quedarse con los perros!” antes de dar un portazo, y nos encontramos nuevamente al aire libre.

Cuando Råka juntó piedras para romper los vitrales de la Santa Capilla, lo imité; todos estallamos de risa, dejando así escapar la angustia.

El Diablo de las Ratas

Estaba agradable afuera. Nos tendimos un rato al sol. “Vamos a hacer las compras al mercado de las flores, dijo la Reina de las Ratas, antes de volver al Square du Vert-Galant. Me gustaría colocar algunas macetas con geranios sobre las raíces de mi sauce”. “Pero pasemos primero por el muelle a buscar algunos canarios, me muero de hambre”, dijo la serpiente. De pronto escuchamos una explosión que hizo volar la Santa Capilla en pedazos que se incrustaron todo alrededor; afortunadamente, nos encontrábamos detrás de una columna que nos protegió. Cuando el humo se disipó, aguzamos nuestros bigotes y vimos, en lugar de la Santa Capilla, un cráter que echaba espumarajos de lava ardiente y una columna de humo negro bastante compacta que se elevaba hacia el cielo, en lo alto de la cual estaba el Dios de los Hombres parado sobre una pierna y con la otra cruzada, cual cigüeña, con nuestros amigos el caniche y el fox-terrier volando como moscas alrededor de él, provistos de alas blancas, que luego se perdieron rápidamente en el azul del cielo. La tierra comenzó a escupir lava roja y después, reventando, dejó asomar a la superficie las orejas rojas del Diablo de las Ratas que se elevó rápidamente al exterior y tapó el cráter con su inmenso trasero, antes de estallar en una risa enorme que hizo volar en pedazos todos los vidrios de París. Escupiendo fuego por los orificios nasales, nos gritó bien fuerte: “Ustedes, pobres Ratas, han sido designadas por mí, el Diablo de las Ratas, para fundar una Ciudad de las Ratas donde los hombres de buena voluntad encontrarán su sitio al lado de las Ratas!” Después explotó como una vejiga llena de lava cuyas bolas ardientes fueron proyectadas sobre las riberas vecinas, lo que provocó el incendio de la Academia Francesa y del Louvre. La Isla de la Cité se desprendió de su raíz; los puentes que la unían a las orillas y a la isla Saint-Louis se desplomaron, cayendo pesadamente sobre el río; Notre-Dame vaciló sobre sus cimientos y la isla se alejó, empujada por la corriente hacia el puente de las Artes que se derrumbó y se estrelló contra las primeras casas; un enjambre de turistas, de habitantes del barrio, de abogados, de polis y de eclesiásticos se precipitaron fuera del Palacio de Justicia, de la Prefectura de Policía y de Notre-Dame, abandonando a los prisioneros en los calabozos del subsuelo. Se arrojaban al agua y nadaban hacia las orillas, a veces sobre balsas improvisadas con puertas; las barcasas y los bomberos fluviales recogían a algunos, pero muchos se ahogaban, habiéndose tirado al agua sin saber nadar. Por otro lado, las ratas de la ciudad de París se arrojaban al agua y nadaban hacia nosotros, cruzándose con humanos y mordidiéndolos al pasar. Pronto la isla se vio vaciada de humanos y cubierta por ratas que cantaban bien fuerte nuestras viejas canciones revolucionarias. Dos helicópteros que se aproximaban a la isla explotaron en pleno vuelo y a una decena de barcos de la policía fluvial que intentaban acercárenos les ocurrió lo mismo, por lo que comprendimos que nos beneficiábamos de la protección de un ser de naturaleza o bien divina, o bien diabólica, o de una combinación de ambas; eso nos fue confirmado por la precisión con la que la Isla de la Cité tomaba las curvas del río, a velocidad de crucero. Todos corrimos hacia Notre-Dame, la Reina de las Ratas a la cabeza, seguidos por la serpiente, y nos trepamos al balcón más alto, desde el que la Reina dirigió un breve discurso a la multitud, presentándonos, a Råka y a mí, como a sus delfines, y a la serpiente, enroscada en una gárgola, como a su primer ministro, pidiéndole a la multitud, con sincero énfasis, liberar a los humanos prisioneros en los varios subsuelos del Palacio de Justicia, de la Prefectura de Policía, del hospital Sainte-Anne y del Hôtel-Dieu. La multitud de ratas, bien debajo de nosotros sobre la plaza de Notre-Dame, hormigueante en todos los sentidos, consultó la propuesta. “¡Estos humanos son como nosotros, gritó Råka, y la prueba es que son prisioneros de los humanos!” “Es un riesgo muy grande”, gritó una voz, pero la mayoría decidió obedecernos luego de haber votado. “De todas maneras, nosotros somos más numerosos y tenemos las armas de los polis (tres ratas pueden servirse muy bien de un fusil, como tres hombres de un cañón), y estando los prisioneros y los enfermos desarmados, tenemos ventaja.” Fue conmovedor ver a estos dos a tres mil humanos

surgir de los calabozos a la luz del día. La Reina de las Ratas, desde lo alto de Notre-Dame, les deseó buenos días y felicidades y les explicó la situación muy rápidamente, a continuación de lo cual todos nos ovacionaron, llorando y riendo, abrazándose entre ellos y con las ratas; Räka y yo hicimos sonar las campanas de la catedral, enganchándonos a la cuerda. Fue entonces que llegó Mimile subiendo de cuatro en cuatro las escaleras de la torre con Vidvn (que acababa de recuperar del Hôtel-Dieu) en sus brazos, ambos exultantes de felicidad, Mimile gritaba: “¡Después del Acontecimiento, he recuperado la memoria!” Así ocurría con todos los seres humanos, que ahora se acordaban de todas sus acciones y gestos desde su nacimiento; no tan bien de los de su entorno, aunque algunos recordaban retazos de vida de sus ancestros muertos después de miles de siglos de hombre y otros llegaban a reproducir en gestos las actitudes de sus abuelas. Se contaban entre sí sus vidas bien alto y a toda velocidad, y el clamor subía hasta nosotros. Las ratas hacían lo mismo entre ellas y con los hombres; pronto, todo el mundo creyó comprenderse, la vida de todos era parecida y no se diferenciaba más que por los decorados sucesivos de cada uno, que no se parecían mucho entre sí, pero ese era el efecto, se decían, de una suerte de deformación de la vista de la que eran víctimas antes del Acontecimiento. Por mi parte, me cuidé bien de apoyar esta teoría, ya que mi memoria había sido siempre igual y diferente de la de ellos en que me acordaba mejor de los otros que de mí mismo, y que incluso llegaba a describirlos.¹⁷

Con la isla de la Cité avanzando a toda velocidad, sentimos ya la brisa del mar y todo el mundo se improvisó vestimenta más abrigada antes de la caída del día, que se anunciaba próxima; los prisioneros y las prisioneras se cubrieron con los antiguos hábitos de los jueces, de los curas y de los médicos, las ratas se improvisaron chalecos bien abrigados haciendo dos agujeros en las pelucas de los abogados, la serpiente se confeccionó una funda cociendo por el borde dos estolas de cura. La Reina y la Corte de las Ratas decidimos pasar la noche en Notre-Dame, en los apartamentos del arzobispo, donde una red de televisión directa nos conectaba con cada rincón de la Isla, pues temíamos, por la noche, un ataque de la ONU. No pudimos pegar un ojo en toda la noche en vistas del alboroto general que reinaba en Notre-Dame y en la explanada. Los prisioneros, que habían hecho saltar los cerrojos de las bodegas del arzobispo, organizaron una fiesta de champán en la nave de la catedral. Las locas de Sainte-Anne tocaban el órgano a dieciocho manos, y los otros bebían y fornicaban por todas partes, hombres y ratas juntos; Vidvn y otros niños de su edad, en los brazos de Mimile y de algunos vagabundos amigos, danzaron alrededor de las fogatas que habían encendido en la explanada hasta que se fueron a dormir tarde en la noche sin importar dónde, y todo quedó en silencio. No se escuchaba más que el viento que nos empujaba hacia el mar. Mimile se nos unió en la cama del arzobispo para acostarse con nosotros después de haber vomitado vino sobre la alfombra violeta, mientras sostenía a Vidvn dormida chupándose el pulgar; gruñimos para desaprobar su comportamiento, pero él ya roncaba. La serpiente, enroscada alrededor de la araña, nos dijo buenos noches y apagó las luces destornillando las bombillas con su cola. Me dormí algo inquieto y soñé con usted, Maestro, sentado sobre un cocotero.

El Emir de los Loros

Me levanté temprano en la mañana para terminar la carta precedente con la ayuda de una pluma de pájaro del arzobispo terminada en una punta de metal que yo empapaba en un líquido azul; para hacer esto, me instalé sobre una torre de Notre-Dame, donde el sol que salía pegaba lo suficientemente fuerte como para hacerte olvidar el viento del océano, del que no se percibían las costas; el horizonte dibujaba un círculo perfecto alrededor de nosotros. Habíamos avanzado mucho durante la noche; por primera vez en mi vida sentía en todo mi cuerpo eso que llaman el clima tropical. Las olas del mar, más azules que el cielo, acariciaban las orillas de la Isla de la Cité, y los colores de sus piedras adquirían reflejos que iban del rojo al transparente, pasando por el verde; nuestro sauce en la proa de la isla sacudía de placer su cabellera al viento y una bandada de gaviotas nos escoltaba graznando para darnos la bienvenida al agua. Un albatros vino a posarse a mi lado, haciendo caer mis papeles al suelo. ¿Son ustedes la Corte de las Ratas?, dijo todo agitado, tengo un

mensaje que transmitirles de parte del Emir de los Loros. Estaba a punto de desplegar el pergamino que me tendía cuando Rāka llegó corriendo. Gouri, me dijo, ¡creo que la tierra se ha inundado! ¿No estaban al tanto? preguntó, sorprendido, el albatros, ¡es el diluvio! Pero no cayó una sola gota de agua a la noche, respondió Rāka. ¡No hay de qué sorprenderse! Todos los elementos volvieron a ser líquidos pasada la medianoche, y no solamente las nubes, sino también las nieves eternas. ¡El mar recubrió la tierra! ¿Pero a qué se debe todo esto? pregunté. Se debe a que el eje alrededor del cual gira el mundo se volvió loco, ahora gira en todos los sentidos como el bastón que esas curiosas ex-mujeres americanas llamadas majorettes¹⁸ manipulaban para atraer la atención de las multitudes. En este momento el sol pega en todos lados y el mundo es una bola de mar; el único pedazo de tierra que sigue flotando es su Isla de la Cité, ¡me pregunto por qué! El mar esta cubierto de barcos en peligro; petroleros, portaaviones, barcos de pesca, de recreo y de todas las clases que no sobrevivirán, créanme, mucho tiempo sin el auxilio de la tierra. El Emir de los Loros los previene mediante esta carta del riesgo inminente de invasión que corren de parte de los barcos con pabellón humano, y les pide amablemente que se coloquen bajo su protección, ¡lo que yo mismo les aconsejo vivamente! ¡Miren, en el horizonte, la escuadra americana que avanza! señaló con sus enormes alas. Era exacto, y, mucho más cerca de nosotros, percibimos los periscopios con banderas rusas de los submarinos espías. ¡A las armas!, gritó Rāka desde lo alto de Notre-Dame a los humanos y ratas que dormían tendidos sobre sus vómitos del festín de la víspera un poco por todas partes de la Isla de la Cité. La Reina de las Ratas llegó a lo alto de Notre-Dame cubierta de bigudíes, gritando histéricamente: ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Le explicamos brevemente la situación después de haberle presentado al albatros como embajador del Emir de los Loros; las dos princesas llegaron a su turno lanzando gritos de pavor; las escondimos prudentemente adentro de una gárgola. Bien por lo imprevisto de la situación o por el aire del mar, los humanos y las ratas estuvieron rápidamente despiertos y alertas: bajo las órdenes de Rāka los humanos destruyeron a golpes de pico los pisos más altos del Palacio de Justicia para construir barricadas alrededor de las costas, mientras que las ratas los ayudaban transportando las piedras sobre el lomo como las mulas. ¿Dónde está mi Primer ministro? exclamó la Reina de las Ratas. Aquí, dijo con calma la serpiente que se mantenía enroscada sobre sí misma a su lado. ¿Qué debemos hacer? preguntó la Reina. Nada, respondió la serpiente; no osarán jamás atacarnos porque no comprenden cómo podemos avanzar sin ninguna clase de motor, por lo que piensan que tenemos fuentes de energía desconocidas por ellos y, por ende, armas capaces de destruir las suyas. ¡Creen realmente que somos los autores del diluvio! Todos nos reímos, pero un poco nerviosamente. Las ratas y los humanos se apostaron detrás de las barricadas, los hombres sosteniendo fusiles y las ratas, cuchillos entre los dientes, preparados para el abordaje. La flota americana estuvo muy pronto lo bastante cerca como para que pudiéramos distinguir a los hombres, todos vestidos de blanco y en formación sobre los puentes; en cuanto a los submarinos rusos, permanecían todavía bajo el agua y por momentos daban una vuelta alrededor o por debajo de la isla, antes de volver a asomar sus periscopios a la superficie con las lentes en las que veíamos sus ojos azules sorprendidos. ¡He aquí el Emir de los Loros que va a resolver la situación! anunció el albatros señalando el cielo con su pico y poniéndose de rodillas con mucha dificultad, uniendo las alas; vimos aparecer en el fondo del cielo un puntito luminoso como la cabeza de un alfiler con dos alas de mosca que, aproximándose haciendo zig-zag delante del sol (que veíamos, no sé a causa de qué aberración óptica, siempre en el cenit), se fue convirtiendo claramente en un loro multicolor que aterrizó sobre nosotros y derribó a la Reina de las Ratas, que no tuvo tiempo de apartarse antes de ir a darse la cabeza contra una columna y rodar en múltiples volteretas perdiendo plumas y bijou. Pues, este loro, de todos los que había visto, era el que más galas ostentaba. Tenía la cabeza dorada irisada cubierta con un turbante escarlata con un gran zafiro en la parte delantera, el pico rosa jaspeado, las alas y las plumas amarillas y verdes mezcladas, unidas a un cuerpo por entero azul noche que terminaba en tres plumas blancas en la cola, sobre patas bastante feas (como las de todos los pájaros). Llevaba puestos, además del turbante, un chaleco en seda natural bordado con miles de piedras y un collar de perlas atado descuidadamente a manera de cinturón. El albatros se prosternó en el suelo antes de repetir tres veces: ¡He aquí el Emir

Alado! Yo desconfié en el acto de este extraño personaje: decía llegar sin vehículo ni escolta, pues sus cotorras habían sido hechas prisioneras por un búho y su alfombra voladora, arrebatada por un cóndor, y le ofreció a la Reina un pequeño rubí de muestra, asegurándole que era el más bello de su tesoro. Incluso el tono de su voz nos parecía impostado y la cicatriz que llevaba alrededor del tobillo nos indicaba que se trataba de un ex presidiario. El albatros desplegó un gran mapa de la Isla de la Cité y el loro nos señaló con una uña la Conserjería¹⁹ y el Hôtel-Dieu, que estaba dispuesto a comprar a cambio de su protección y de una minúscula bolsa en la que hacía tintinear algunos centavos. ¿Su protección? Era de carácter islámico y él no podía revelar en qué consistía, ya que era secreto; la serpiente fue firme sobre este punto: la isla pertenecía a los animales terrestres y no veíamos ninguna razón para ceder un solo centímetro cuadrado a los volátiles, si bien les permitíamos posarse sobre los edificios y los árboles mediando la paga un diezmo según las posibilidades de cada uno; por ejemplo, las cotorras de su escolta en calidad de aperitivo. La Reina quería un diamante para su corona, Iris y Carina, el turbante del loro para hacer con él un nido para nuestras crías; la discusión subió de tono; Räka me llevó aparte y me dijo: Son todas paparruchadas, Gouri. Bajemos a ver qué pasa con el pueblo. Dejamos a la Corte en plena discusión con el loro y el albatros sobre una torre de Notre-Dame. Mientras bajábamos las escaleras, Räka me confió sus inquietudes; tarde o temprano seríamos atacados por los ejércitos de los humanos, aunque, dijo sin mucha convicción, podríamos tal vez contar con que las ratas de los edificios de pabellón humano se sublevaran y se aliaran con nosotros; algo nada menos que improbable. Y en el enfrentamiento seríamos seguramente los únicos perdedores; si le perdonaban la vida a los humanos (lo que era esperable, ya que los podían volver a meter, de todos modos, en las prisiones y en Sainte-Anne), con mucho gusto nos exterminarían a nosotros, las ratas. No podíamos contar con el Emir de los Loros, un verdadero charlatán y para nada Emir, sino un loro de los bajos fondos, como su manera de hablar lo indicaba claramente; en cambio, contemplamos la posibilidad de salir del apuro sobre las alas del albatros, que podía sostener sin inconvenientes a la corte de las Ratas y a la serpiente enroscada alrededor del cuello; pero además de que el albatros estaba, con toda evidencia, bajo las órdenes del loro, nos repugnaba abandonar al pueblo, y decidimos que, en caso de emergencia, haríamos partir a los otros incluso a riesgo de tener que ceder todos nuestros bienes al loro, y que nosotros, Räka y yo, permaneceríamos en la isla; esta aventura nos seducía a tal punto que no lográbamos imaginar otra, incluso si ella debía lanzarnos a una muerte casi segura. Nos dijimos que probablemente no conoceríamos a nuestros hijos, pero que nosotros mismos no habíamos conocido a nuestros padres, y eso no nos había impedido tener una vida de la que nos enorgullecíamos por la diversidad de sus aventuras. Pensábamos que las aguas volverían a descender –no era el primer diluvio que sufría la tierra– y que Iris y Carina alcanzarían una orilla sobre las alas del albatros para traer al mundo nuevas ratas que, esta vez, quizás, conseguirían vivir en paz con humanos y gatos, habiendo extraído todos una lección del diluvio, aunque eso nos pareció, en lo más profundo de nosotros, poco probable, y la experiencia nos lo demostraría pronto.

La rata oradora

Una vez llegados a la explanada de Notre-Dame, vimos que los humanos y las ratas discutían, con los pelos erizados sobre las cabezas de todos. Las ratas acusaban a los humanos de haber decapitado a una rata con sus dientes (lo que era cierto, aunque la responsable era una loca de Sainte-Anne) y los amenazaban con navajas que sostenían con sus colas; los humanos, hirsutos y excitados, trataban a las ratas de cochinos porque habían roído el cadáver de un joven, y no habían dejado más que una tibia y la cabellera del joven, muerto por sobredosis. Al vernos llegar, todos se callaron; las ratas se agruparon apretadas en el centro de la explanada y los humanos comenzaron a pasearse alrededor, con el fusil al hombro, excepto Mimile y Vidvn, que se encontraban en medio de las ratas, habiendo tomado parte en su defensa contra los hombres, más algunas ratas traidoras de nuestra causa que se pavoneaban sobre los fusiles y los hombros de los humanos. Räka pidió silencio a todos, y se callaron. Hermanos míos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones contra el

viento del mar, ¡no es momento para enemistarnos! Un humano se adelantó y escupió en el suelo, haciéndonos sobresaltar. Sacó una navaja y dijo en tono amenazante: ¡Que una sola rata ose tocarnos una vez más y los tiro a todos a los tiburones!, luego de lo cual volvió a escupir sobre mí. Habían metido nuevamente en sus calabozos a algunas locas de Sainte-Anne que se habían apareado con ratas, y habían conservado a su servicio otras ratas traidoras que les rendían pleitesía como perros y se ocupaban del lustrado de sus zapatos y fusiles, y de otras tareas humillantes que no menciono, esperando de ese modo sobrevivir a la invasión de los ejércitos humanos para obtener, en compensación, el permiso de habitar en las bodegas de sus barcos, como ha ocurrido siempre. Vencí mi miedo para decir con una voz no obstante aflautada: Sir (el hombre era a todas luces anglosajón, pues tenía la piel color tomate y el pelo color zanahoria), Sir –repetí hasta que me escuchó y acalló con un gesto las risas de la multitud de hombres–, si su guerra debe terminarse entre humanos, nosotros, las ratas, no podemos remediarlo. Somos, en esta ciudad itinerante, especies variadas cuyo mayor interés es la supervivencia. La paz nos es indispensable a todos. Las ratas me aplaudieron, así como también algunos humanos disidentes. Eso me dio coraje y continué con este discurso: Hay un término, en efecto, en la vida, que es nuestro lugar común, pero la naturaleza misma de nuestro tiempo nos hace desconfiar de él, no sabiendo por qué lado tomarlo. Les propongo vivir juntos hasta morir confiando en la eternidad, que es al tiempo lo que el gato al ratón, y esto incluso si la muerte es dura. Un hombre vino a darme un apretón de pata y me felicitó por mi elocuencia, y una vieja hippie se puso a entonar, acompañándose con una guitarra, unas melopeas afro-indias. Los humanos con pabellón de toda clase, retomé, quieren nuestra destrucción y el encarcelamiento de ustedes; debemos fundar nuestra superioridad sobre nuestra común astucia, puesto que todo hombre que ha pasado una parte de su vida en un calabozo contra su voluntad es una rata por adopción, y toda rata que sabe hablar es un hombre por adopción. Fui más aplaudido al final de esta réplica, cuyos acentos recordaron a algunos hombres su viejo sueño de fraternidad, todavía vivo. Se comprometieron a sostener nuestra alianza hasta la invasión de los ejércitos; después, dijeron, Dios dirá. Nosotros protestamos, pues sus dioses estaban, si no muertos, ausentes, y nuestro Diablo, por el contrario, continuaba soplando para hacernos llegar a buen puerto. Se rieron en nuestras narices: de repente, vimos al Diablo de las Ratas materializarse de pie sobre Notre-Dame, con una pata posterior apoyada sobre cada torre y las otras dos sobre las caderas, riendo a carcajadas y revolviendo el mar con su cola. Esto aterrizó a todo el mundo salvo a nosotros; los humanos corrieron a esconderse en sus calabozos. ¡Buen viaje!, exclamó Råka, ¡No necesitamos de ellos! y las ratas nos prosternamos ante el Diablo de las Ratas, que se puso en posición de Buda flexionando las rodillas sobre las torres de Notre-Dame. Su voz se dejó escuchar, sorda: ¡Mientras esta nave dependa de mi soplo, dijo expulsando fuego por las orejas, no quiero a ningún cretino bajo mis órdenes!, señalándome, y yo enrojecí confundido y sin comprender en qué lo había traicionado. Gouri, ¡tus días están contados! Después de un día casi completo de vida de rata, te acordé mi Ciudad, ¿qué es lo que has hecho? Veo a los hombres aterrizados ante mi vista hundirse en los laberintos y a ustedes, ratitas, peleándose! Yo guardé silencio y me prosterné hasta tocar el suelo con las orejas, aunque no sabía de qué era culpable. Perdés tu tiempo, granuja, me gritó el Diablo de las Ratas antes de desvanecerse como una nube de humo. Las ratas se agruparon alrededor mío y me preguntaron el sentido de la aparición, y les confesé que yo mismo no entendía nada cuando de pronto comprendí: ¡el Diablo de las Ratas me pedía simplemente aniquilar a los ejércitos humanos! Al parecer, ese era el sentido de su reproche; casi todos nos pusimos de acuerdo sobre este punto, pero ¿cómo lograrlo? Si hubiéramos podido contar con la colaboración de los ex prisioneros humanos, habríamos imaginado una trampa que los atrajera a la isla para tomar de rehenes a algunos de sus jefes, pero evidentemente no podíamos apoyarnos en nuestros hombres, embrutecidos por la vida de prisión y probablemente ruines de nacimiento. Votamos para decidir si debíamos volver a encerrarlos en sus calabozos o no, y casi por unanimidad se decidió dejarlos en libertad, considerando que ahora le habían tomado miedo al Diablo de las ratas, del mismo modo que en los tiempos de su reinado nosotros le temíamos a su Dios. Sin embargo, estos pobres infelices creían que los volveríamos a encerrar, por lo que cada uno había vuelto a su calabozo por

su cuenta; cuando les enviamos como embajador a Mimile con Vidvn en sus brazos, regresaron sobre la explanada lamentándose por su maldad y admitiendo todos los crímenes imaginables, lacerándose el pecho y declarando a los gritos su sumisión al Diablo de las Ratas. Si este sagrado diablo tiene tanto poder, me dije, ¿por qué no aniquila él mismo los ejércitos? En eso, escuché la voz del Diablo de las Ratas que me habló en el interior de mi cabeza sin que los otros escucharan: ¡porque vos sos el elegido, pedazo de cretino inmundo!, gritó ensordeciéndome. Esta clase de método me resultó chocante y me apuré a decirle todo a la concurrencia, jurándoles que en ninguna ocasión le obedecería sin su acuerdo general. La Reina de las Ratas y la Corte descendieron las escalinatas de Notre-Dame con pequeñas cestas para ir a hacer las compras al mercado de las flores, como si fuera un día como cualquier otro, en lo que reconocimos su sabiduría; este gesto de humor distendió e hizo sonreír a toda la concurrencia. Pero una vez en la explanada cambió de parecer y se puso a dar órdenes a todo el mundo, ordenando para ese mediodía un gran pic-nic al sol e invitando a los humanos a desvestirse para aprovechar el sol, aunque con prudencia, ya que los más blancos de ellos se quemaban rápido. La serpiente también daba órdenes del orden del orden, si se puede decir de ese modo: organizó una limpieza a fondo de la Isla de la Cité, que estaba bastante sucia como consecuencia de la orgía de la víspera, distribuyendo prudentemente las tareas entre humanos y ratas; los humanos barrieron el piso y las ratas lustraron Notre-Dame, escurriéndose en los agujeros y en los recovecos de la piedra y frotándola con sus pelos; en menos de una hora nuestra catedral estuvo reluciente como una moneda nueva. El pic-nic fue rápidamente organizado sobre los manteles violetas y en la platería del arzobispo de París, que dispusimos sobre la explanada; en cuanto a los víveres, nos quedamos muy pronto tranquilos en relación con este tema: el Diablo de las Ratas hizo caer sobre nosotros una lluvia de alimentos heteróclitos que iban del choclo en granos a la pata de cordero caliente y jugosa para los hombres, y para nosotros, las ratas, un ejemplar de cada queso y de cada pan fabricado en el mundo, para el Emir de los Loros, garbanzos que rechazó uniéndose a nuestra mesa, y para el albatros, una sardina muy salada que lo hizo toser. En cuanto a la serpiente, tuvo derecho a una iguana bien verde. Después de haber hecho sonar las campanas de Notre-Dame, alcanzamos, la Corte y los notables, el mantel del centro, donde la iguana ya se debatía bajo una campana para queso al lado de nuestras campanas para queso normales, una buena mamadera de leche de vaca batida con miel para Vidvn y una gran hamburguesa con mucho ketchup para Mimile, todo acompañado con un vino liviano resinoso. Antes de sentarnos a la mesa, le agradecemos al Diablo de las Ratas y, por cortesía, al Dios de los Hombres; las locas de Sainte-Anne invocaron a su diosa Diana y el loro, a Alá. El loro, a mi izquierda, se comió toda mi servilleta mientras que yo hablaba en voz baja con Rāka, sentado a mi derecha: aunque nos encontrábamos momentáneamente en un período de distensión, los portaaviones norteamericanos y los submarinos rusos se acercaban cada vez más a nuestras costas, pues su curiosidad había vencido al temor, sobre todo después de la aparición del Diablo de las Ratas y de la lluvia de alimentos, tomándonos, quizás, por una proyección de sus estúpidos dibujos animados cinematográficos que les deforman tan lamentablemente el pensamiento. Decidimos pronunciar un discurso al final de la comida para asegurarnos a una parte de los hombres, en los que veíamos que moraba ahora la buena voluntad y el deseo de pasearse al sol. Rāka, durante la comida, tomó notas para mi discurso; nuestras dos esposas, Iris y Carina, entablaron conversación con su madre la reina de las Ratas y compararon nuestra aventura con un crucero que habían hecho el verano pasado en el Mediterráneo, y que le narraron en detalle al albatros. La serpiente levantó la campana para queso y miró a los ojos a la iguana, que se inmovilizó de miedo. La serpiente sacó su lengua hendida y lamió el hocico escamoso de la iguana, que sacó del mismo modo la suya y lamió a la serpiente en los ojos; la serpiente, movida por un sentimiento humanitario, le perdonó la vida, y compartieron un plato de queso de cabra. Todos alabamos su gesto, cuando de pronto la iguana se precipitó sobre el Emir de los Loros creyendo que formaba parte del festín; antes de que pudiéramos desprenderla de su cogote, el loro había perdido todas las plumas de la cola y el turbante, que la iguana devoró. Reintroducimos la iguana bajo la campana de queso, nos sentamos nuevamente a la mesa e intentamos tranquilizar al loro, cuyo corazón latía estrepitosamente; para

reponerse, se tomó de un trago una copa de gin. Mimile bebió un poco en exceso y se puso a la cabeza de un grupo de gitanos que saquearon los archivos del Palacio de Justicia e hicieron un gran fuego con una montaña de expedientes en la corte, antes de hacer lo mismo con los archivos de la Prefectura de Policía y de la Biblioteca del arzobispo, de la que la mayor parte de los libros era de carácter obsceno. Fui el único en desaprobador esta acción, que no logré evitar. Fuera lo que fuera, un recuerdo humano se hacía humo; de esta manera ellos desaprobaban a su Dios. Y en su sumisión al Diablo de los Ratas, por bueno que fuera, veía algo de repugnante. Yo esperaba algún gesto del Diablo que les impidiera quemar los libros, pero él no hizo nada; por el contrario, estalló en una carcajada adentro de mi cabeza. Ofuscado, terminé mi café lavado y fumé el cigarro de haschisch que me ofreció un holandés peludo que estaba solo y sentado sobre un escalón de Notre-Dame, mientras que esa manga de imbéciles encendía fuegos por todas partes y las ratas, ebrias, se unían a los humanos. Convoqué a la Corte, al Emir y al Primer ministro en la Biblioteca del arzobispo, cuyos anaqueles vacíos causaban una triste impresión, y nos sentamos al escritorio; el albatros se tendió en un sillón y se quedó dormido, cediendo su voz al loro. De hecho, no se trataba de votar sino de obtener de cada uno la promesa de su entera solidaridad. La serpiente solicitó exponer en primer lugar su caso. Habiéndose dejado enternecer por la iguana, casi no había comido, pero ahora quería revocar su decisión, dijo levantando con su cola la campana de queso donde se encontraba la iguana, y antes de que pudiéramos pronunciar palabra, se la tragó. La iguana se contorsionó dentro de la serpiente, que se contorsionó a su vez, hasta que ambas fueron sacudidas por espasmos; la iguana expiró y la serpiente, que se había puesto toda gorda, se deslizó con dificultad sobre el anaquel más alto de la biblioteca, donde se durmió roncando muy fuerte. Nuestras esposas Iris y Carina se sintieron muy espantadas por el espectáculo y debimos calmarlas con la ayuda de supositorios de belladona que encontramos en el botiquín del arzobispo, y las acostamos en su cama. Mimile entró con una botella de Préfontaines en la mano y Vidvn desnuda en el otro brazo, con su ropa casi quemada, y cantando: ah, ça ira, ça ira, les aristocrates à la lanterne!²⁰ Vidvn, que estaba a todas luces borracha, gritaba ¡pipí! ¡caca!, riéndose y aliviándose sobre Mimile, que chupaba sus excrementos y su orina. Fueron llamados severamente al orden por la Reina de las Ratas, que los mandó a lavarse en la piscina del arzobispo en el interior de la sala de baños. Allí fueron con la cabeza gacha, pero, tan pronto como estuvieron en la bañera, se pusieron a jugar con el duchador riendo y soplando agua por la nariz; preferimos cerrar la puerta y volver a nuestras discusiones, que se volvían apremiantes, ya que los ejércitos humanos habían, durante este trajín, lanzado al aire una bomba fumígena que hizo toser a todos los habitantes de la isla. Volvimos al escritorio; el Emir de los Loros se sirvió un habano del arzobispo, que empapó en una copa de coñac antes de encenderlo con un gran mechero de oro y, lanzándonos figuras de humo, sosteniendo el cigarro con su pata desagradable, nos dijo a la Reina de las Ratas, a Räka y a mí: Su plan es el mío. Yo le respondí: su plan es el suyo y no el nuestro, Emir; hable con franqueza por una vez en su vida. Usted comprende nuestra situación tan bien como nosotros; sabe que fuera de nuestra Isla de la Cité su supervivencia es imposible, como la de todos ustedes, y los ejércitos humanos también lo saben. Cada centímetro de tierra tiene más valor que todos sus oropeles juntos, Emir. En este momento, nuestra única esperanza se encuentra en la paz entre todos los habitantes de la isla (sobre todo los notables como usted) sin fijarse quién es quién, ya que nuestro plan es común. Bien dicho, murmuró la Reina distraídamente, que entretanto se había encontrado un ovillo de lana violeta con el que jugaba. ¿Pero cuál es su plan?, preguntó el loro con aire socarrón. Bien dicho, repitió la Reina cada vez más distraída. El plan común de Räka y mío no consistía por el momento más que en concertar nuestras astucias comunes para no caer, nosotros, los animales, en sus trampas, como nos había pasado tantas veces a lo largo de nuestra Historia. El Emir de los Loros sacudió la cabeza riendo discretamente. Mi querida Rata, me dijo, no se trata de trampas sino de armas, que son mucho más rápidas. Soy pesimista en cuanto a su suerte, mientras que la mía es banal: todo el mundo sabe que un loro capaz de decir cochinas en varias lenguas se convierte automáticamente en una mascota del ejército humano (y recitó algunas para probárnoslo); para mí, no se trata de sobrevivir. Pero, agregó, seré su aliado, puesto que siempre soñé con su extinción; sin embargo,

pongo un límite: ni yo ni el albatros moriremos con ustedes ni con nadie. Bien dicho, murmuró el albatros entre dos ronquidos, ya que la reina lo había despertado empujándolo con su ovillo de lana. Cuando, de repente, tres tiros de cañón hicieron temblar los vidrios y corrimos hacia las ventanas del arzobispo: los dos jefes de los ejércitos americano y ruso, dos gordos con pelo platinado, se encontraban erguidos en medio de la explanada entre sus dos tropas en formación. Nuestros humanos y nuestras ratas corrieron en todas las direcciones y se escondieron. Decidimos abrir las puertas de la catedral y recibirlos.

La rata atea

Dado que los únicos humanos entre nosotros eran Vidvn y Mimile, le dijimos a Mimile que se pusiera los hábitos del arzobispo y se sentara al órgano de la catedral. Vidvn, vestida como niña de coro, lo que le iba de maravillas con su piel de ébano, se durmió casi inmediatamente sobre las rodillas de Mimile. Las ratas nos confeccionamos unas pantymedias con los calcetines lilas del arzobispo y el Emir de los Loros tomó lugar con todas sus joyas sobre la cabeza del albatros, con las alas desplegadas en el centro de la nave. La Reina de las Ratas, nerviosa, no podía parar de jugar con su ovillo de lana, haciéndolo rodar por todos los rincones de Notre-Dame, nuestras dos esposas ausentes se quejaban de migrañas, y la serpiente, por su parte, también estaba ausente (no la habíamos podido despertar). Hicimos abrir las puertas por dos locas de Sainte-Anne que habían, entretanto, ingresado a nuestro servicio, vestidas de abadesas. Los jefes de los ejércitos ruso y americano, bastante parecidos entre ellos, rubios los dos, avanzaron tomados del brazo. Dos intérpretes de sexo femenino morochas los seguían, con todos los dientes a la vista en un rictus forzado que imitaba la sonrisa que entre nosotros, las ratas, es natural. Comprendimos enseguida que estos hombres le temían más a un poder desconocido que a nosotros, tan forzada era su amabilidad. Se golpearon la sien con el índice de la mano derecha al mismo tiempo que contrajeron todos los músculos del cuerpo, y sus intérpretes nos los presentaron como los almirantes Smutchenko y Smith. En un primer momento entendimos animales en lugar de almirantes y nos hicimos repetir la frase, las intérpretes hablaban un francés execrable. Ordenamos a nuestras locas de Sainte-Anne que les sirvieran té o café según su gusto y los invitamos a sentarse a derecha e izquierda en los bancos de la nave. El loro pidió leer las líneas de sus manos y aprovechó para robarles las alianzas, mientras que las intérpretes nos explicaban sonriendo que esperaban el divorcio de sus jefes para casarse con ellos, entre otras pavadas; les dijimos claramente que queríamos que partieran, lo que era indispensable para fundar la Ciudad de las Ratas. Ellas transmitieron nuestras exigencias a sus jefes y los jefes se consultaron entre sí a través de ellas antes de decirnos que, en vista de las circunstancias, nos servirían como escolta. ¿Pero para protegernos contra quién y para ir adónde? Opinaron al unísono y en sus propias lenguas que las aguas terminarían por bajar y que entonces se procedería al reparto de tierra, aire y mar, y que ellos conservarían los suyos (el aire, la tierra y el mar, como de costumbre). El Emir de los Loros estalló en una carcajada, al igual que nosotros, las ratas. Si aún no contábamos con la complicidad de los animales marinos, ellos lo hacían todavía menos, y con razón, ya que sus buques armados espantaban toda clase de peces que se mantenían a distancia, pero que eran susceptibles de acudir en nuestra ayuda, aseguró el Emir de los Loros, cuando lo deseáramos. Y especialmente los peces-espada, viejos amigos del albatros, que podrían, llegado el caso, hacer agujeros en sus barcos. El jefe americano, exasperado, pidió hablar directamente con Mimile, tomándolo por nuestro jefe. Mimile se levantó la sotana y nos mostró su trasero atascado en el órgano de la catedral, y Vidvn corrió a mear sobre el zapato de la intérprete americana. Se pusieron a hablar nerviosamente entre ellos en ruso y en americano. Nuestras dos locas de Sainte-Anne les pidieron a las intérpretes que les regalaran sus gorras, que ellas cedieron enseguida. El jefe americano se puso de pie y tosió. Nos pidió visitar nuestras instalaciones nucleares; les explicamos que nuestra isla estaba desprovista de motor pero que contábamos con la protección del Diablo de las Ratas, que apareció repentinamente

haciendo volar en pedazos la roseta de Notre-Dame con su cola y orinó largamente un pis que hervía sobre el jefe ruso y el americano, antes de tomar la palabra.

(N. d. T.: Creí preferible cortar el pasaje siguiente, de una crudeza inútil, y ofrecer un resumen: Los ejércitos ruso y americano son exterminados por el Diablo de las Ratas, que prueba de este modo su protección a Gouri, para luego desaparecer tirándose pedos de humo, como es su costumbre. Los antiguos hombres prisioneros y las ratas, a los que se han sumado algunos marines, quieren quemar los últimos barcos en pie sobre las barricadas alrededor de la isla, mientras que el sol cae y los dos almirantes se suicidan con cianuro después de haber matado a sus intérpretes con pistola, esperando reencontrarse todos en el más allá aunque, conociendo las ideas del Dios de los Hombres, dice Gouri, nada es menos seguro. Dejo a la discreción del lector la credibilidad de esta parte del relato. Cito la última parte de esta carta:)

Es de noche, Maestro, y escribo a la luz de la luna. Todo el mundo duerme, excepto los muertos que lamento pero cuya muerte era inevitable desde el punto de vista del Diablo de las Ratas, con el que me decidí a no ser más solidario, considerando que en su lugar yo hubiera encontrado una solución más conveniente, si bien no tan espectacular. Ratas y hombres han perdido el interés a mis ojos, así como sus dioses, diablos y discursos. Veo a mi amigo Rāka perder su personalidad, a la Reina de las Ratas volverse claramente idiota y a nuestras dos esposas, Iris y Carina, enfermas de un rencor del que es imposible arrancar las raíces. El Emir de los Loros se adormeció en las alas del albatros después de haberlo sodomizado y ronca al punto de haber despertado a los habitantes de las casas vecinas, que optaron por mudarse. Extraño su conversación, Maestro, aunque dudo de su utilidad, si bien la palabra utilidad no quiere decir nada para mí. Una lágrima corre a lo largo de mi hocico y, deslizándose por mi bigote, viene a estrellarse sobre esta carta. Esta aventura es mi vida, ciertamente, y no la cambiaría por ninguna otra, pero la vivo al precio de haber perdido la inocencia, que consiste en disfrutar de ver las hojas deslizarse sobre el agua, comiendo un cono de papas fritas sobre un puente del Sena, sosteniéndolo con el extremo de la cola, lo que desafortunadamente no recuperaré jamás, tan tenso está mi cerebro después de haber visto arder los ejércitos humanos bajo los chorros de lava ardiente que el Diablo de las Ratas proyectaba sobre ellos por el ano, mientras yo me arrodillaba instintivamente pensando que tal vez su dios les concedería la gracia de la vida. El Diablo de las Ratas no nos dio tiempo para negociar con esta gente, ya que no tiene suficiente confianza en mis dotes de orador. Escribía estas líneas cuando vi aparecer al Diablo de las Ratas del tamaño de una vaquita de San Antonio sobre la punta de mi hocico. Gouri, me dijo con voz dulce, llevé a cabo las tareas más duras en tu lugar, pues soy tu padre que no conociste; violé a la pobre ratona blanca virgen de tu madre en la zanja de la calle de la Ancienne-Comédie un día de locura; si vos me debés la vida, yo te debo sin embargo una ayuda... ¡Es la anteúltima vez que me ves, dijo, las aguas descenderán mañana; buena suerte! Y se alejó volando como una vaquita de San Antonio con orejas y cola de rata minúsculas, ante la luna llena. Estaba fresco y yo era el único despierto en la isla. Aproveché para enrollar este pergamino robado al arzobispo y pegarle una estampilla que saqué de mi portafolios por costumbre, pensando que usted podría estar muerto y que probablemente escribía estas cartas para nadie, aunque me hice la ilusión de que había sobrevivido al diluvio sobre el bote inflable con el que pasó sus vacaciones de agosto en Sète y que guardaba debajo de su cama, y que tal vez, un día, lo vería llegar a nuestras orillas, aunque, me decía, con sus tres costillas rotas... Como no tenía sueño di una vuelta por la isla cubierto con un calzón lila de lana abrigada del arzobispo que olía a lavanda. Nuestras ratas y hombres dormían en sus departamentos; yo me paseaba sobre las crestas de las barricadas ahora inútiles, contemplando las ruinas aún humeantes de los ejércitos ruso y americano. Una ballena blanca nos seguía en la estela de la Isla de la Cité, piloteada por un pingüino ataviado con un gorro de lana azul de la marina que había recuperado del desastre. La ballena, que hablaba soplando cataratas de agua entre los dientes, más un chorro de bidet por la nuca, me inundó literalmente antes de que pudiera comprender una palabra. El pingüino se salvó por poco de ahogarse en un remolino y vino a sacudir sus cortas alas a mi lado. ¿Dónde está el albatros? Me preguntó la ballena; en un primer momento, yo había entendido ¡Shalom!, y continuaba gritando ¡bienvenido! Duerme, le grité

cuando comprendí que se trataba de un amigo del albatros. Esta vida no puede durar, me escupió la ballena, ¡abandonó a su mujer y a sus hijos, que son mis ahijados, en el polo Norte, para seguir a un loro tropical! ¡Que venga acá ya mismo ese pedazo de vicioso! Le respondí lo más tranquilamente posible que el albatros era nuestro huésped y que mi cortesía me obligaba a no despertarlo durante la noche, después de lo cual le dije buenas noches y remonté las escaleras del muelle. La ballena me trató de homosexual y de atorranta, inundándome, a lo que me encogí de hombros. Entré nuevamente al arzobispado en puntas de pie; todo el mundo dormía, Vidvn y Mimile, con la corte de ratas, en la cama del arzobispo, y la serpiente, en estado de letargo, en el anaquel más alto de la biblioteca; la silla mecedora del arzobispo se sacudía en la oscuridad, indicándome que el Emir de los Loros sodomizaba al albatros. Me deslicé en el baño, donde me desvestí y me sacudí el pelaje. Cuando levanté la mirada hacia mi imagen en el espejo, di un salto. Había perdido la mayor parte de mis pelos sin conservar más que los que están sobre el cráneo, mis orejas estaban pegadas a mis sienes y mi hocico, antes aquilino, se había retraído al punto de convertirse en una nariz rezagada de hombre, como todo el resto de la cara, mi boca minúscula estaba rodeada de una especie de hemorroide que ustedes llaman labios y que me hizo vomitar de repulsión, y mi cuerpo se puso a crecer a imagen de un hombre. Caí abatido, sollozando, sobre el lavatorio, cuando vi al Diablo de las Ratas aparecer por el agujero del desagüe del tamaño de una cucaracha girando alrededor del remolino de mi vómito y mis lágrimas, que me dijo riendo: Es la última vez que me ves, Gouri, antes de dejarse arrastrar por la corriente en espiral hacia el agujero del desagüe, adquiriendo tonos irisados. Yo contemplaba el espejo y me vi tal como era en realidad: una bella rata joven de carne y hueso, con el pelo sano por todas partes. Apagué la luz del baño y fui a acurrucarme con los míos en la cama del arzobispo, pegado a Räka. La Reina de las Ratas se deslizó entre mis patas y me chupó el pene sin resultado; me dormí pesadamente, no soñé nada.

Disneylandia

N. d. T.: Recibí las cartas precedentes en la primavera del 78; ya les conté en qué circunstancias. Las cartas que siguen me llegaron un año más tarde; las adjunto a la segunda edición de esta recopilación. Entretanto, yo había dejado mi domicilio del 16 rue de Buci para ir a vivir a la campaña en compañía de una mujer dulce que será, eso espero, mi compañera hasta el final de mis días. Nunca supe cuánto había de real y de imaginario en este relato, y eso posiblemente por falta de curiosidad. Lo que no ha impedido que, mientras recibí estas cartas, lamentara no haber conocido mejor a Gouri (tal vez los aburro contándoles algo que no tiene nada que ver con el texto y que pertenece a mi historia personal), al que había conocido en la vereda de la rue Dauphine saliendo de un bar una noche de invierno de depresión nerviosa. Vi, ya lo dije, en un tacho de basura, un ovillo de ratas recién nacidas, y elegí una que metí en mi bolsillo antes de volver a casa. Me resulta difícil explicar mi gesto debido, posiblemente, a la soledad. Había gastado mis últimos centavos en el mostrador del bar y no tenía qué comer al otro día, ya que uno de mis amigos me había jurado devolverme un dinero recién a la noche. Me preparaba para leer, dejando a la ratita cerca de la estufa a gas, cuando brincó y se puso ante mí, abriendo las orejas; le leí en voz alta no recuerdo bien qué, y eso me parecía divertido, hasta que me dormí pesadamente bajo los efectos del alcohol. Al día siguiente, Gouri (fui yo quien lo llamó así, pensando que era un lindo nombre para una rata) me despertó y me trajo a la cama mi botella de ginebra sosteniéndola por el cuello, antes de arrastrar hasta mí un libro que había elegido de mi biblioteca por las ilustraciones; se trataba de una novela de ciencia ficción de G. H. Wells que adoro; ustedes imaginarán lo siguiente. Se quedó conmigo algún tiempo, comiendo mis restos, y yo le leí toda mi pobre biblioteca. A la noche lo llevaba conmigo a los bares de Saint-Germain-des-Prés con una cinta roja alrededor del cuello, allí hacía reír a los hombres mostrándoselo a las mujeres, que le tenían miedo; aunque todo el mundo se divertía cuando yo pedía un licuado de granadina con un sorbete para Gouri y un gin-tonic para mí. Conocí a mi actual compañera un amanecer de mayo cuando, totalmente borracho, recitaba a Gouri el más bello poema que conozco, con mi execrable acento español:

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando,
Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acordado
Da dolor,
Cómo a nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor.
Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar a la mar
Que es el morir, etc.

Bueno, no voy a aburrirlos más contándoles un período de mi vida parecido al de cualquier otro. Mi actual compañera, Ingrid, fue seducida por mis escritos y decidió desintoxicarme en los Pirineos Orientales. Así fue cómo perdí de vista a Gouri, que abandoné sobre el escalón de mi puerta, después de regalarle una de esas biblias que se roban en los hoteles de paso. Ahora soy un hombre casado y el feliz padre de trillizas rubias que se parecen a su madre. No bebo más. Cedo la palabra a la rata, repitiéndoles que estas cartas están datadas un año después de las precedentes. Yo llamaría a esta parte del relato, algo presuntuosamente, el Nuevo Mundo.

Maestro, mi silencio debe inquietarlo. Desde la noche memorable en que el Diablo de las Ratas nos abandonó pasaron tantas cosas que no encontré un minuto libre para escribirle. A la mañana siguiente fuimos despertados por el albatros completamente excitado, que había sentido el olor de la tierra durante la noche y se había alejado de la isla volando alto, para percibir al amanecer una línea incrustada en la del horizonte; se trataba de una isla inmensamente más grande que la nuestra, seguramente un continente, y avanzábamos hacia él, empujados por el viento. Estaba probablemente habitado, en todo caso, se percibía el verde de la vegetación, pensaba el albatros ecuatorial, y los árboles necesitan toda clase de animales para sobrevivir en estas regiones. Debe tratarse de mi emirato, pretendió el loro. La serpiente, habiendo digerido a la iguana y pareciéndosele ahora mucho por su expresión, vino a darnos los buenos días con la sonrisa un poco forzada, y nos preguntó qué había pasado mientras tanto. Nadie se tomó el trabajo de contarle nada, cada uno ocupándose de lo suyo. Rāka, habiendo constatado que la brújula del arzobispo había cesado de girar sobre ella misma, intentó encontrar nuestra posición en un mapamundi que escapó por fortuna al suplicio de los libros. La Reina de las Ratas y sus hijas, las princesas, sacudían los paños lilas del arzobispo, en los que las migas de los múltiples sándwiches de Mimile les impedían conciliar el sueño. El Emir de los Loros decidió despedirse de nosotros y avanzar sobre las alas del albatros a tierra para hacer un prospecto, decía, de la situación, cuando de hecho quería partir lo más rápido posible porque había robado los gemelos de amatista del arzobispo, de lo que la Reina lo acusó; él pretextó tranquilamente que estos gemelos no nos pertenecían y que él no los había robado para venderlos, sino para llevarlos él mismo, a lo que no supimos qué responder, y optamos por regalárselos. Finalmente, decidió quedarse con nosotros hasta el atraque, temiendo llegar a un país desconocido sin escolta. Rāka constató que este continente no figuraba en los mapas, aunque tal vez el mapamundi del arzobispo fuera archiviejo y datara de antes del descubrimiento de América; tal vez nos encontrábamos en un tiempo pasado o futuro que la memoria de hombre alguno había jamás registrado (ese era mi deseo secreto). No podíamos siquiera distinguir las aguas azules o verdes del Pacífico y del Atlántico, que se habían mezclado durante el diluvio; el agua estaba

irisada en todos los tonos que van del azul profundo al dorado, con las crestas de las olas en blancos-rosados y anaranjados; imposible saber dónde nos encontrábamos. Mimile, ya borracho, celebraba la aparición del Nuevo Mundo a su manera: vistió a Vidvn con los atuendos de la Virgen del altar de Notre-Dame, totalmente polvorientos y probablemente infestados de microbios. Vidvn reía delante del espejo del arzobispo, exultante. Råka y yo descendimos a la isla para despertar a los humanos y ratas y contarles la novedad. Todos estallaron de alegría y dimos una misa (Mimile y Vidvn oficiaron después de uno de mis breves sermones) sobre la explanada de Notre-Dame. La Reina se había puesto linda, ataviándose con la peluca rubia de la Reina humana María Antonieta que había descubierto en los archivos de la Conserjería. Algunas focas y lobos marinos subieron a la explanada para unirse a la misa, en la que Mimile exaltó la bondad del Diablo de las Ratas y la belleza del Nuevo Mundo. Las focas bebés jugaban con las ratas jóvenes al básquet con una pelota improvisada, desinteresándose de la misa; los humanos, desparramados al sol, se desvestían entre ellos. Pronto vimos aparecer claramente la tierra. Ante una franja de arena de un amarillo coral sembrada de caparzones de caracoles marinos cobrizos se erigía un bosque de árboles de los que nunca jamás habíamos sospechado ni la naturaleza ni la fuerza, con troncos de todos los tonos que van del sepia al rojo, con las ramas sanas y altas sosteniendo abanicos de hojas grandes como velas, y las frutas, ¡ay, Maestro, las frutas suspendidas de estos árboles! ¡No cambiaría ni una sola por todas las joyas del Emir! Eran de todas las formas y colores y luminosas como si soles se escondiesen en su interior, en lugar de semillas y corazones. La isla de la Cité, empujada por un viento fresco, se atascó suavemente en la arena de la playa; corrimos a enganchar los edificios de la isla a los árboles del continente con la ayuda de cuerdas, los hombres tirando de las cuerdas y las ratas haciendo los nudos. Algunos de los nuestros permanecieron a bordo para cortarlas en caso de ataque y así proteger a la Corte. La serpiente, descontenta con nuestra gestión durante su letargo, se alió al loro para protestar contra nuestra ineficacia. Si mi escolta estuviera aquí, el amarre hubiera sido hecho más rápidamente, decía el Emir, que recibió una buena bofetada de parte de Råka y se retiró para discutir con la serpiente al Palacio de Justicia, cuya puerta en ruinas custodiaba el albatros. Esto hizo reír a hombres y ratas, cuyo estrepitoso optimismo, tal vez debido únicamente a la influencia y al aire del mar, superaba cualquier límite. Un humano, condenado por haber incendiado el bosque de Fontainebleau, quería quemar el bosque del Nuevo Mundo; tuve que confiscar los fósforos y, por suerte, estos humanos no tenían idea de cómo frotar las piedras o servirse de lupas para hacer fuego; no pude, sin embargo, evitar que se derribara un gran árbol a golpes de hacha, con el que construyeron una piragua para explorar los contornos del continente, donde había ciertamente Ciudades abandonadas para saquear. Nuestras ratas, de tanto frecuentarlos, se habían vuelto apáticas y ambiciosas como ellos. Se organizaron varias expediciones: el Emir de los Loros se puso al frente de la piragua, con el albatros en popa y una veintena de hombres y doscientas ratas para explorar el sur del continente; el loro les había asegurado que nos encontrábamos en el Caribe y que él poseía todos los mapas de los escondites de los tesoros del capitán Drake; la serpiente encabezó una fila de hombres seguidos por una cola de ratas que se internó en el bosque con víveres y los fusiles al hombro en busca de El Dorado. Fuimos poco numerosos los que nos quedamos para construir nuestra Ciudad. Aparte de algunas locas de Sainte-Anne y de algunos marines rusos, sólo dos focas café con leche y tres condenados por droga americanos muy viejos permanecieron a nuestro lado. Uno de ellos era ingeniero y nos aconsejó transportar Notre-Dame al continente, ya que su peso hacía que se atascara cada vez más la isla, cuyos cimientos se pudrían con el agua salada, además de que ya estaba bastante estropeada por la violencia de las olas y casi en ruina por la violencia de los hombres. No vimos qué utilidad podía llegar a tener eso, nuestra propia Ciudad, le respondí, será construida con el esfuerzo de nuestras patas, nuestros corazones, nuestras colas y nuestras trompas; algunas ratas me aplaudieron. Peter (ese era el nombre del ingeniero) se encogió de hombros y encendió un cigarrillo de cannabis índico, que brotaba por todas partes entre las raíces de los árboles mezclado con los champiñones y el perejil, antes de girar y alejarse caminando lentamente por la playa a la orilla del mar hasta perderse de vista en el horizonte. Un viejo marino ruso desmontó en un solo día, piedra por piedra,

una vieja casa detrás de la Catedral para reconstruirla sobre una duna de arena, y los otros humanos, siguiendo su ejemplo, hicieron lo mismo pero construyéndose viviendas más improvisadas y estrechas, algunos, solamente, pozos en la arena. Las ratas tomamos posesión de un árbol al lado del que nuestro antiguo sauce ofrecía una triste figura –la menos ancha de sus raíces era más ancha que él–, y allí instalamos los muebles antiguos del arzobispo de París, el más pesado para transportar de los cuales fue la cama de baldaquino con Vidvn y Mimile durmiendo encima, probablemente borrachos al extremo, y que no pudimos desalojar. El próximo paso era asegurarnos el agua dulce que corría afortunadamente a dos pasos, formando una alegre cascada sobre el extremo de nuestras raíces, clara y bien fresca. Dejamos que nuestras esposas y su madre se ocuparan de la instalación del nuevo árbol y Räka y yo, después de haber discutido, penetramos en el bosque virgen en busca de la fuente del arroyo y cuyo silencio nos inquietaba: ni un solo ruido de animal sobre la tierra. Las raíces de estos árboles eran gigantescas y de ellas brotaba una dulce resina parecida a la de panal, que probamos y nos pareció excelente. A penas a cien metros de nuestro árbol encontramos la fuente de nuestra agua dulce: chorreaba de una pirámide de piedras redondas. Ningún alma viviente, dijo Räka. Estuve de acuerdo: todos los mamíferos terrestres, excepto nosotros, habían perecido en el desastre. El silencio era inquietante; aparte del arroyo y del cierzo, no se escuchaba nada vivo. Las ratas voluntarias de nuestra escolta se unieron a nosotros, nos trajeron una taza de tilo de parte de la Reina de las Ratas y nos dijeron que se habían aventurado un poco en las costas y que su impresión era la misma: ningún alma viva. Nos sentamos todos sobre una raíz mirándonos, desconcertados. Las ratas que se quedaron con nosotros se presentaron por sus nombres. Jerry, Pöul y Domino. No es que estuviéramos preocupados por nuestra supervivencia, lejos de eso, en vista de la abundancia de vegetación totalmente comestible, incluso las raíces, que tenían gusto a chocolate; y para los carnívoros estaban los peces del mar y las truchas del arroyo. La Reina de las Ratas vino a unírse nos con un plato de nísperos. Se quejaba de sus hijas, siempre intratables, y de las dos focas café con leche (aparentemente una vieja pareja de focas) que no paraban de jugar a la pelota con un melón delante de nuestro árbol salpicando arena a los ojos de todo el mundo. Alcanzamos nuevamente la playa para ver a dos pasos de la costa una formación de delfines plateados a los que los humanos arrojaban bananas que ellos atrapaban con sus trompas. Cuando nos percibieron, detuvieron su juego como si fueran culpables de algo. Räka se adelantó para darles la bienvenida a los delfines y ellos se alejaron en escuadra, ya que les tenían miedo a las ratas. Los humanos también regresaron a sus casas y guaridas, dejándonos solos en la playa. Nuevamente solos, nosotros, las ratas, como de costumbre. Decidimos por unanimidad que este lugar no era el nuestro, tomamos algunos pulóveres y fósforos y nos hundimos en la espesura en busca de un valle donde pudiéramos construir nuestra ciudad sin ellos, después de decir adiós a Vidvn y a Mimile, que eran una carga para nosotros al igual que nosotros para ellos, deseando, sin embargo, volver a vernos un día para saber de nuestras vidas, con lágrimas en los ojos.

Los champiñones alucinógenos

Nos escurrimos en fila india entre las raíces de los árboles; Räka abría la marcha cortando las lianas que nos impedían el paso con la cimitarra que el Emir de los Loros había olvidado sobre la arena, sirviéndose de ella a manera de machete. Yo lo seguía sosteniendo a mi esposa Carina que se quejaba de dolores en el bajo vientre y temía abortar, su hermana Iris se hacía cargar al hombro por el soldado Jerry, cuya mochila era cargada por Pöoul, Domino lo seguía cargando al hombro una botella de Préfontaines llena de agua fresca, regalo de Mimile, y la Reina recogía piñas en su pollera, que ofrecía a todo el mundo cantando la Marsellesa. Su exceso de actividad y las excentricidades de su comportamiento me llevaron a pensar que había entrado en la edad de la menopausia. Avanzábamos remontando el arroyo ahora subterráneo pero del que, pegando la oreja suelo, escuchábamos el ruido cada vez más fuerte como el de una catarata que finalmente escuchamos distintamente en el aire. Era casi el mediodía y Räka propuso detenernos para picar algo rápido. La soldadesca (Jerry, Pöoul y Domino) aprovechó para confiarnos sus exigencias: los

viveres iban a escasear pronto y nuestras esposas estaban demasiado cansadas para continuar el viaje. Ellos aceptaron servirnos de escolta hasta la catarata a cambio del diamante de la corona de la Reina, que ella misma había cambiado al Emir de los Loros por la peluca de María Antonieta, que lo mantendría más abrigado en su piragua. Aceptamos pero a regañadientes, diciéndonos que una vez que llegáramos a la catarata nos instalaríamos allí por algunos días a la espera del parto de Iris y Carina, ya inminente, y que aprovecharíamos este pretexto para despedir a los soldados, de los que desconfiábamos cada vez más. La Reina hizo arder una piña alrededor de la que había enroscado una trucha que había llevado en su calzón, y nosotros bebimos agua fresca y tragamos algunas almendras. Estábamos impacientes por llegar a la catarata, de la que escuchábamos cada vez más claramente la inmensidad de la caída, pero el bosque se volvía cada vez más espeso y a los rayos del sol les costaba colarse hasta nosotros. Retomamos la marcha y yo retomé el relevo del machete, lo que me sofocó muy rápido. La Reina tuvo la idea de trepar sobre las ramas y avanzar enganchándonos a las lianas, eso nos pareció genial y lamentamos el tiempo perdido en cavar galerías, reminiscencia de nuestro miedo de ratas. Treparamos hasta la cumbre de un árbol cuyo tronco, duro como un roble, terminaba en cañas de bambú que sostenían hojas de palmera en abanico que temblaban en la brisa, iluminadas por el sol por todas partes; cerezas grandes como sandías colgaban del extremo de las cañas a las que estaban anudadas lianas bellas y movedizas como cuerdas vivientes, de las que nos balanceamos con placer. La catarata se encontraba muy cerca y sacudía el agua como una cabellera con toda su fuerza, como la nuca de una gitana con cabellos de cristal que venía a estrellarse contra dos rocas redondas. Avanzábamos saltando de rama en rama o enganchados a las lianas; nuestras esposas Iris y Carina, que tenían vértigo, iban a caballito sobre Räka y yo. No puedo describirle la belleza de esta catarata, Maestro, sino sus dimensiones: con una altura de tres kilómetros humanos y al borde de la cual al menos treinta pisos de árboles gigantescos empapaban sus raíces en el agua, alimentaba un río tan ancho que apenas se percibía la orilla opuesta, y que iba a desembocar lejos detrás de nosotros, en el delta, en el mar. Llegamos bastante cerca, temiendo, sin embargo, la humedad de las nubes que se elevaban desde el pie de la caída y el ruido del agua que nos ensordecía. El día caía, decidimos instalarnos en un claro adentro de un bolso de viaje y nos dormimos todos después de haber disfrutado de la caída del sol mientras comíamos algunos champiñones rojos con lunares blancos, que brotaban de todas partes, a la vinagreta. Räka me despertó bruscamente. Nuestra soldadesca nos había abandonado en medio de la noche llevándose todo, no solamente nuestros viveres sino casi toda nuestra ropa; la Reina roncaba desnuda a la luz de la luna y nuestras dos esposas, en ovillo, al lado. ¡Qué basuras!, exclamé, y Räka me hizo callar metiéndome la pata en la boca. Agudicé el oído y creí discernir, detrás del ruido de la catarata, una suerte de gemido animal, aunque fue imposible determinar su naturaleza. Tapamos a la Reina y a nuestras esposas, que continuaban roncando, con una camisa, regalo de Mimile, y avanzamos en puntas de pata hasta el borde del río alimentado por la catarata. Excepto la luz de la luna que se reflejaba en el agua, todo el paisaje estaba inmóvil como antes; una ligera brisa torcía las cimas de los árboles y se olfateaba a lo lejos el olor del mar. El gemido, si no se trataba del fruto de nuestra imaginación, se había detenido. Es el silencio el que nos hace imaginar voces, dijo Räka, cuando escuchamos pasos que rozaron la vegetación a nuestro alrededor, pero no vimos nada; nos estrechamos fuerte, temblando de miedo. La rama de un gran árbol crujió muy ruidosamente y vino a estrellarse a lado de nosotros; el gemido recomenzó, como respondiendo a una señal. Creímos ver un objeto brillante espejeando en el río y, de repente, se desencadenó un fuerte viento que desvió la caída de la catarata como una cabellera y se puso a llover a cántaros; el chaparrón no duró siquiera un minuto pero la lluvia había sido tan abundante que nos encontramos empapados chapoteando en el lodo. Sentimos que un ala de pájaro invisible nos rozó y el cielo se despejó, dejando ver una luna redonda y luminosa como no había existido jamás. Creímos ver algunas formas dibujarse en el aire; al rozarse entre ellas, producían ruidos parecidos a hojas muertas. Un murmullo pronto se elevó de ellas, parecido a una plegaria común, mientras que adquirían una forma más precisa, pero, agudizando mejor la vista y los oídos, comprendimos que eran todas de formas y lenguas diferentes y que unían en ellas todas las formas

animales y todos sus gritos y lenguas, aunque el sonido de conjunto era semejante al ruido de la catarata, también quejumbroso. Pronto se organizaron agrupándose sobre la superficie del río; multitudes de ellas descendían de los árboles, de las dos orillas del río, y muchas llegaban volando, haciéndose cada vez más distinguibles y volviéndose unas más monstruosas que las otras. Así, vimos desde nuestro escondite, con todos los pelos erizados de terror sobre la cabeza, un atún con pies de cerdo y cabeza de mula, un elefante con cabeza de hombre cuya trompa terminaba en uña, un sapo con cola de pavo real y cabeza de pava, un grifón tal como son los grifones, una mujer con cola y cabeza de canguro que llevaba un gran escorpión con cabeza de gallo en su bolsillo y, entre ellos, el Dios de los Hombres, con las dos cabezas del caniche y del fox-terrier en lugar de la suya y una cola de lagarto, y me salteó los más bizarros, como una tortuga de mar con cabeza de cola de pez. Sus cuerpos y letanías se volvían cada vez más distinguibles; cubrían toda la superficie del río (uno se pregunta mediante qué artificio lograban mantenerse al ras del agua), orientados todos hacia la catarata. Pensamos que le pedían alguna cosa a la catarata, pero todas cosas diferentes y sucesivas, recitando probablemente cada uno un diccionario diferente. Una luz comenzó a despuntar detrás de la catarata: una nube de mil y un colores de la que el sol surgió de golpe como si fuera una bala proyectada al cielo. Las sombras fueron congeladas literalmente en el aire por un brusco viento helado que soplaba desde el mar y cayeron, agrietándose como grandes trozos de hielo, en el río, cuyo caudal las arrastró hacia el mar, al mismo tiempo que la catarata cesó de correr como si se hubiera cerrado una enorme canilla. Todo quedó en calma y en silencio. El río, que se vaciaba lentamente de su agua, dejó ver una ciudad probablemente humana casi sepultada en el hueco de la catarata, que decidimos explorar más tarde, cuando el agua del lecho se hubiera retirado lo suficiente como para permitirnos avanzar en el barro. Cuando el disco de la luna cruzó por delante del sol para alcanzar el horizonte sobre la ex catarata, todo se volvió negro por un instante, luego, delante del sol reaparecido, vimos al Emir de los Loros volando en zigzag, atravesando el río y gritando: ¡espérenme!, ¡espérenme! No teníamos intención de escapar. Aterrizó, golpeándose la cabeza contra un árbol como de costumbre, temblando, completamente asustado, y nos dijo: ¡Estamos en el infierno! Lo tranquilizamos lo mejor que pudimos y volvimos en su compañía a nuestro campamento para despertar a nuestras esposas para la primera colación del día. Le contamos nuestra aventura a la Reina de las Ratas, y la ocultamos a nuestras esposas, que seguramente se hubieran asustado mucho, pero la Reina no se inquietó en lo más mínimo: ella había soñado lo mismo sin necesidad de desplazarse hasta el río, respondió. Decidimos que estos seres, incluso si regresaban, y fueran lo que fueran, no querían hacernos daño; terminamos por encontrarlos cómicos, al recordar sus deformidades físicas y sus voces.

La Ciudad de las Ratas

El Emir de los Loros besó a la Reina de las Ratas muy familiarmente sobre los dos bigotes antes de estallar en sollozos sobre su hombro. Perdí una pata, se lamentaba, y, en efecto, no tenía más que una sola, aunque se las arreglaba para saltar sin dificultad con esa, apoyándose sobre las alas. Rāka le confeccionó una prótesis tallando una ramita que encontramos bastante conveniente y que él adornó con un anillo con una pequeña esmeralda, la única piedra preciosa que había logrado salvar en su aventura, ocultándola en el recto. Nuestras esposas volvían del río quejándose porque estaba seco, les indicamos un arroyito para que se lavaran y ellas se ofendieron y dijeron que no era lo suficientemente lindo. Esperábamos con impaciencia el nacimiento de nuestros hijos, no tanto para verlos, sino con la esperanza de que la maternidad suavizaría el carácter de sus madres. La Reina nos preparó una taza de leche de caucho con miel, que el loro se tragó casi él solo con una pajita antes de ponerse a hablar. En cuanto estuvimos en el mar, dijo, fuimos abordados por un ejército de delfines, y créanme que estos animales son de una astucia diabólica. Primero fingieron servirnos de escolta para llevarnos, decían, a una ciudad maya abandonada construida en oro, al otro lado de la desembocadura de un delta que debería ser el del río; los hombres remaban como presidiarios y las ratas corrían por todas partes manejando una vela improvisada con la sotana

violeta del arzobispo. Nos preocupamos cuando vimos los delfines multiplicarse a borda y a estribor; en un momento eran un buen millar alrededor de nosotros los que hacían saltos peligrosos por encima de la piragua, faltando poco para volcarla, cuando comprendimos que intentaban alejarnos de alta mar, donde el viento fuerte arrancó nuestra vela. Algunas pobres ratas, que se habían enganchado en ella, fueron proyectadas al aire y volaron algunas decenas de metros antes de hundirse en las olas y ser tomadas como juguetes por los delfines, que se las arrojaban unos a otros después de hacerlas pivotar teniéndolas por la cola. Todos tenían una expresión risueña marcada en el rostro, dejando ver pequeños dientes triangulares bajo los ojos de cretinos. ¡Corramos a su rescate! exclamó Rāka. Demasiado tarde, murmuró el Emir. ¡Están todos muertos! ¿Los hombres también? Los hombres no, dijo el loro. Tuvimos la suerte de que una banda de tiburones arremetiera contra los delfines, que remontaron en desbandada el delta del río (los tiburones necesitan mucha profundidad para dar la vuelta) y escaparon, no sin dejar algunos cadáveres. Logramos alcanzar nuevamente la costa, remando contra la corriente, con el sol que ya había caído, agotados; la loca de Sainte-Anne que nos acompañaba en calidad de muchacha de tropa había entretanto muerto de miedo, y la enterramos antes de acostarnos en un pozo en la arena. Ahí las cosas se pusieron difíciles: los hombres, excitados por su jornada en el mar, quisieron practicar el sexo; algunos desenterraron a la loca de Sainte-Anne para profanar el cadáver todo cubierto de arena; otros cinco se apoderaron del albatros para hundirle una botella de cerveza en el ano mientras los estrangulaban, después lo violaron por turnos mientras él se debatía y agitaba sus alas. ¿Y usted, Emir? Yo lloraba, sollozó él, atado por la pata a un árbol con una cadena. Durante la noche, cuando hubieron devorado al albatros y a la loca de Sainte-Anne después de haberlos asado en un gran fuego en la playa, con mi pico me corté yo mismo la pata para poder escarpar y la dejé suspendida en el extremo de la cadena. ¡Qué mala suerte! exclamó Rāka. Sentí en mi interior una angustia comparable a la del día en que el Dios de los Hombres nos contó su temporada en el Paraíso. Así que no cambiaron, me dije. ¿Y las ratas, a todo esto? exclamé, estupefacto de que en mi angustia no hubiera pensado en ellas sino en último lugar. Las ratas sobrevivientes se dispersaron en el bosque, respondió el Emir, y como un eco a su respuesta escuchamos ratas que lanzaban sus ¡hi! ¡hi! ¡hi! llegando hasta nosotros desde todos los árboles y gritando: ¡ya llegan los humanos! Nuestras esposas y el Emir se trastornaron; nosotros los calmamos a bofetadas. ¡Corramos a la ciudad debajo de la catarata! Ordenó Rāka, y nosotros lo seguimos a toda prisa llevando a las apuradas algunos víveres y harapos. El lecho del río estaba ahora casi seco pero un poco barroso y, con lo precipitada que era nuestra fuga, nos patinamos y chocamos unos contra otros; el Emir nos seguía saltando con su única pata, habiendo perdido su pata de palo, gritando ¡espérenme! La Ciudad humana, al aproximarnos, nos pareció cada vez menos humana; construida en el barro reseco del río, se componía de varios pisos en espiral o algo así, y de una techumbre de paja todavía húmeda arrojada negligentemente sobre ellos, tal vez enganchada ahí azorosamente por la tempestad, sobre la que se elevaba una torre en ruinas de la que una sección destruida dejaba ver varias habitaciones conectadas por escaleras. Me sorprendieron los pisos inferiores, que parecían haber sido construidos para los dinosaurios, mientras los últimos pisos, progresivamente más exigüos, podían apenas alojar animales de nuestro tamaño. Al aproximarnos a la ciudad, la vimos cada vez más alta, con los pisos superiores que se perdían en las nubes encima de la catarata, que se encontraba mucho más lejos de lo que creíamos. Llegamos sofocados, con nuestras esposas desmayadas en brazos, a los pies de la Ciudad, a cuya entrada nuestro amigo la serpiente se impacientaba mirando un reloj pulsera anudado al extremo de su cola, que le había, dijo, robado a un indio. Nos recibió severamente: ¿Dónde estaban? ¡Los estuve buscando por todas partes desde esta mañana! ¿No ven que fui el primero en encontrar la Ciudad de las Ratas? Y vimos escrito sobre la gran entrada ARTS en caracteres trogloditas. No era nuestra idea de la Ciudad, pero no había más tiempo que perder. Los hombres, según la serpiente, que tenía una gran sensibilidad de las vibraciones de la tierra, avanzaban en filas cerradas remontando el curso del río, y a ellos se habían unido algunos de los que la habían dado por muerta después de haberla estrangulado para arrancarle la piel y construir con ella un látigo; afortunadamente tenía varias capas y cada vez más bellas. La seguimos hasta la

entrada, preocupados por la falta de un puente levadizo. No se preocupen por eso, dijo, los primeros pisos están formados por laberintos que desembocan inexorablemente en una gruta debajo de la Ciudad, que es profunda hasta el centro de la tierra; ya exploré todo. Y las ratas nos sentimos en seguida más tranquilas, acostumbradas como estábamos a deslizarnos en los laberintos (este era un modelo en su género), combinando todas las formas posibles de pasillos en diferentes niveles y todas las dimensiones; el Emir de los Loros se perdió detrás de nosotros en los meandros y la serpiente debió ir en su auxilio. Pronto estuvimos a una cincuentena de metros del suelo (la cuenta en pisos era imposible dada la irregularidad de la Ciudad) y desembocamos en una plaza hexagonal con un chorro de agua en el medio, que brotaba en el silencio, rodeado de varios bancos de piedra y geranios, y corrimos hacia una balaustrada desde la que se percibía hasta el delta en el mar; los hombres avanzaban, oscilantes y desorganizados, a lo largo del río. La Reina me pasó sus prismáticos; se trataba de unos dos mil hombres o más, casi todos sobrevivientes de la antigua Isla de la Cité; nosotros éramos a penas una centena de ratas, y aunque la mayoría estaban agotados o enfermos, juraron luchar hasta el final; cada uno había conservado o una navaja o un pedazo de botella. De pronto percibí en la primera fila a Mimile con Vidvn en sus brazos, a quienes los otros hacían avanzar a latigazos con la piel de la serpiente. Nuestras dos esposas Iris y Carina fueron presas de malestares y sintieron los primeros dolores; las recostamos al lado del chorro de agua, donde el Emir de los Loros nos aseguró que se ocuparía de ellas, ya que había asistido varios partos. Nuestras cien ratas descendieron hasta las puertas de la Ciudad a toda velocidad y construyeron por precaución una montaña de piedras redondas que bloqueaban la entrada. Entretanto, la Reina inspeccionaba los pisos superiores donde encontró, dijo, excelentes frescos sobre los muros al estilo de los de las grutas de Altamira, que representaban ratas con cabellos largos, probablemente nuestros ancestros, que según nuestras leyendas provenían de la Atlántida. Los humanos estuvieron muy pronto a nuestros pies y obligaron a ponerse de rodillas a golpes de bota a Mimile, que protegía a Vidvn con sus brazos y cabeza. Uno de nosotros gritó: ¡Sucias ratas, ustedes tenían los planos de la ciudad y dejaron que nos ahogáramos en los pantanos y que nos matáramos entre nosotros; ábrannos la puerta o le vuelo la cabeza a Mimile! Yo tragué saliva. Y dije esta cosa atroz: La puerta está siempre abierta para ustedes; y la serpiente me pasó una medida de alcohol para darme ánimo; esta Ciudad no es nuestra. Pero la puerta está tapiada con piedras y adentro hay un laberinto. Empujaron violentamente a Mimile, que fue a refugiarse con Vidvn bajo una torre, y creo que fue este gesto de imprevisión lo que los perdió y que mi experiencia me había enseñado a prever. Los primeros se precipitaron (como probablemente todos ellos) a remover las piedras de la entrada y se hundieron en el laberinto. Bueno, dijo la serpiente consultando su reloj pulsera, ¿no los vamos a ver por un rato! Pronto los escuchamos correr en los pasillos negros entrechocándose y lanzando gritos y lamentaciones que duraron toda la noche. Lo invitamos a Mimile a subir por una escalera de cuerda; nos respondió con su boca hinchada, escupiendo sus últimos dientes: ¡gracias, ratas! y Vidvn nos hizo adiós con la mano (la notaba un poco melancólica) antes de alejarse por el lecho del río, perdiéndose de vista en el delta, bajo la puesta del sol. Entretanto, nuestras ratas habían parido; el loro, en su nerviosismo, había puesto juntas en una misma gorra nuestras dos camadas respectivas; nunca supimos quién era el hijo de quién, pero qué importa. Durante la noche un humano logró vencer la geometría del laberinto y llegar hasta nuestra terraza; lo echamos a pedrazos y escapó aullando a los subsuelos. La luna se eleva y estamos a salvo. La Reina hizo a nuestras princesas dos lavados con agua de diente de león, excelente, dijo, para que durmieran. El loro no paraba de admirar la belleza y la inteligencia de nuestros retoños, suspendidos indiferentemente de las tetas de sus dos madres. La serpiente se enroscó para dormir en una columna de la Ciudad sobre la que se erigía una estatua en ruinas tan carcomida por la naturaleza y los elementos que no se distinguía lo que representaba. La Reina de las Ratas, que de pronto sentía debilidad por el Emir de los Loros, le recitaba el Paraíso Perdido de Milton, abanicándose con una hoja de geranio, sentada al borde de la fuente. Råka y yo preparamos un buen guiso de lentejas hervidas al vino fuerte para nosotros y nuestras cien ratas de la soldadesca. Nos juraron proteger a la Corte de las Ratas de una improbable ataque humano mientras que Råka y yo, aprovechando la luna

ya alta en el cielo, nos aventuramos en los más altos pisos de la Ciudad, cuya silenciosa y fresca penumbra plateada nos intrigaba.

El regreso a tierra

Habiendo dejado a los nuestros en paz y somnolientos, Rāka y yo trajinamos sobre los adoquines mal iluminados por la luna de una calle que nos conducía a otra, y así continuamente; las calles se introducían unas en otras en diagonal y tendían, según Rāka, hacia un punto común; intentamos evitar las avenidas transversales, todas en círculos paralelos o en espiral. Hace muchas horas que subimos, dijo Rāka, y no encontramos nada. En la esquina de una calle, sin embargo, escuchamos un ruido inquietante y nos escondimos en un recoveco de la piedra. No se trataba más que de una lata vacía de salsa de tomate inofensiva que rodó sobre los adoquines; contuvimos la respiración y la dejamos pasar. La Ciudad parece desierta, me murmuró Rāka, no tiene ningún interés para nosotros, Gouri; ¡volvamos a bajar! Comprendí que él tenía miedo de trepar más alto y le dije que sin él yo subiría solo. Gouri, me dijo Rāka, nuestra vida y nuestra supervivencia ahora están a salvo, ¡bajemos, te lo ruego!, aferrándose a mis manos. ¡Tenemos dos mujeres que esta noche parieron ratones nacidos en buena salud, te lo suplico, Gouri! Y cuando yo me volví mirándolo a los ojos, él bajó sus pestañas y se hundió de regreso en los pisos inferiores, corriendo. Pero volvió al galope para decirme: ¡en la vida y en la muerte, hermano! y nos abrazamos sobre nuestras cuatro orejas. Continuamos subiendo y llegamos a una plaza octogonal o bien a una especie de claustro; en el centro de cada muro había una abertura que en otro tiempo, tal vez, escondía una puerta, o tal vez no, las aberturas eran irregularmente ovoides y estaban a cincuenta centímetros del suelo; daban a grutas abovedadas en las que la luz de la luna, entrando por los agujeros de los bloques de piedra caídos por el tiempo, permitía discernir las paredes cubiertas de miles de capas de pinturas e inscripciones; así comprendimos que esta ciudad había sido habitada durante millones de años por ratas. En la primera gruta que visitamos, se conservaba casi intacto sobre un muro un dibujo del perfil de la primera rata, con sólo tres pelos en el bigote e imberbe por todas partes y con su cola que terminaba en una cabeza de serpiente. Y talladas en la piedra, estas palabras atravesaban el dibujo: “Nos ha costado mucho seder nuestra Libertad dijo la cigüeña, y fuimos en consecuencia forçados a deshacernos de nuestra Igualdad. Y se quedó pensativa. La rana le sacudió una pata para hacerle continuar su discurso, pero no dijo nada. La rana comprendió que la cigüeña reflexionaba sobre el Insesto antes de ser tragada por ella.”²¹ Pasamos por una galería en la celda de al lado, cuya bóveda era tan baja que nuestras orejas la rozaron; el agujero que daba al aire estaba obstruido, pero los barrotes en metal retorcido y pulido nos indicaban que había sido habitada en fecha más reciente. En un rincón, encontramos una vieja pata de oso vaciada de su contenido y modelada en forma de pie de hombre, y una cofia de hombre construida con una cabeza de lagarto a la que se habían agregado cuernos de búfalo. Y todo estaba manchado de excrementos de animales de toda clase, aunque eran tan viejos que ya no olían más y se confundían con los objetos, las pinturas y las inscripciones. No nos internamos en las otras celdas, demasiado oscuras. En el centro del claustro había un pozo donde era muy probable caerse por descuido; nos asomamos a él con precaución. Bien debajo de nosotros, vimos a nuestras esposas y a nuestros veinte hijos que dormían en ovillo sobre la vieja camisa de Mímile; al lado de ellos, la Reina de las ratas roncaba en las alas del Emir de los Loros y podíamos escuchar el eco de sus dos ronquidos entrelazados, replicados en la piedra. En el enlosado en damero rojo y blanco, alrededor de ellos, nuestras cien ratas de la soldadesca dormían en desorden; la serpiente, posiblemente atacada de insomnio, silbaba bajito mientras giraba muy rápido en círculos sobre el borde del pozo andaluz ubicado en el centro del patio y en el interior del cual llegamos a percibir, inclinándonos bien, gracias a un rayo de luna, en un plano mucho más profundo, una parte del laberinto donde algunos hombres se arrastraban tanteando los muros o trepándose sobre ellos con gran esfuerzo, para volver a caer en el pasillo de al lado, que conducía inexorablemente al anterior. Sacudí y apreté la pata de Rāka. ¿Qué hemos hecho? Él me rodeó los hombros con la cola antes de decirme: Nada, Gouri, todo pasa solo²².

Volvamos a bajar, no me gustan estos pisos en la oscuridad; esperemos el sol; mañana subiremos más alto. Pero la luna se encontraba casi en la cima y no teníamos nada que temer de una ciudad vacía. Él me respondió: en la vida y en la muerte, hermano, y me siguió por una estrecha escalera de caracol que no terminaba más; por los agujeros en los muros, cada dos o tres pisos, veíamos la línea del horizonte sobre la catarata detrás de un inmenso desierto de arena. El continente, cuanto más subíamos, más extenso nos parecía. El gran desierto que lo dominaba estaba sembrado de selvas, bosques, lagos, mares, montes y cordilleras; estuvimos seguros de que estaba completamente inhabitado: nada se movía. Llegamos a una puerta estrecha en oro incrustado de piedras brillantes de todos los colores, cerrada con llave, a penas de nuestro tamaño, que olía a musgo. La llave estaba en el suelo, al lado. No abre, Gouri, me gritó Rāka. Lo traté de flojo, harto ya, y abrí la puerta. Desembocamos en una estancia estrecha y larga atravesada por un pequeño río subterráneo donde flotaban algunas plumas de pollo y las vísceras de un pez a la deriva; sobre el río había un enrejado rectangular en metal del que brotaban algunas gotas de agua entre las que pudimos trepar, subiendo yo a las espaldas de Rāka y levantándolo después, sosteniéndolo por la cola. Nos encontramos en un sitio familiar, sin poder decir en cuál: se parecía mucho a nuestra alcantarilla del cruce de Buci, más extensa según Rāka, menos larga en mi opinión. Una gran abertura daba a un lugar ciertamente habitado del que escuchábamos los ruidos y corrimos para apostarnos allí. Vimos una zapatilla de básquet con suela de goma aplastar un cigarrillo y a una paloma grisácea que se acercó, brincando. Hace mucho que no abren su negocio, nos dijo sacudiendo la cabeza, van a perder toda su clientela; una pareja de ratas hare-Krishna color amarillo acaban de abrir otro negocio parecido al de ustedes en la esquina de la calle Mazet. Y escuchamos la enorme risa del Diablo de las ratas, como un martillo neumático. Nos hundimos espantados en la alcantarilla en busca de la puerta de la Ciudad; en su lugar, encontramos un ratón completamente amarillo con ojos rojos temblando de frío y que nos dijo tartamudeando: ¡La puerta se cerró! Comprendimos que se trataba de uno de nuestros hijos que, habiendo engañado la vigilancia de sus madres, nos había seguido en nuestra exploración de la Ciudad. La ratita saltó hasta mi cuello, llorando de miedo. Nos costó trabajo calmarla, ya que no estábamos acostumbrados a los bebés; después de unos cuantos mimos se durmió chupando los bigotes de Rāka. Nos dijimos que, tal vez, gracias a su entrada en el mundo al mismo tiempo que en la aventura, no cometería el mismo error en la aventura que nosotros en el mundo, aunque incluso rompiéndonos la cabeza no llegamos a descubrir de qué clase de error se trataba. Como no sabíamos si era un hijo de Rāka o mío, ya que se parecía mucho, por el perfil altanero, a su abuela, la Reina de las Ratas, decidimos llamarlo Gourakäreina, un anagrama de nuestros tres nombres, dejando de lado a sus dos posibles madres harpías de las que, pensamos, Gourakäreina y nosotros habíamos logrado deshacernos, lo que nos hizo extrañar menos el Nuevo Mundo. Este será un muchacho aventurero, dijo Rakä; apenas nacido nos siguió todos estos kilómetros cuesta arriba y por mera curiosidad. Así, concluyó, este paréntesis de una semana en nuestras vidas nos habrá servido al menos para una cosa: tenemos un hijo de los dos que se nos parece en espíritu. Yo pensé que tal vez no era la educación ideal para una joven rata, pero me cuidé de decírselo a Rakä. Tengamos confianza en su astucia, dijo Rakä, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

Hasta la vista, Maestro. Hasta la próxima carta. Vuestro Gouri.

Postfacio del traductor

Y esta fue la última carta que recibí de nuestro amigo Gouri, algo sorprendido por el desenlace abrupto, desenlace, por otra parte, quizá inevitable, en tanto el autor se esforzó por llegar hasta el final fiel a la descripción de una realidad que, como autor, a veces lo perjudica. Ciertamente podría haber retocado esta última carta para abandonar a Gouri en una mejor posición (por ejemplo, como gobernante del Nuevo Mundo), pero opté por publicarlas tal como las había recibido y encomendarme a la discreción del lector, que podrá extraer de ellas moraleja y conclusiones.

El poema citado en la página 116 pertenece al soldado castellano Jorge Manrique (1440-1479), se trata de la primera y del comienzo de la segunda copla de las Coplas por la Muerte de mi

padre, que consideré imposibles de traducir al francés (o al español moderno que conozco), tan cerca de la perfección está la rima. Cuenta los últimos momentos del padre del soldado; el poeta cita este acontecimiento como ejemplo para empujar al lector a reflexionar sobre la brevedad de nuestras vidas, comparándolas con ríos que “van a dar a la mar” que es “el morir”.

En cuanto al hospital de las locas de Sainte-Anne, no sé por qué aberración Gouri lo sitúa en la geografía de la Isla de la Cité, confundiéndolo probablemente con la estación de subte Cité (sobre la que no dice, por el contrario, una sola palabra). Creí útil cortar algunas notas cuya erudición supera la imaginación, anulándola, y esto por respeto al estilo del autor, que quise conservar natural y fresco. Me permito, de todos modos, una última reflexión que mi rol de traductor humano me permite (en este caso preciso y tratándose de un autor rata): personalmente, no creo en la veracidad de este relato, y lo comparo con algunas obras imaginativas de mi biblioteca infantil. Nuestras trillizas rubias (Sylvie, Rebecca y Djémilla) adoran el pasaje del fox-terrier con el impermeable escocés y el de la Reina de las Ratas cantando la Marsellesa, lo que me ha llevado a conservarlos, pues pienso que quizá este libro se convertirá, con ayuda del tiempo, en un libro para niños; le pedí a una de las amigas de mi esposa Ingrid que lo ilustrara en este sentido. Y agregó todavía un poco de historia muy personal, pero que la honestidad de un hombre de letras no puede callar: Cuando hube terminado esta traducción, que me costó, créanme, un gran esfuerzo de concentración, tan mala es la caligrafía de Gouri, por no hablar de la sintaxis, la ortografía y otros detalles, me dormí pesadamente sobre mi manuscrito. Mi esposa Ingrid vino a despertarme en puntas de pie para hacerme subir a dormir en mi cama (vivimos en un coqueto chalecito en Sète), me desperté y creí ver sobre los hombros de mi esposa la cabeza del Diablo de las Ratas; me puse a gritar, saltando sobre mi escritorio, tan horrible era la pesadilla. Nuestras trillizas, que se habían despertado por mis gritos, entraron en la biblioteca; vi en mi hija Rebecca la cabeza que siempre imaginé para Rakä: con un bigote prominente y enormes orejas separadas del cráneo, en su hermana Sylvie, la cabeza de la serpiente con su lengua hendida, y en Djémilla, la cabeza del Emir de los Loros, cuya voz era la misma. Comprendiendo que atravesaba una crisis de delirio debida a mi fatiga nerviosa, cerré los ojos y me escondí debajo del escritorio, pidiendo a fuertes gritos que me dejaran solo en la biblioteca con una manta y el tubo de Valium de mi esposa; una vez que hubiera dormido algunas horas, recuperaría mi visión normal. (Había tenido accidentes parecidos aunque menos graves en mi pasado de alcohólico.) Pero, al otro día, mi estado había empeorado: me creía en el centro de un laberinto que era mi propia casa, en cuyos pasillos mis trillizas, que jugaban a la rayuela, recibieron escobazos de mi parte; lastimé a Rebecca (mi preferida) en la cabeza, en mi delirio, la veía como una gran rata que me quería atacar. Mi esposa Ingrid tuvo la suficiente presencia de ánimo como para llamar a una ambulancia antes de encerrarme con llave en la biblioteca, y las enfermeras llegaron muy rápido para ponerme un chaleco de fuerza antes de que destruyera completamente libros y anaqueles, a los que me disponía a prender fuego. Me internaron en una clínica durante una semana y volví a mi casa muy debilitado y con ideas confusas. Agradezco profundamente por este postfacio a mi esposa Ingrid y a mis tres hijas, que tuvieron la bondad de no hablarme jamás de este incidente, incluso cuando soy yo el que lo evoca para disculparse. Mi esposa Ingrid y yo decidimos pasar las vacaciones de Pascua en París, yo aproveché para descansar mis nervios y entregar este manuscrito a mi editor. Dejamos a las trillizas al cuidado de su abuela en Sète. Salí de lo de mi editor con mi cheque en el bolsillo y abracé a Ingrid, aferrando sus hombros con mi brazo; estábamos felices como se está en París cuando llega la primavera y se está con alguien; caminamos hasta el cruce de Buci y fuimos a tomar un Martini al Dauphin antes de almorzar en el Muniche, que fue testigo de nuestras primeras promesas de amor. Mirándola a sus ojos azules, acodada sobre la barra y con mi campera colgada negligentemente sobre los hombros, le dije a mi esposa: Siento que este libro terminó bien, mi amor, y lancé un suspiro de alivio. Estallamos de risa. Y con su hermosa mueca de rubia inimitable, Ingrid me tendió sus labios mientras me robaba el cheque del editor del bolsillo de mi campera, diciendo: para mi visión, querido, y lo vi desaparecer en su bolso de cocodrilo, que hizo un clic al cerrarse. De esta manera, me dije, ¡terminé de bajar a tierra!

Hasta la vista, a los otros, como dice el otro. Vuestro Copi.

Otros textos de Copi disponibles en internet:

- [Copi - La guerra de los putos](#) - Traducción: Margarita Martínez
- [Copi - Eva Perón](#) - Traducción: Gabriela Simón
- [Copi - La torre de la defensa](#) - Traducción: Guadalupe Marando

¹ *Las notas encabezadas por un asterisco pertenecen a la traductora de esta versión en castellano. Las otras son del otro, como dice el otro. [N. de la T.]

² *Littré, Robert, Grévisse: diccionarios franceses. [N. de la T.]

³ Anteojos.

⁴ Ciertamente no fue de mí que tomó esta expresión.

⁵ Es curioso que el nombre del autor aparezca recién en este momento del relato. (N.d.T.)

⁶ De urgencia.

⁷ Conociendo el modo en el que las ratas invierten la escritura, deduzco que el nombre de la pequeña era Nadia (N. d. T.)

⁸ La niña humana será llamada Vidvn durante el resto del relato (N. d. T.)

⁹ Un *landau*, supongo. [**Landau*: cochecito de bebé con ruedas grandes y caja suspendida, N. de la T.]

¹⁰ El *landau*. Las ratas confunden los cochecitos con los *landaus*.

¹¹ *Hôtel-Dieu: antiguo hospital de París. [N. de la T.]

¹² *CRS: sigla de las Compañías Republicanas de Seguridad, la fuerza policial antidisturbios. [N. de la T.]

¹³ *Canard es “pato” en francés. [N. de la T.]

¹⁴ Ciertas expresiones de Gouri me resultan extrañas, pero las conservo; quizá el lector vea allí mejor que yo. (N. d. T.).

¹⁵ Omito dos o tres pasajes monótonos en lenguaje legal. (N. d. T.)

¹⁶ Quiero hacerles notar lo curioso de la situación: en ningún momento el jurado tomó conciencia del lenguaje articulado de las ratas, negándose probablemente a dar crédito a sus oídos. ¡En fin! (N. d. T.)

¹⁷ Encuentro este pasaje del peor de los gustos de escritor, un pasaje de esos que la jactancia impide sofocar; no es por cierto de mis lecturas que él recibió esta influencia. (N. d. T.)

¹⁸ *Majorettes: bastoneras de un desfile público. [N. de la T.]

¹⁹ *Conserjería: antigua prisión de París. [N. de la T.]

²⁰ *Ah, ça ira, ça ira, les aristocrates à la lanterne!: canción revolucionaria, “los aristócratas a la horca popular”. [N. de la T.]

²¹ *Se respetó la ortografía del original. [N. de la T.]

²² N. d. T. Repito al lector que traduzco sin adaptar, aunque algunas palabras repetitivas, como la de cola, ¡van a terminar por hacerme perder la cabeza!